

ANTONIO ZOZAYA



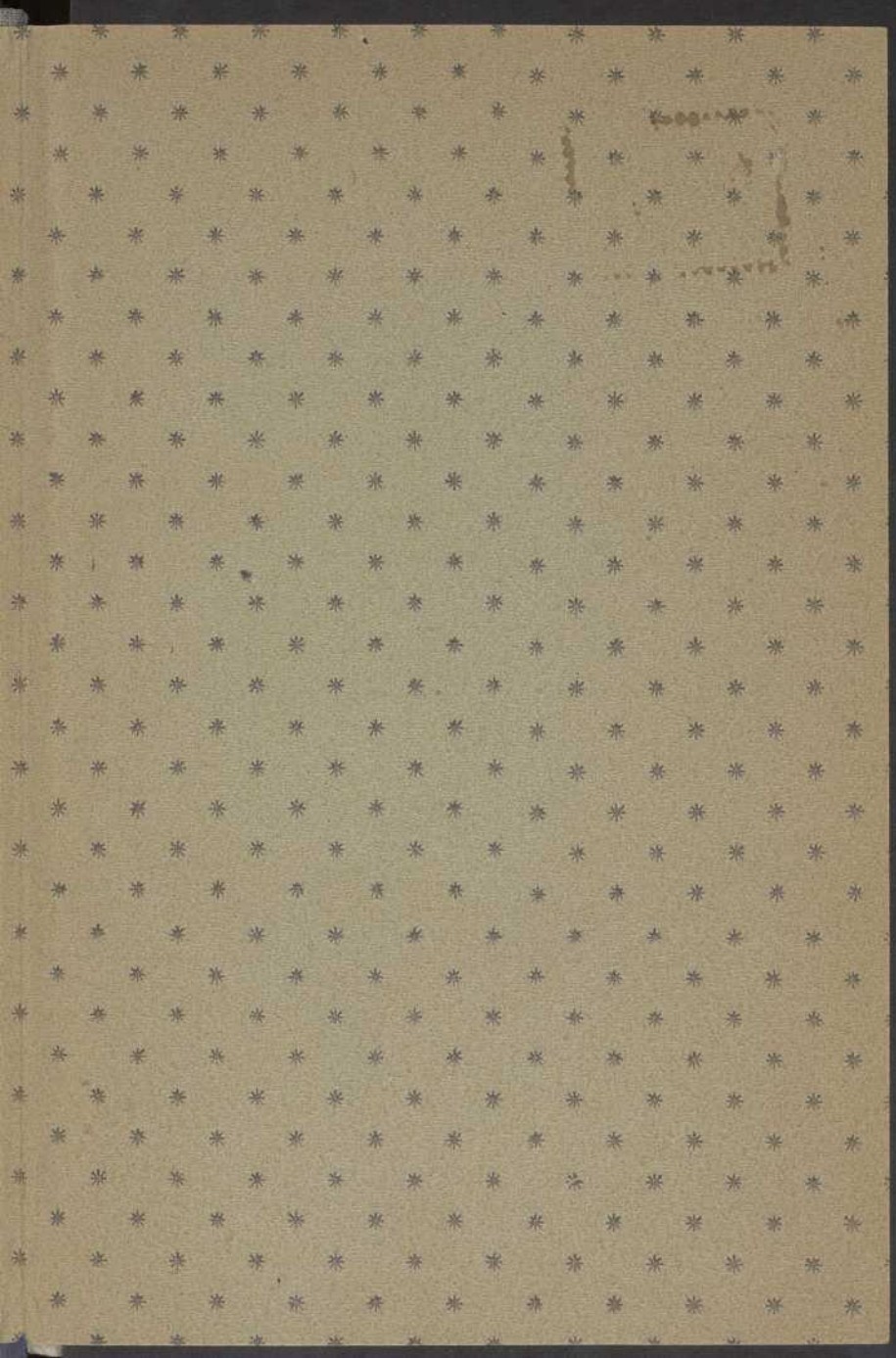
3.50

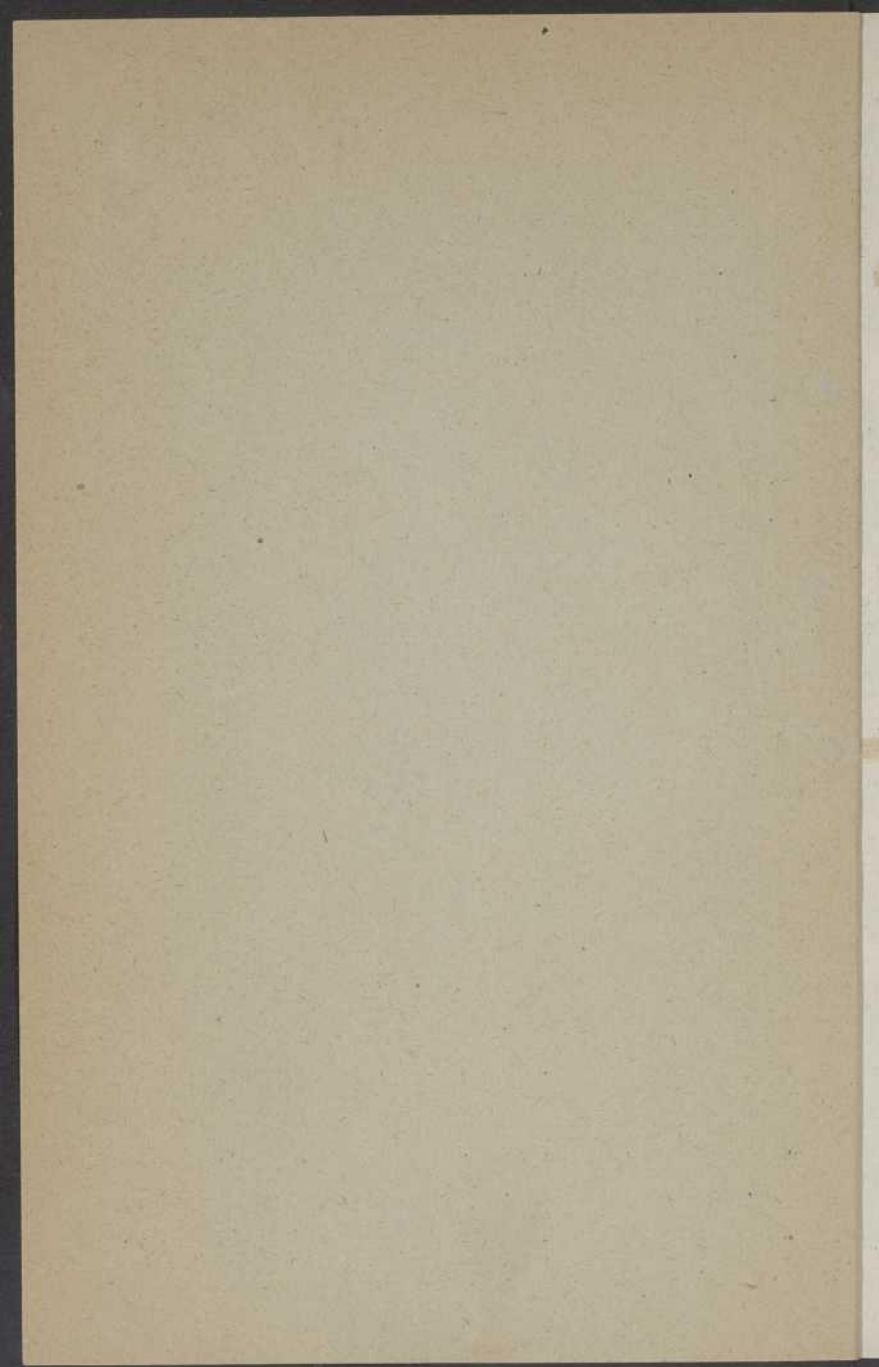
SOLARES
DE
HIDALGUÍA

1916

10568

17656





$\frac{V}{III}$

SOLARES DE HIDALGUIA

OBRAS DE ANTONIO ZOZAYA

- LA CRISIS RELIGIOSA (Magdalena, 9, 2.º), 0,75 pesetas.
LA CONTRADICCIÓN POLÍTICA (idem), 0,75.
MISCELÁNEA LITERARIA (idem), 1.
CRÓNICAS DEL AÑO UNO (idem), 2. (Agotada.)
CRÓNICAS DEL AÑO DOS (idem), 2. (Agotada.)
RÍPIOS CLÁSICOS (Fernando Fe), 2.
INSTANTÁNEAS (López, Barcelona), 0,50.
DE CARNE Y HUESO (idem), 0,50.
MISTERIO (*tríplico*) (Sociedad de Autores), 2.
CUANDO LOS HIJOS LLORAN (idem), 1.
LA DICTADORA (Henrich y Compañía, Barcelona), 3.
EL PEQUEÑO EDISON (*novelas*) (Los Contemporáneos), á 0,30.
POEMAS DE HUMILDAD Y DE ENSUEÑO (Montero, Valladolid), 3.
LA GUERRA DE LAS IDEAS (Sociedad de Librería, Libertad, 7), 3.
EL HUERTO DE EPICTETO (Sempere, Valencia), 1.
EL LIBRO DEL SABER DOLIENTE (idem), 1.
POR LOS CAUCES SERENOS (idem), 1.
LA MALDITA CULPA (idem), 1.
SOLARES DE HIDALGUÍA.
BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA (Magdalena, 9), 75 volúms. á 0,75.

ANTONIO ZOZAYA



SOLARES DE HIDALGUÍA

(EXCURSIONES POR ESPAÑA)



MADRID
PERLADO PÁEZ Y COMPAÑÍA
SUCESSORES DE HERNANDO
Arenal, 11.
1915

Propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

SOLARES DE HIDALGUÍA

¡VILLA ENSUEÑO: UN MINUTO!

La limitación de la humana inteligencia que, en su desconocimiento del espacio, inventó el micrón, de la materia imaginó el átomo y del pensamiento las fibras, en su ignorancia de lo que es el tiempo, inventó el minuto. Se comprende, no sin cierta dificultad, lo que es un año, un mes y, sobre todo, un día. Pero ¿por qué el minuto es la sexagésima parte de la hora y no la centésima, como quiere el autor del reloj eléctrico? Y, sobre todo, ¿qué es el tiempo mismo? ¿Tiene otra realidad que los hechos? ¿Pasa de veras, ó somos nosotros los que pasamos, como expresa con frase resignada el inmortal Kempis?

¡Un minuto! Un tren de viajeros se detiene ante una estación, en medio de la noche. Un hombre recorre el andén, y, con acento monorrítmico, canturrea un nombre cualquiera: «¡Villaignota: un minuto!» Los viajeros permanecen encerrados en sus celdas móviles, cuya luz mortecina proyecta sobre el

enarenado terraplén un fulgor débil y rojizo. Nadie se mueve; no se escucha otro rumor que el de la brisa, que hace ondular las ramas de las acacias y pasa como un escalofrío sobre los pájaros, dormidos en las copas oscuras y enigmáticas. Acaso un solo viandante bosteza, asómase á contemplar el desconocido paisaje, pegada á los vidrios la frente, destemplada por el de velo; alguna vez, una voz áspera, imperativa y breve, pide agua que aplaque su sed, y una mujer corre hacia el estribo. Luego, vuelve el silencio, y el convoy reanuda lenta y suavemente su marcha. Ha pasado el minuto, y el rincón del mundo, apenas entrevisto, se esfuma en la lejanía nocturna, como un agua fuerte, dejando en la retina una vana impresión que se encargan de disipar muy pronto, en su vertiginoso y dantesco desfile, otras sombras enhiestas y rígidas que pasan veloces, como hitos de misterio que fueran señalando la fugacidad del vivir.

Yo no puedo escuchar sin melancolía esa voz que, en los viajes, me recuerda que el tiempo es muy breve y que hay muchos lugares en la Tierra que no he visto ni veré jamás. Aun en medio del día, cuando espera en el borde del encintado un gentío más ó menos animado y solícito, no puedo sustraerme á un estado sensitivo que me sumerge en la desilusión del espacio y del tiempo. ¿Qué hay detrás de aquellas colinas, sobre las cuales pasta en paz virgiliana el amarillento rebaño? ¿Qué semillas esconden en sus entrañas los esquilmados predios? ¿Qué grandezas ó sufrimientos ha consagrado el mezquino templo, cuya torre se alza impasible sobre los techos de rastros que humean? ¿Qué mano femenina ha prendido

el fuego á las ramas en el hogar solitario ó rústico? ¿Qué canciones germinan en sus labios, ó qué lágrimas se deslizan por sus mejillas? No lo sabremos nunca, como no sabremos quién es la adolescente que contempla absorta la lejanía, ni el sacerdote que se aleja por el sendero tortuoso y soleado, ni el empleado que nos mira impasible, ni el gañán que agavilla las haces en las eras. Es Villaignota, visión fugaz que, pasado el minuto, desaparecerá para siempre, porque, si otra vez pasamos por sus aledaños, serán otros los seres que veremos y otros los vello-nes flotantes que rodarán sobre sus montañas, y otros los fulgores que resplandecerán sobre sus cielos, y, como nosotros mismos habremos cambiado, serán otras las melancolías que llevaremos en el fondo del corazón.

¡Oh!, si una voz implacable, midiendo nuestra vida, nos dijera con áspero acento: «¡Tu vida, sesenta años!», ese plazo largo y penoso nos parecería angustioso y breve. Pensaríamos con horror en el momento definitivo en que tendríamos que despedirnos de los seres queridos y de las cosas que nos rodean. Porque la vida—lo ha dicho el poeta de las Doloras—no es larga ni breve, sino porque tiene dichas y penas y, sobre todo, porque ha de hallar un límite en las lobrequeces del futuro. Asimismo, un minuto no es corto ni largo, sino porque es medido de antemano y porque el plazo es improrrogable. El sobresalto de todo tiempo está en la medida, y así, es todo reloj un instrumento de tortura, como lo fueron el garfio y el potro; torniquete de ensueños, horca de esperanzas, cepo de ilusiones, hoguera que esgrime sobre nuestros espíritus, implacable, la hoz de Saturno y

nos amedrenta con sus agujas, como el compás de la Eternidad.

¡Un minuto! ¡Qué tiempo más breve! Sin embargo, recordamos minutos supremos en que nuestro Destino se decidió, en que con un gesto, una palabra, un signo, quedó sellado nuestro porvenir y cambiado el itinerario de toda nuestra vida. Pero aquel minuto no lo medimos: tal vez se nos hizo inacabable. Durante su transcurso, muchas criaturas humanas nacieron y murieron, caudillos poderosos quizá decidieron la guerra y la paz, y fulminaron sobre el futuro: trocado el minuto, hubiera cambiado la faz de todos los sucesos humanos, como deformada la nariz de la soberana de Egipto. Un minuto hecho piedra era acaso el punto de apoyo que demandaba Arquimedes; hecho luz sería tal vez la orientación suprema, el fulgor infinito que rasgaría el caos en que bucea, desesperada y vanamente, desde hace ochenta siglos, la Humanidad.



No nos dejemos llevar de la atracción hipnótica; no interrumpamos nuestro viaje para ver cómo es ese pueblo, en el cual se nos dijo que nos detendríamos solamente un minuto. Nuestro ensueño desaparecerá con la prolongación de la estancia. Será un pueblo como los demás; sus habitantes serán de carne y hueso; tendrán pasiones, vicios, ambiciones y, ¡ay!, su pequeña ciencia, empalagosa y displicente. El caserío, la torre, las frondas, las montañas, el cielo mismo, os parecerán más pequeños y angostos que lo que se os antojaron cuando los contemplasteis reclinados de pechos en el movable alféizar. El ensue-

ño se ha disipado, porque hemos convertido el minuto en plazo arbitrario y potestativo; porque hemos matado el ensueño y seremos más desdichados que Macbeth; porque hemos querido tocar el iris, adueñarnos de los cambiantes impalpables que, en la poesía galaica, van engarzados en el *arco d'a vella*.

Pasad como sombras, como espectros, en vuestra urna movable, llevando en el cerebro adormilado vuestro talismán de ilusiones. Despedíos con una amarga, pero dulce, sonrisa, de las cumbres cabalgadas por los blancos vellones, de las nieblas cernidas sobre los campos solitarios geórgicos, de las agujas del campanario, de los personajes enigmáticos que os miran y se alejan por el desconocido sendero. Ha pasado el minuto. «¡Señores viajeros, al tren!» Señores pasajeros de la vida fugaz y regada con lágrimas: ¡a soñar de nuevo!

RESTAURADORES

Líbreme mi buena ventura de hablar mal de la Restauración. A bien que ella se alaba, y no ha menester otros ditirambos que los que pregonan sus frutos. Cuanto más que ya es hora de reposar, ¡oh, Sancho!; y plegue á Dios que orégano sea y no batanes.

Pero sí quisiera desahogar mis pesadumbres y quebrantos diciendo mal de las restauraciones. Volver á su pristino estado las cosas, hacer que tornen á

ser lo que fueron... Un dicho popular niega poder y facultad á Dios mismo para tamaña empresa. No pasan en balde los «mal llamados años». ¿Qué extraño es que pueda fracasar en tan ardua tarea Jehová, cuando fracasó el rey Fernando, de felice recordación?

Los restauradores de la Alhambra se obstinan en demostrarnos que ello es facilísimo. Y como no son precisamente émulos de Mérida, ni menos de Dion de Lévy, han acabado por suscitar las iras de los admiradores del granadino alcázar. Perder las cosas, ya es pena bastante; volverlas á hallar restauradas es superior á las humanas fuerzas.

No vuelven á ser lo que fueron las cosas sino en vana apariencia. La vida no es una involución, y cuando, por excepción, retrograda un paso, es para que sea más la fuerza y mayor el ímpetu, como en los versos del castillo famoso. Tornar á lo pasado, de no ser imposible, sería abominable. Por algo llevamos los ojos en la frente y no en el occipucio. Haberse asomado á lo futuro imposibilita para adaptarse á lo pretérito. Es bello desde lejos, como las nubes y las montañas. Es ya sobrada pena el vivir para soñar con el revivir.

Por eso, las restauraciones son siempre desdichadas. ¿Quién puede colocarse en el plano, en el medio, en la condicionalidad de pensamiento y de existencia en que estuvo el artista cuando acertó á crear la belleza? ¿Cómo, entonces, producir idéntica sensación á la que dió por única y definitiva á los hombres de genio? Además, el factor del tiempo, prestando su pátina imborrable á las cosas, las engrandece y hace inimitables. Una nueva España tradicional

dejaría de ser tradicional; tendría tal vez un solo defecto: estaría muerta, como el caballo de Bayardo. Un Coloseo intacto, barnizadito, flamante, sería una aberración estulta. Es bello por sus líneas; pero es solamente sublime porque sobre él se cierne la magnificencia de los siglos.

El «volvamos á la naturaleza» es un grito vacuo, porque sólo hay una naturaleza: la nuestra, la actual. El «regresemos á lo tradicional» es un anhelo irrealizable, porque lo tradicional lo es únicamente después de pasado. Un anciano puede teñirse el cabello, pero no volver á ser joven, y, si se realizara en él el prodigio de Fausto, caería como él en la culpa y la melancolía. Por esto, los viejos suelen ser los más religiosos: la contemplación del pasado es una meditación sobre la muerte. ¿Qué podremos, pues, restaurar, si no podemos restaurarnos nosotros mismos?

Si no temiera incurrir en la temeridad anunciada al principio, diría que las restauraciones políticas son eso: «pastiches», carmín de Doña Elvira, afeites doctrinarios con que se pretende ocultar un estado social valetudinario y anacrónico. Pero lo nuevo surge, y á su lado lo viejo se inclina. Se resiste más ó menos tiempo, y al cabo todo se desmorona, porque ha sido imitación, falsedad, cáscara de barniz hueco y vacío, máscara de sainete ó «rostrum» de tragedia que acaba en la rechifla de los libertos cuando no en los espasmos truculentos de la catástrofe.



Quedará restaurada la famosa torre de los Lujanes; pero en otras regiones palpitará el espíritu de San Quintín y de Pavía. Remozada parecerá la Al-

hambra con sus paletadas de estuco, sus rompientes de yeso y sus bancos abominables de hormigón. Pero ¿quién podrá reparar el error insigne de la expulsión de los moriscos? Aún no es imposible que el tradicionalismo resucite la España de las camarillas y del Santo Oficio; pero ¿podrá dar vida nuevamente á la civilización cristiana y judía y á nuestro poder territorial? Todo eso ha pasado porque es integrada la vida por muy distintas diferenciales, y á nuevos problemas corresponden nuevos factores. Hay que instaurar, no que restaurar; es preciso levantarse temprano para mirar el sol que nace, y no velar al fulgor de cirios ó de lámparas que pretenden remedar siempre en vano el resplandor del sol que muere.

Renovarse ó morir; adaptarse ó desaparecer. Sabedlo, prerrafaelistas sin ingenuidad, tradicionalistas sin fe, clásicos sin manantiales de cultura sincera. Bebed en vuestra copa y arrojad á las aguas la del Rey de Thulé. El recuerdo es hermoso, pero lo es mucho más la esperanza. Restaurad la vida en los hijos, la belleza en lo eterno y lo presente en el futuro. Dejad en paz á las viejas torres ó encerraos en ellas para siempre, mientras la juventud construye caminos y puentes, jardines y avenidas, mercados y escuelas. En ellas no ha vivido Francisco I, que lo perdió todo, *incluso el honor*; pero en ellas dejará su huella su Alta Majestad. Todo el Mundo, impenitente revolucionario que reclama imperiosamente su indiscutible soberanía y su imprescriptible derecho á vivir.

Granada.

LA DESBANDADA

Los ricos se van. La extrema riqueza, como la suprema miseria, es nómada. Nuevos horizontes pide perdurablemente el placer, como los exige la implacable necesidad. La dicha del hogar, cantada por Heine y Lubbock, el placer intenso de la quietud, ensalzado por nuestro fray Luis y por el exquisito Baltasar de Alcázar, no es patrimonio de menesterosos ni de millonarios. Ellos mirarán siempre con tanta compasión al hombre-molusco de Lista, que «no ha visto más río que el de su patria», como al ciudadano casero de Emerson, que «prefiere á toda otra música la del reloj de su cocina y los aires que el leño le canta sobre las losas del fogón».

Pero, ¡oh, sorprendente paradoja!, es, precisamente, un hogar lo que buscan aquellos que viajan demasiado. Los miserables, porque no han podido constituirlo, y los poderosos, porque no han sabido. Preguntad á los emigrantes por qué huyen de la tierra que los vió nacer, y, si son sinceros, como los consultados por Salaverría, os dirán que buscan en otras latitudes los medios de crear para la vejez un refugio, de constituir una familia, medios de que carecen en absoluto en las condiciones actuales. Una vez la fortuna adquirida, los indianos regresan á sus lares, y en ellos su primer cuidado es edificar una casa que tenga algo de solariega y en que sus hijos puedan vivir sin la amenaza de la privación.

Se ha dejado el suelo nativo para eso: para reconstituir el muro derruido; para encender en el ennegrecido llano la llama extinta; para colocar una cruz sobre el lecho místico de los antepasados; para hacer que torne á correr el agotado manantial en la fuente á que fueron mozos y mozas en días de disanto «á se solazar»; para colocar en la clave resquebrajada un blasón ó una inicial cualquiera que recuerde á los hijos que cuando se ha labrado la tierra con fatiga y dolor, y es menester abandonarla, pasadas tres décadas, se vuelve ó se muere.

Diréis que no ocurre lo mismo á los pudientes. Sin embargo, no todos viajan por disfrutar de la contemplación de los panoramas descritos por Tyndall, por Wallace y por Ruskin. Sondead hábilmente en sus intenciones, estudiad su género de vida, y confirmaréis esta sospecha. Ellos mismos, si son sinceros, acabarán por confesaros que necesitan hacer durante un lapso de tiempo más ó menos largo lo que llaman vida tranquila; libertarse del bullicio mundano, de la molesta indumentaria, de los trajes que ahogan y de los condimentos que envenenan; dejar de ser solicitados por los negocios apremiantes y las reglas no menos imperiosas de insulsa y complicada cortesanía; hacer vida de familia ó, á lo sumo, de patriarcado; tener, en fin, durante algún tiempo, un hogar humilde, que si no es humilde, no es verdadero hogar.

Claro es que la desilusión sigue casi siempre á tales proyectos. No se crea rápidamente lo que en rigor no existe. Llegado el Otoño, no es sólo el estado social el que restituye á la vivienda cotidiana, sino el mandato de Domiduca, diosa que preside la vuel-

ta al hogar doméstico. Con las primeras lluvias, la poesía rústica se desvanece. Todo es incómodo y precario. El hogar improvisado no es nuestro hogar; el campo melancólico que le rodea no es nuestro campo; sentimos que el ambiente y los seres que en él se agitan nos son extraños. ¡Ah, con qué placer permaneceríamos allí, si allí estuvieran nuestros lazos de afecto, nuestras ocupaciones y nuestras tareas! ¡Si hubiéramos levantado el hogar verdadero, piedra por piedra, y conociéramos desde niños aquel paisaje, y familiar nos fuera rama por rama! El mismo sentimiento que nos alejó de la gran ciudad, á ella nos restituye: el ansia de un hogar, de una vida tranquila, que las nuevas costumbres y la moderna civilización hacen, en verdad, imposibles.

Como para los menesterosos, el hogar no existe ya para los ricos. Si la residencia veraniega es para ellos un campamento, la invernal es palacio, hotel, club, todo, menos hogar retirado y tranquilo. Una fría etiqueta preside á los actos más íntimos; un ceremonial riguroso y afectado ha de observarse con escrúpulo aun en los momentos de alegría ó de angustia. Los criados, testigos importunos, vigilan; los extraños conviven en fiscalización insoportable. Los mismos muebles, propios más de un museo que de un confortable retiro, imponen infranqueables aislamientos, cuidados exquisitos y respetos solemnes. Los lazos de familia, por su parte, se hacen cada vez más relaxos. Se vive de noche y fuera de casa. El preceptor y la institutriz comparten la paternidad y debilitan su ternura; la Cámara legislativa, la oficina, el Círculo, los deportes, roban al connubio sus legítimos fueros; la amistad misma, de tanto diluirse, se

hace palabra vana. La mujer se siente en su alcázar reina, soberana, muñeca, todo, menos esposa y madre. El hombre se conoce dominador, déspota ó figura decorativa; todo, menos director y patriarca. Por una sola frase sincera, por un haz de sarmientos chisporroteando el himno de las cosas francas, familiares y amables, se daría entonces una fortuna ó un blasón.

Y al llegar el Estío se piensa indefectiblemente en el campo. Se habla de la necesidad de cultura, de intercambios de ideas; se dice, como Séneca, que el hombre sólo es dueño de lo que ha visto; se invoca la salud, la moda ó los negocios. En realidad lo que se busca, más ó menos fructuosamente, es un hogar.

Y las clases medianamente acomodadas imitan el ejemplo. Sienten más que ninguna otra la eterna sensación de aislamiento y destierro. Rara vez viven donde han nacido. Las campanas que las llaman al rezo no son sus campanas; la casa mezquina y lóbrega que habitan no es la misma donde nacieron. En ella no hay un pedazo de terreno donde respirar el aire libre á pleno pulmón y desde donde contemplar el cielo estrellado. Tiene, más que de mansión amable, de prisión ó de ergástula. En la imitación de las clases pudientes, el esfuerzo desproporcionado, la falta de higiene, el apremio angustioso, acarrea la neurastenia. ¡Oh, qué felices cerca del campo, en una casita pulcra y humilde, rodeada de castaños ó pinos seculares! ¡Qué contento el de verse despojado de trajes ridículos, alimentado por manjares frugales y rústicos, libre de preocupaciones y agobios! Y se estudia un presupuesto modesto para los meses anquiladores del Estío. Al cabo de no pocos desvelos,

el problema parece resuelto. Por esta vez, se tendrá un hogar.

¡Un hogar! Pero el hogar va desapareciendo. Lo hemos cambiado por los arcos voltaicos, las máquinas Compound y los problemas económicos. El hogar es humilde, y somos sobrios. Hemos dejado consumir el rescoldo. No nos queda sino la vida nómada, la errante peregrinación por tierras extrañas en busca de la vivienda sosegada del vicario de Wakefield, del lugar perfumado y sereno en que podríamos tener un verdadero nido si para fabricarle tuviéramos instinto y para dignificarle nos nacieran alas.

SERENADAS LAS OLAS

¡Qué hermosa virtud la Caridad si, en vez de ir detrás de la Desdicha, caminara delante! Donativos, fiestas benéficas, suscripciones públicas, tómbolas y plegarias, no volverán la vida á los náufragos de Bermeo. En cambio, el derecho al *producto íntegro de su trabajo* les hubiera hecho posible la adquisición de barcos seguros y de medios de salvamento, y les hubiera procurado medios de descanso los días de inminente peligro. Pero somos así: primero, despojamos al pobre, mediante el impuesto indirecto y la sumisión á un contrato de trabajo leonino; luego, cuando el mar se lo traga, ó la mina lo aplasta, ó el andamio lo lanza al espacio, lo compadecemos y aun

lloramos si es menester. Así, la Caridad es una justicia tardía. Es el *suum cuique* aplicado á la cola del burro muerto, la *perpetua voluntas* que llega con retraso, el imperativo categórico, que va de reata, el resumen de los mandamientos á paso de tortuga á quien pesa el caparazón.

Nada hay tan impresionable y sensible como la imprevisión. Todas las niñeras que dejan ahogarse á los niños y todos los empleados que pierden cantidades ajenas, lloran á chorros. ¡Quién lo hubiera pensado! El tipo del filántropo es nuestro glorioso padre Gedeón, el cual bendice á la Providencia, que ha puesto los grandes naufragios cerca de los puertos de mar, con lo cual pueden los ricos veraneantes socorrer á las viudas y fijar una pensión decorosa á los huérfanos.

Luego la Caridad, que es un *noble impulso*, es fugaz como todo lo impulsivo. Socorre y pasa; media hora después puede recomenzar la tragedia; sus causas son las mismas: miseria, imprevisión, ignorancia. El mar no tiene sino alzar sus espumas, y el viento, cambiar de cuadrante. Vuelta á ahogarse los pescadores, y torna á iniciar las suscripciones. ¡Maldita galerna! ¡Funesta desdicha! ¿Quién iba á pensar que pudiera ocurrir?



Hace más de treinta años que nos dió Núñez de Arce en *La pesca* la dantesca visión del naufragio de los pescadores costeros. Aquellas páginas inspiradas tienen la amargura salobre del mar y del llanto inconsolable de los vencidos. Cuando, en medio de la noche tétrica, luchan los pescadores con la tormenta

y son arrojados contra las rocas, sobre las cuales les esperan, desgrefñadas y locas de desesperación, las mujeres, y descalzos y llorosos los niños, á quienes prometieron juguetes y galas, se siente el escalofrío de lo doloroso y sublime. Por fin, vence el mar; los náufragos van desapareciendo uno tras otro en las entrañas del abismo, y arriba, en lo más alto del cantil, el viejo sacerdote extiende sus trémulos brazos: «¡Hijos—dice—, os absuelvo y os bendigo!» Después, recobra el mar su ritmo monótono, su ronco bramar interminable, voz de lo Infinito, que no sabe de miserias humanas y en cuyo seno el llanto es una gota más.

Y una, cien y mil veces renueva el Arte su cuadro desolador y sombrío. Y vemos al marinero yerto en los lienzos de Sorolla y Alma Tadema, y escuchamos sus lamentos ahogados en Wagner y en Saint Saens, y los mármoles mismos parecen amortajarse en algas. Y nos estremecemos, y decimos cuando la tormenta se acerca: «¡Ay, pobres pescadores!», y encendemos, tal vez, una vela de cera, y á cada relámpago hacemos sobre nuestra frente la señal de la cruz.

Pero no nos preguntamos por qué los pescadores son tan pobres pagando nosotros el pescado tan caro; por qué no pueden comprar vapores y abandonar las embarcaciones de vela y remo; qué causa les impide contratar un seguro á prima fija; qué necesidad apremiante les obliga á desoir en días de tormenta las advertencias de los prácticos y jugarse la vida contra la probabilidad de una pequeñísima ganancia. Creemos que todo esto no nos incumbe. Esperemos á que los marineros se ahoguen. Luego,

ya entregaremos unas pesetas á los huérfanos ó, regularmente, un par de floreros para que sean sorteados en la *kermesse*.

Es ley fatal—decimos—y, por consiguiente, irremediable. El Océano se ha hecho para que se ahoguen los pescadores, como las minas para que se sepulten los mineros. Los pobres serán siempre pobres. Más natural es que se ahoguen ellos que los que cortan el cupón.



No son hoy los barcos y artefactos de pesca los mismos que en la España de los fenicios, como no son los mismos los instrumentos y las máquinas de labranza. Es posible pescar sin el menor riesgo. Lo demuestran los mismos vapores que en la costa cantábrica se retiraron sabiamente á puerto seguro. Pero los pescadores carecen de elementos para adquirir y comprar esas máquinas. Comprenden que ellas les harían siervos de quienes dispusieran de capital, y así, lejos de amarlas, protestan airados contra ellas, como lo han hecho contra las traineras los pescadores de La Coruña. Un hombre poderoso que disponga de cuatro *trañías* dejará sin comer á más de doscientos necesitados. Es la historia de toda una transformación económica que, desde Marx, ha formulado su conclusión última: propiedad común de los grandes instrumentos de cultivo y de producción.

No hemos de discutir este postulado. Pero sí conviene saber que, si las sumas que se emplean en limosnas ineficaces para las víctimas, se empleasen en organizar sociedades de marineros, cooperativas de producción dueñas de grandes barcos, las catástro-

fes como las de Bermeo y Ondárroa serían ya poco menos que imposibles, casi tanto como lo sería su miseria rebajando tarifas y suprimiendo intermediarios.

Pero todo esto supone estudiar. ¡Estudiar, horror de los horrores! Vale más abrir de una vez la escarcela. «Amigo mío: estamos enterados de la desgracia. Diga usted á cuánto tocamos, y déjese de sociologías.»



Quizá son precisos todos estos horrores para que la vida sea meritoria. Una existencia sin dolores, sin catástrofes, sin amarguras y, ¿por qué no decirlo?, sin injusticias, no valdría la pena de vivirse. Aterra pensar en un Universo equilibrado sobre su eje, de funciones y movimientos ordenados como un aparato de relojería; sería tal vez intolerable hasta para el propio Pangloss. Ver transcurrir los días monótonos, mirar realizado el mito *rousseauiano* de *L'inégalité parmi les hommes*; no desear nada, no aspirar á nada, por ser todo perfecto; no luchar jamás y, sobre todo, no llorar nunca, sería demasiada aflicción, aunque ello parezca paradójico. La inteligencia se atrofiaría, como la voluntad y la muerte nos sorprendería en estado de perfecta idiotez. Vale más combatir con las olas y con los hombres, bracear entre las irritadas crestas de espuma ó entre las enconadas turbulencias de las pasiones egoístas. Caer bien es también un triunfo. Satán, en medio de su maldad odiosa, es bello y envidiable cuando sabe desplomarse de lo infinito.

Y es bien que haya dolores y que haya galernas;

dolores que nos purifiquen y galernas que nos exterminen; egoísmos que nos hagan rebeldes y pequeñeces que nos hagan erguirnos hasta tocar con la frente en los cielos.

Santander.

RÍA ABAJO

Más que en rauda carrera, en vestiginoso desplome, pasaba el tranvía por delante de la gallarda fila de hoteles, amenazando convertir en astillas su frágil armadura contra los muros de los jardines, sobre los cuales asomaba entre frondosidades lujuriosas la magnolia su amarillento cáliz.

Una brisa acre, perfumada, fresquísima, traía hasta el pulmón abrasado las emanaciones salobres del mar. La ría, resplandeciente y surcada por centenares de barcos, ondulaba sus bullones de plata bruñida. El horizonte parecía desvanecerse en una tonalidad gris y luminosa, en la cual las chimeneas de los vapores y de las fábricas arrojaban, con el grito victorioso de las sirenas, el vaho caliente y brumoso de sus candentes entrañas de hierro.

Quedé atolondrado: era todo aquello demasiado hermoso para ser comprendido de pronto y en bloque. Pero todo podía compendiarse en dos palabras: movimiento, vida. ¿No serán las dos una sola? Vida exuberante, intensa, fecunda. Como el viejo cantor de las églogas, sentía en la garganta vibrar el diti-rambo, y en los trémulos labios palpar el himno.

—Vea usted—me dijo bruscamente mi compañero de viaje—: la riqueza, la civilización, el progreso, la *Trimourti* moderna, parece divinizarse en este emporio de adelanto y cultura. Y, sin embargo, el malestar cunde, la paralización es notoria, la crisis se hace cada vez más aguda, y pronto ha de traducirse en protestas amargas, como ahora concrétese ya en lamentaciones estériles.

—¡Cómo!—prorrumpí contrariado en mis sentimientos más hondos—. ¿Bilbao siente que su vida decae, y en su campo verdequeante se oprimen los bosques, y en los bien olientes cercados redondean su bulba los frutos, y en su seno de acero ni el agua se acaba ni el mineral se agota? ¿La riqueza es menor, y en todas partes alza la industria nuevos y maravillosos alcázares, y por doquiera surcan las faldas de los montes, como festones movibles, trenes que, al desperezar sus anillos, lanzan al espacio la alegre fanfarria del triunfo? ¿La navegación está en crisis, y los barcos ponen en contacto sus lomos, y se agrupan junto á los muelles, y se columpian en la ría, y muestran el color del oro en sus pabellones, junto al rojo, que parece simbolizar el noble ardimiento de Vizcaya? Permítame usted que dude de ese supuesto decaimiento ante demostraciones tan notorias de vida, de adelanto y de prosperidad.

—Amigo mío—contestó fríamente mi interlocutor pesimista—, siempre que viene aquí un escritor de los que llamamos (no se moleste usted) *maketos*, lo primero que hace es coordinar la oda consabida. Las estrofas son perdurablemente las mismas: no varía ni el tono empalagoso, ni los adjetivos resobados y huecos, ni el estilo aparatoso, propio del Polo-

nio de *Hamlet*, cuando no del muchacho que mueve en el retablo de Don Gaiferos á la preciosa Melisendra. Bilbao es culta, magnífica, incomparable, europea. Nosotros obsequiamos al bienaventurado, y él parte satisfecho, convencido de que ha visto algo más que las chimeneas, las vagonetas y las aguas verdosas de la ría. En punto á verdaderas necesidades, medios de satisfacerlas ó resolver problemas más hondos, ni ellos conocen obra de provecho, ni nosotros se la enseñamos, convencidos de que nuestro esfuerzo únicamente nos puede salvar, pero que nada podemos esperar de los redentores de fuera, ni mucho menos de los *maketos*.

—¿Es usted bilbaíno?—pregunté de pronto, como llevado de un deseo invencible de devolver censura por censura, reproche por reproche, acusación por acusación.

—No—contestó ; pero es lo mismo. Sé bien que hay que establecer y señalar la línea divisoria entre los de aquí y los de fuera; entre los que conservan el culto de lo tradicional y los que vienen á destruir los más sólidos vínculos; entre la riqueza verdadera y la falsa, entre las alabanzas sinceras y las que no lo son.

—Pues bien—dije ya amostazado—: sepa usted que los bilbaínos no piensan así; que saben perfectamente discernir cuáles son los problemas que atañen á la producción de la riqueza (que su Bilbao no está en crisis), los de su circulación (que lo está, en lo que á la navegación se refiere, de un modo transitorio), y los del consumo y repartimiento, puestos en estudio en todo el Universo con carácter social; que alabanzas y censuras siempre son meritorias cuando

están inspiradas en la razón y en la buena fe, y que lo que más enaltece á la gente vasca no es un exclusivismo funesto de raza no es el odio á la fraternidad entre los hombres, sino su amor á la cultura universal, su orientación moderna, su ansia de libertad y su afán de comunicarse con todos los pueblos que estudian y trabajan y viven.

—Mire usted—prosegui con el entusiasmo de un catequista, señalando el puente de Vizcaya, que se proyectaba en el horizonte sobre el azul del cielo como una inmensa afirmación de encaje—: vea usted cómo ya Bilbao no levanta murallas, ni rodea de fortificaciones sus costas, ni construye siquiera sus puentes con la arquitectura granítica que cierra el horizonte y merma la luz. Sus mares son abiertos á todos, como el corazón de sus hijos; no son cerrados sus jardines, para que todos perciban sus aromas y gusten sus frutos; sus barcos enarbolan la enseña de la Patria grande y gloriosa; sus sabios pertenecen al Mundo; su labor, á la Humanidad. Y ese puente de tramo gigantesco, de caladas y elegantes pilastras, en las que nada sobra, porque todo responde al fin que las supo elevar desde el plinto, no es angosto, ni ruin, ni mezquino, sino grande, elevado, anchuroso, rasgado y abierto, para que, bajo él, puedan navegar todos los vapores y entrar en busca de cariño y de fraternidad todos los *maketos*.

Anohecía; la última claridad del crepúsculo coloreaba con llamaradas de luz rojiza las chimeneas del Desierto, hirvientes en chisporroteos que se esparcían en ígneos ramilletes, mientras las aguas ondulaban y se erguían en crestas espumosas y azules. En la bahía desplegaban sus velas bandadas de lan-

chas, como blancas gaviotas. Un grupo de obreros pasó cantando. Y yo me descubrí ante Bilbao la grande, ante su ría, ante su riqueza, su espíritu libre, su tolerancia y su cultura, capaces de vencer todos los contratiempos, resolver todos los problemas, conjurar todas las tormentas y asentar, pese á los enemigos de Castilla, de una vez para siempre, las bases de la prosperidad de sus hijos y de la justicia social.

BAJO EL ROBLE

He soñado. Apacible el semblante austero, desnuda la venerable cabeza, ceñida la sien canosa de laureles y mirtos, ha descendido de la cumbre para acercarse á besar por última vez el suelo de la Patria.

Su paso ha sido ritmo; su rostro, armonía. Su frase ha resonado vibrante, como cumple al cantor de los valles, al educador de los pueblos, al genial y modesto Iparraguirre.

Y ha llegado hasta el roble, de hojas siempre tempranas, de raigambres hondas, de gallarda y espesa cima; y allí se ha postrado, como cantor de glorias que fueron, como vate—es decir, adivino—de auro-ras que serán.

He escuchado sus frases, tiernas y sencillas; he oído el parafraseo del obrero de la yugada, de la tierra fecundada con sangre de hombres libres, estremecida por el grito guerrero del *Ijuajac*.

«—Arboles fueron los primeros templos, y lo serán los últimos. La cadena de la verdad, que acaba en la razón, comienza en el instinto. Sólo ella puede unir al cosmopolita y al celta.

Postraos ante el árbol que, si ha sido el primer fetiche, será, de seguro, el último símbolo dendolátrico. Prosternaos ante la Naturaleza, que nunca se acaba; ante la fortaleza, que nunca desmaya; ante la fecundidad, que jamás se agota.

¡Oh, Árbol de Guernica! Bendito tú eres en el corazón vascongado. Extiende tus ramas y tus frutos por todo el Universo, en tanto que te damos culto y reverencia de hinojos.

Bajo tu sombra beneficiente, los hombres han escondido el odio; ese odio ha de morir. Inspirado en tu magnificencia, lo he dicho: Tus dones no son solamente para Euskalerría, sino—sabello bien, egoístas, para todo el Orbe—*munduan frutuá*.

Para el Mundo, para todos los hombres, para los desterrados de la Dicha, para los ilotas, para los párrias, para los condenados de por vida á labor y dolor.

Los tiranos contra quienes fulminas cuando la nube se condensa y el rayo parte, no son sólo los déspotas, sino los explotadores de la conciencia y de la voluntad, los fariseos y los acaparadores de honores y riquezas.

¿De qué sirve separar el mandoble cuando nos amenaza el peso del cetro, cuando se sufre el golpe del báculo? ¿De qué apartar la espada del caudillo cuando no se esquivo el bastón del magnate?

Libertad; pero Libertad para todos; no para los que viven á la sombra de un ábside. Emancipación;

pero no sólo del Monarca, sino del dogmatizador y del dueño del feudo. Aquel que entona mis estrofas tiene que modularlas hasta el fin.

Y ese fin es glorioso, sublime, como predicho por labios puros y señalado por manos callosas, como destinado á acabar con todas las impurezas y con todas las tiranías.

Como llamado á anonadar á los falsos apóstoles de verdad, que escupen sobre la idealidad su asquerosa baba, como sobre el fruto en sazón el gusano.

¡Oh, Árbol fecundo, generoso y bendito! Es preciso agitar tus ramas para ahuyentar los cuervos que se guarecen en la hojarasca; para orear tu tronco, rodeado de mefíticos miasmas y de vapores de corrupción.

Enseña gloriosa: rechaza á los que pretenden hollar tus raíces. A tu nombre no puede asociarse otro nombre, ni de réprobo ni de santo, que el de la fraternidad de los hombres y la liberación de los pueblos.»

Bilbao.

UN BOSQUE MENOS

Llegaron los salteadores. ¿Quiénes sino malhechores pudieran osarlo? Llegaron cautelosamente, abriéndose paso por entre las bravías y selváticas soledades de la sierra de Cuenca, y á no haber error en los oficiales informes, en solos cuatro días talaron y sus-

trajeron *setenta y siete mil árboles robustos*. Las decantadas hazañas de Hércules, los trabajos ciclópeos de la Mitología oriental, quedan nublados por ese alarde de presteza y de poderío. Es un bosque entero el que enigra, el que huye, como en las baladas germánicas, precipitando sus fantásticas sombras á la luz de la Luna. Hay que figurarse el ejército entero de Oberon manejando sus hachas de mango de nácar perfumadas de áloe; ha de fingir la fantasía los añosos troncos desplomándose á centenares sobre los lechos de las bacantes, mullidos de margaritas silvestres y azules clemátides; hay que representarse á los faunos huyendo á través de la selva, enredando en los tupidos ramajes sus látigos de mirtos, y percibir los ruidos del incesante y sordo golpeteo y de los troncos seculares que se derrumban, asustando á las aves nocturnas y á las espantadas alimañas, sorprendidas en el reposo de una noche augusta y nupcial.

Y, después, hay que imaginar más. Hay que reconstruir la fuga de los musculosos titanes, en carrera febril, soportando en sus hombros la prodigiosa carga; reproducir su jadeante resoplido, el ruido de sus pasos veloces sobre el césped, quebrantado las minúsculas ramas secas y hundiéndose entre la amarillenta hojarasca; hay que pedir á la retina que nos copie el ejército de colosales sombras, precipitándose en huída fantasmagórica; y todo ello acompañado de raudos aleteos y crujientes chasquidos de ramas truncadas en sus yemas, y de insectos que zumban, y reptiles que se deslizan, y de hojas arrolladas por el torbellino del viento, hasta dejar las extensas planicies yermas, sobre las cuales, algunos solitarios su-

pervivientes de aquella profanada flora proyectan á la luz de los astros su negra y áspera silueta.

No: no han sido los hombres quienes han realizado ese portento de destrucción: han sido genios y semidioses; han sido los ejércitos de Titania, las huestes aquilónicas, las potentes legiones que se cernieron sobre el vendaval. Cuatro días son pocos para hacer desaparecer bosques enteros sin que nadie, ni ingenieros, ni guardas, ni paisanos, hayan podido ver arrancar siquiera un miserable abeto ni trasladar un naciente arbusto. No: los hombres no han sido. Ellos sentirán pesar verdadero al mirar cercenados los troncos, arrancadas de cuajo las raíces, despobladas las apacibles florestas, convertidas en yermos vertientes y cañadas. Ellos, de seguro, no han sido, como no fueron hombres los que despedazaron el Coloseo, ni arrancaron los frisos del Partenón, ni mutilaron á la Venus clásica. Si no fueron titanes, fueron fieras.

Hay mucho doloroso en esa destrucción vandálica. Todo árbol cercenado es una acusación; porque todos llevamos en nosotros algo de ese instinto inconsciente que hizo consagrar el pino á Cibeles, y á Júpiter la encina. Todos sentimos algo grande é inexplicable al hallarnos perdidos en la imponente soledad del bosque; parece que, sobre nuestras cabezas, eleva la Naturaleza fecunda sus brazos extendidos al cielo tachonado de centelleos; todos, en fin, llevamos en la memoria la silueta de un árbol grabada con indelebres líneas de fuego. Árboles fueron los primeros templos, y lo serán los últimos. Porque en ninguna parte como en el bosque nos sentimos á solas con lo absoluto, y sólo en sus impenetrables umbrías,

sentimos palpar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal.

No: no ha sido el hombre: ha sido Oberon. El hombre se consterna ante el espectáculo de su patria asolada, estéril, barrida por los huracanes y las tormentas, arrasada por los torrentes, arrojando á sus costas abruptas el inagotable tesoro de sus manantiales polvorientos. Se estremece al mirar las calvas planicies, en donde se estanca el aire envenenado, sin que pueda purificarse en el pulmón anchuroso de la selva; se aflige ante las lluvias torrenciales y los cierzos sin valladar, y se conmueve ante la miseria de las aldeas con sus negros hogares sin lumbre y sus reses famélicas sin nutritivo y refrigerante pasto. El hombre no se complace en malbaratar la herencia de las generaciones que fueron para legar como único peculio la miseria y el infortunio á las generaciones que han de venir.

Y si por acaso han sido los hombres, esos hombres no son campesinos. Porque el campesino se ha mecido, á la sombra del roble, en las temblorosas rodillas del abuelo, que echó su semilla y podó sus ramas, y ha buscado en los días de disanto la vecindad del nogal ó la encina para solazarse junto á la fuente, despertando en su corazón los secretos impulsos de la pasión primera; y ha grabado en alguna corteza rugosa el nombre de una mujer ó la fecha de un día; y ha soñado con envejecer bajo las ramas del mismo castaño, que fué testigo de sus primeros lloros, y lo será de sus últimos balbuceos.

En las asoladas anfractuosidades de la sierra conquense, volverán á surgir nuevos tallos, crecerán vi-

gorosos troncos, sonará el estallido de las yemas y los ramajes; cruzándose otra vez, formarán las secretas umbrías y las bóvedas anchurosas de matizado verdor. El bosque habrá brotado de sus propias cenizas; Dodona verá reconstruídos sus alcázares tapiizados de musgo, y por entre las hiedras, se regocijarán nuevamente silenos y driadas.

El rumor de la vida mezclará una vez más sus conciertos al murmullo del agua al saltar en los pedregosos cauces. Por entre los ramajes tenderá sus regueros de luz el astro nocturno. Pero los titanes no volverán. No tornarán los genios de Oberon á levantar sus hachas de mango de nácar perfumadas de áloe. Debemos creerlo; hay derecho á esperarlo. Si quiera por honor de la Especie.

Cuenca.

AGUILAS Y LEOPARDOS

Tal vez el amor á las cosas viejas es sólo un tácito llamamiento. Hemos doblado la cumbre de los años, y sentimos que se nos va la alegría, que es la esperanza en el propio destino, y que oscila muriente en nosotros la llama del amor, que ha alumbrado el porqué de la vida.

Por eso, frente á los horizontes abiertos, incendiados por crepúsculos melancólicos, ante la vega perfumada por los tomillares silvestres, junto al cauce bordeado de juncias, refrescado por auras del Moncayo, que llevan en sus gamas cólicas tin-

tineos de esquilas lejanas y gritos de pájaros errabundos, la vista se aparta de las verdequeantes praderas, de las filas de chopos hieráticos, de los cirros que semejan vellones y del espacio azul abierto como un transparente fanal, y se vuelve hacia el caserío par-duzco, sobre el cual se destaca la torre, solitaria, adusta, con la grandeza de las cosas que se sobreviven y que llevan impreso en su misma decrepitud un rancio abolengo.

Y es una torre firme, hermosísima, señorial. Son sus proporciones armónicas; su ornamentación, delicada y sobria; esbelta y delicada su reciedumbre. Tal vez no se alce otra más bella en toda la comarca. Y esa torre no está descripta en guías ni ensalzada en obras de Arquitectura ó recreación. La rodea el olvido, como á esa águila imperial de dos cabezas y amplias y recortadas alas que muéstrase en ella prepotente entre dos escudos.

Difícilmente podrá ser admirada en parte alguna muestra tan acabada de la espléndidamente lujuriosa explosión del Renacimiento. Sobre la primera y severa imposta, en el segundo cuerpo, una amplia ventana cúbrese con un bello frontón triangular, y se rodea de muy delicados festones. A los lados, esculpidos con incomparable delicadeza, aparecen los escudos del Imperio y de Camarasa, y encima está el águila, sobre la cual, y bajo un friso de bellos grotescos, léese esta inscripción: «En el tiempo de Su Majestad el Emperador Carlos V de Alemania y Doña Leonor de Mena, se construyó esta torre, y se terminó en Septiembre de 1500».

Suben, junto á las firmes y rectas aristas, dos franjas soberanamente esculpidas, y en el segundo cuerpo se

abren gallardos tres arcos gemelos, separados por delicadas y airosas columnas. Delante, un balcón con barandillaje de piedra avanza en elegantísima curva. Arriba hay dos medallones y varios motivos del arte más exquisito y sincero. Por fin, una balaustrada delicadísima cubre la obra total, ornada con pinabetes y rodeada de salientes y fantásticas gárgolas.

Toda la majestad, todo el fausto severo de los primeros Austrias, está en esa torre opulenta, olvidada de todos, aun de los sucesores de aquellos que yacen en la revuelta cripta, agrupados sus huesos por la piedad de un capellán obscuro. Un día remoto debió cubrir sus restos un panteón de mármol, truncado y adosado después á uno de los muros. Allí están los primeros Camaradas, representados en inspiradas figuras yacentes, frente á un púlpito gótico de indiseñable mérito, calado á forja. No es posible descifrar la inscripción formada de trozos de la primitiva. Todo allí indica olvido, abandono por parte de los descendientes de tan noble é ilustre casa. Las columnas, los haces que forman las bóvedas han sido pintados de un gris abominable; encalados los muros, cubre á medias el yeso los leopardos de los capiteles. En medio de un pueblo activo é inteligente que renace, sólo aquel templo muere, agobiado por la pesadumbre de las glorias pasadas, que se han desvanecido con el tiempo, como en el aire el polvo de las eras.

Los campos se alegran con la blonda ondulación de la mies. Por la vía pasa, trepidante y veloz, el tren, que ha unido, más que ningún enlace de reyes, las dos Castillas. En la escuela, limpia, ventilada, alegre, grandes carteles piden á los niños respeto para el árbol y el pájaro, prevención contra la tuber-

culosis y el alcoholismo. Bajo las frescas y apacibles olmedas parecen resonar los coros jocundos de la cercana Fiesta del Arbol. Pero la torre se despedaza, y parece esperar inmóvil el definitivo acabamiento, la irremediable ruina en que truéquense en polvo, con las cruces de los Camaradas, las águilas caudales de Carlos V.

¡Quién sabe! Acaso todo ello es necesario para que el mundo encuentre su fuente de Juvencio. No resucitan las formas caducas, ni tornan á su cauce los ríos. Un día, los poderosos dieron su fortuna, no sólo á la Iglesia, sino también al Arte, á lo que entonces representaba civilización y progreso. Hoy lo dan á los jesuitas para que levanten casones informes y anties-téticos en que se incube la severa protesta contra los ideales que se divorcian del sentimiento y de la razón.

Por eso, á pesar suyo, se construyen mercados, y estaciones, y palacios, y jardines, y fábricas; y se alza sobre ellas el pararrayos, y se esculpe en su frente el saludo á las futuras auroras. Y por eso quedan tan tristes y tan solitarias esas joyas del Renacimiento, que recuerdan estados de alma tan olvidados y tan muertos como el águila de la torre y el leopardo del capitel.

Morón de Almazán.

MONUMENTO NACIONAL

Alumbrados por el azulado y espléndido fulgor de la Luna llena que bañaba la vega, y las aguas del río, y las breñas y los ribazos con placidez serena y ro-

mántica, subimos las cuestas de Toledo, silenciosa, calladamente, sobrecogidos por la emoción, como si cumpliéramos un sagrado rito. Mirábamos á un lado las hoces, los precipicios tajados á cercén; mas lejos, los floridos cigarrales geórgicos, las viejas ermitas, en que la tradición plegó sus alas para adormirse al arrullo de los inspirados romances.

Ante nuestros ojos atónitos apareció el puente flanqueado de torres, evocador de siglos de hidalguía, entre cuyos pretils parecían desfilar guerreras mesnadas; pasamos con unción ante la puerta vetusta de Visagra, contemplamos el torreón de los Abades y llegamos á la ciudad.

Eramos pocos los excursionistas: Giner, Cossío, Olóriz, un Silvela y quien estas líneas escribe. Subimos la cuesta recitando versos de Allghieri, de Carducci, del Arcipreste, del Romancero y de Zorrilla. No hay noche igual en mis recuerdos. Después de vagar por la ciudad encantada, de evocar sus glorias de transportarnos á las más sublimes regiones del Arte, recuerdo haber preguntado en aquella mi primera visita á Toledo:

—¿Por qué no declara el Gobierno á esta ciudad de ensueño, que debiera ser intangible, monumento artístico nacional?

He aquí que, al cabo de los años, una juventud entusiasta pide esa declaración oficial para salvar de la profanación el imperial recinto, y un periódico de Toledo demanda en tal sentido su cooperación á los cronistas madrileños. Sospecho las complicaciones que, en el orden civil jurídico, tal medida pudiera acarrear. Sean las que ellas fueren, la medida debe ser adoptada cuanto antes si no se quiere que Toledo

pierda su sello incomparable y único. Sería para España una gran vergüenza que no protegiera su tesoro de piedra, como lo han protegido Brujas y Nuremberg. Toledo es una reliquia que no puede ser profanada; pero no este ni el otro monumento, sino todo Toledo, que necesita conservar su carácter, su pátina, su sugestión poderosa, ideal. ¿Queréis otra ciudad moderna, opulenta, industrial, confortable? Levantadla allá abajo, en la llanura florecida en que el río desata sus meandros y reverbera á los rayos del sol de Castilla. Pero dejad á Toledo, la sublime, la magna, conservar su prestigio eterno, su diadema astística, su cincelado cetro, ante el cual se postran, estremecidos de fervorosa unción, los espíritus que aletean.

Adusta ante los roídos sepulcro romanos; recia en las puertas militares, en los restos de sus murallas y en el castillo de San Servando; potente en el Alcázar; soñadora en el Cristo de la Luz y en Santa María la Blanca; fervorosa y plena de místicos transportes en San Juan de los Reyes y la Catedral; primorosa en la torre de Santo Tomé y en las construcciones mudéjares; embelesadora é inspirada sienpre en sus zocos, en sus callejas, en sus recovecos y en sus viviendas señoriales, Toledo es siempre la ciudad del ensueño; es además el alma de la vieja Castilla, señora del mundo, educadora de los hombres, reveladora de los dioses, primogénita de la inmortalidad. Sus hombres son los nobles caballeros del Greco, cuyas manos tienden siempre á la izquierda del pecho para jurar, ó á las guardas de la tizona para combatir, en cuyos ojos relampaguea el legítimo orgullo, la austera dignidad de la Raza. Sus hembras son dignas sucesoras

de doña María de Padilla, que juntan en consorcio el recato con la braveza, y bajo cuyas tocas relampaguean las pupilas morunas bajo las frentes castas é inmaculadas de las cristianas vírgenes. Sus piedras palpitan y se estremecen bajo la presión de los dedos calenturientos de los artífices y se retuercen en alicatados festones y encajes; suben airosas en juncos flexibles para resolverse en arcos y rosetones y ojivas túmidas, y se agrupan como hojarasca desprendida del tronco para ornar los sepulcros, y se unen en masa uniforme y reverente para formar altares. Son piedras vivas que ríen, que se agitan, que suspiran, que lloran, que guardan palpitaciones de doce siglos, que dan la sensación de lo eterno y que consuelan de la tristeza agobiadora de la fugacidad de la vida, con la visión confortadora de lo bello y lo perdurable.

Allí está nuestra historia; allí, las iglesias de todos los cultos, que convivieron para unir á todos los creyentes bajo el manto de la tolerancia; allí, los alcázares de los reyes, los claustros de los monjes, los museos y bibliotecas de los sabios, los corrales de los histriones, los talleres de los orfebres; allí, las calles marcadas con el nombre de oficios é industrias sin cuento; allí, las viviendas de recios portones, las hornacinas desde donde las imágenes solitarias presenciaron los lances caballerescos, las aventuras de amor y adulterio; allí, los zocos que oyeron la algarabía de los moriscos y en cuyo centro se alzó indistintamente el cadalso ó la aterciopelada tribuna de los juegos de cañas; allí, los patios solitarios de severas arcadas, y las escaleras conventuales y las estancias próceres, y los imponentes y desembarazados cruceros, y las

húmedas criptas, y los hierros repujados, y los viejos arcones de talla, y los lienzos pintados por manos supremas, y los códices magnos, y las esculturas yacentes, y los cálices incrustados, y los tapices regios, y los pulcros y maravillosos paños de altar. Allí está todo, porque Toledo es «de una pieza», que no puede ser quebrantada; es la joya incapaz de ser desmontada de su engaste, que comienza en la roca misma y sube por las ondas del río, y asciende por sus muros, y trepa por sus torres, y acaba en las agujas sobre las cuales parece aletear todavía el águila que cernió sobre todos los confines del mundo el majestuoso vuelo de la grandeza de Castilla.

Toledo necesita ser protegida contra toda posible profanación; es monumento nacional, y así debe ser el hecho oficialmente consignado. Allá abajo, á la vega, la nueva ciudad, con sus edificios y sus vehículos, sus arcos voltaicos y sus deslumbradoras vitrinas, sus afanes y sus ajetreos. Arriba, la ciudad serena, augusta, inmortal, la joya castellana insustituible con sus evocaciones de Arte y de misterio; como recuerdo imperecedero de lo que fuimos y promesa segura de lo que, merced á la progresiva elevación y dignificación de las almas, podemos y debemos ser todavía.

Toledo.

DEL ATRIO Á LA RIBERA

Mi primera visita á Valladolid dejó huella perdurable en mi espíritu. Visité muy de mañana sus mag-

níficos templos; asistí por la tarde á la Plaza; recorrí, ya de noche, sus jardines espléndidos, y visité de madrugada las márgenes del río sobre el cual tiende su tramo vigoroso y gallardo el puente colgante.

Los templos no sólo admiran, sino que sugieren. Severos, con la austeridad de lo que sobrevive dignamente á su tiempo, se apoyan en sus contrafuertes de sólida firmeza. La razón imperó en toda la arquitectura vallisoletana, desde su aurora medioeval. Sofocada en sus manifestaciones más directas y menos plásticas, buscó en la piedra el silogismo. Allí, el pensamiento había preparado la transformación de la vida. El artífice era más que obrero: era pensador. Ni un solo adorno, ni un solo detalle dejaba de responder á la última conclusión matemática. El mismo botarel era contrapeso; era base de firme sostén la gárgola misma. Allí estaban la ojiva ó el arco románico, no como exigencia de delectación y éxtasis, sino obligada por el dato algebraico. Recordé á Frolo en Hugo: «*Esto matará á aquéllo.*» Pero, antes que libro, en Castilla, la razón se llamaba piedra. En los contrafuertes, en las impostas, en las tracerías, en los nervios que se desparraman para hacer innecesarios los lóbregos muros, pudo siempre escribirse: *Esto, por sí mismo, agoniza y muere.*

Las iglesias vallisoletanas piden y van teniendo, cada una, al frente, una nueva plaza. Es á la luz del día, libres de adosamientos y capillas que no conoció el sencillo y primitivo culto, como son vistos en conjunto y totalidad, como se admiran sus estilos arquitectónicos, que debieran llamarse *Adivinación*. El Arte es allí para todos. Se ha abierto el templo á las

muchedumbres, como pronto ha de abrirse á la indagación. Sus frontispicios piden ya grandes perspectivas. Ya no son los templos de los reyes, sino la sinagoga de los pueblos. En cada piedra ha esculpido el obrero su signo; en cada balaustrada, en cada hornacina, en cada crestería ha trazado el artífice la protesta contra lo innecesario, lo fútil, lo anormal, lo que puede y debe morir.

Ved cómo la catedral, la basílica, el templo se ha llamado cultura; ved cómo puede ser el Arte verdad, no copiando lo que es, sino fijando de antemano lo que ha de ser. Mientras los fanáticos predicaban junto al crucero la intolerancia, se rasgaban los muros para dejar ancho paso á la luz, y la libertad se llamaba en los vidrios de los rosetones policromía, y en los ventanales, severidad, y en las torres de agujas florescentes, aireación, gallardía, esbeltez y cálculo.

Todo arte es promesa; toda poesía, presciencia, porque lo inconsciente precede en la vida á lo reflexivo. Toda una tarde pasé meditando esto mismo, mientras las gentes, en la plaza taurina, revivían las alegrías y los regocijos mudéjares. Pero, allí mismo, dentro del Coso, el neto carácter castellano lo transformaba todo. El toreo estudiaba la finalidad de las suertes, no realizadas á capricho, como en Andalucía, sino obligadas por la necesidad de abreviar el sufrimiento de la res. No pedía el concurso episodios sangrientos ni vanos alardes de guapeza, sino la necesaria preparación estricta al remate feliz y pronto de la lucha. El tendido no deslumbraba en colorines. Acaso el espectáculo, al racionalizarse en la vieja ciudad, preparaba su lecho mortuario.

Todos estos son desvaríos acaso; pero ellos justi-

fican el vivir y el pensar. Reclinada en el amplio testero de la lujosa carretela ó en la almohadillada barandilla del *Pitter*, una mujer hermosa, tocada con sombrero ó mantilla de blonda, como una sirena con espumas, puede parecer al indiferente un objeto precioso, cuyos ojos relampaguean. Para el observador es un dato vivo, una nota en la magna sinfonía que conciertan las cosas y que dirige el Criterio supremo. Pero ha de moverse y vivir; lo que se para, muere. Por eso, en la orilla del Pisuerga, ya no se construyen monasterios, sino puentes de acero Siemens; por eso, nadie quiere hembras insensibles de adorno, sino madres de inteligencia y de corazón.

Desde la Antigua al puente colgante, hay una peregrinación de ocho siglos. Van transformándose los edificios, rasgándose á la luz y á la higiene las vías. Luego, aparecen los espaciosos y umbríos jardines, los talleres soberbios, las poderosas máquinas. Por fin, el tramo que sobrecoge al saltar por encima del río con soberana audacia. Es un nuevo templo que elevan los hombres á la Divinidad, que es siempre la misma, pero que se muestra cada vez más piadosa, y ya no fulmina sino verdades, y no condena sino á la indagación y al trabajo fecundo, que enjugará las lágrimas del trabajador en las fábricas después de hacer imposible el riesgo del valiente lidiador en la arena.

Así, arte, religión, cultura, es razón; pero razón que evoluciona. Porque el artista, el filósofo, el economista, el sociólogo, no pueden ya disertar por cuenta propia, sino según los datos experimentales que los observadores les facilitan en el laboratorio. El pensamiento ha dejado de ser vislumbre para

convertirse en resultado final de un proceso, de una verdadera revolución.

No nos asustemos de esta palabra, porque, en ley de razón, no significa violencia estéril, sino desenvolvimiento pacífico—el único eficaz—. Está grabado en los mismos sepulcros de las catedrales por el cincel de los artistas, como en los tramos del Pisuerga por el martillo de los obreros, ó en los volantes de la rotativa, que difunde por toda España el pensar y el sentir castellanos, traducido en las columnas de *El Norte*. Va impresa en la mirada, de cada vez más reflexiva, de la mujer moderna, emancipada por la educación. Va esculpida en todos nosotros, instrumentos de un lento y ascensional desenvolvimiento hacia la idealidad; única revolución sacrosanta que conserva el ayer pensando en el hoy, y que crea sin destruir; que reverencia los viejos templos, sin perjuicio de crear uno nuevo, redentor y humano, en que todos los hombres han de ser oficiantes, y todas las mujeres, sacerdotisas.

Valladolid.

BOSQUES Y TRIGALES

La máquina había enfilado bravamente el kilómetro 102. Fuente de Santa Cruz quedaba atrás, con sus agostados barbechos, y en el horizonte se destacaban las verdinegras y enhiestas siluetas de los pinos de Fuente Olmedo. El sol abrasaba impiamente los campos, ya segados, endureciendo y calcinando

los surcos. Hubo en el departamento un silencio, que bien pudo justificar la remembranza de aquel dudoso triunfo obtenido en 1464 por las huestes del desdichado infante Don Alfonso, el cual, según dice Pulgar,

En Valladolid solamente
halló feé é conocimiento
de señor.

O tal vez el recuerdo del consorcio celebrado poco después entre Doña Isabel y Don Fernando, «de cuya vergüedad se dió cumplido testimonio, en presencia de jueces, é regidores, é caballeros», según afirma el *Cronicón de Valladolid*.

Pero no debieron ser tales los pensamientos de todos los viajeros, puesto que el más abstraído en la contemplación de los campos pronunció estas palabras:

—Los trigos: esta es la única, la verdadera riqueza agrícola vallisoletana.

Nunca lo hubiera dicho; porque un hombre, de edad madura y mirada perspicaz y serena, le salió al paso con palabras análogas á las que he de procurar transcribir:

—Señor mío—comenzó, poco más ó menos—: lo que usted ha dicho es, con pocas variantes, lo que piensa la generalidad de las gentes de esta meseta de Castilla. Nombrarla, es evocar la visión de extensos y dorados trigales, luminosos cual los de Gonzalo Bilbao, de espléndidos fundos de pan llevar, sobre los cuales un océano de rubias espigas finge áureos y deslumbradores oleajes. Y Valladolid ha callado hasta ahora, satisfecho de su reputación de pueblo

triguero, y esto le ha perjudicado no poco, puesto que ha contribuido á mantener la ignorancia de los datos en que ha de fundarse su regeneración y progreso. Pero ahora es ocasión de decirlo. No: Valladolid no es provincia triguera, y lo que ha de asombrar á no pocas gentes: no es muy sensible que no lo sea si ha de buscar caminos de adelanto.

Todos hemos mirado al viajero extraño con estupor.

—¿Saben ustedes—ha proseguido—los quintales métricos que produce Valladolid por hectárea? Pues son menos de nueve; es decir, medio menos que Tercel, uno menos que Madrid, cuatro menos que Jaén y Vizcaya, y diez y seis menos que Gerona. Le aventajan en producción Oviedo, Alava y casi Coruña, que jamás pasaron por provincias trigueras; porque el sistema de cultivo y arriendo es aquí el de año y vez, y las tierras se abonan poco y mal, y se necesita una cosecha como la actual para que la producción remunere los gastos de cultivo y las gabelas tributarias.

En cambio, nadie habla de la industria de Valladolid, que progresa y se desenvuelve en términos que asombran á los más optimistas. Esto merece conversación aparte. Pero en la misma agricultura hay fuentes de riqueza que no producen lo que debieran por culpa del Estado y faltas de redacción en las leyes de repoblación forestal.

Vean ustedes—nos dijo, señalando los bosques de Olmedo, inmensos, opulentos, llenos de frescura y verdor—. Cualquiera hectárea de esas rinde más que el mejor trigo vallisoletano, y no rinde más por falta de administración, por mal entendida codicia,

que sangra y poda y tala con fraude. No quisiera sino ver convertidos en pinares como esos todas las hectáreas de arenales incultos que hay en la provincia, y que son—asómbrense ustedes—¡más de setenta mil!

—Pero—interrumpió, al escuchar afirmación tan estupenda, uno de nosotros—si esto es como usted asegura, ¿cómo es que el Estado no se apresura á repoblar por su cuenta esas setenta mil hectáreas y á expropiarlas, si fuese preciso, puesto que su valor ha de ser insignificante?

La respuesta no se hizo esperar, y fué contundente.

—No sucede esto porque la ley de repoblación y conservación de montes no entiende por tales sino las elevaciones de terreno, como la Academia Española, y, además, quiere que las repoblaciones sean á instancia de los interesados, y no por iniciativa oficial. Y los dueños de esos arenales no se asocian, ni gestionan, ni hacen nada absolutamente, temiendo, con razón, que hacer dejación de su terreno al Estado equivalga á su completa ruina. Sin embargo, un gasto inicial de 160 pesetas por hectárea transformaría la provincia y cambiaría los arenales en frondosos bosques, que evitarían las inundaciones, rendirían una fortuna en maderas de construcción y regularizarían las lluvias, cosa tan necesaria en esta comarca.

Todos escuchamos con profunda, con irremediable tristeza. Por primera vez comprendimos, acaso, que estos problemas de la Agricultura, que únicamente solicitan la atención de los especialistas y de los sociólogos, debían interesar á los artistas, á los poetas y á los soñadores. Pues ¡qué!, ¿es lo mismo

tener ante los ojos un bosque frondoso que un arenal? ¿Es igual contemplar á los campesinos escuálidos y hambrientos que regocijados y fuertes? Estos problemas que afectan á la vida, no sólo de los hombres, sino de la Naturaleza ubérrima, no deben escribirse sólo con números, sino con cantos virgilianos.

Y hemos pensado que una región que fué grande y que tiene derecho á volver á serlo, no puede dejar que se aplace indefinidamente su repoblación forestal por culpa de la cláusula de una ley redactada en términos y sintaxis más ó menos oficinescos.

Valladolid.

Á LA LUZ DE LA LUNA

Hasta media noche, Valladolid es la población europea parecida á todas en sus edificios suntuosos, sus tranvías eléctricos y sus rojizos y deslumbreadores arcos voltaicos. Comenzada la madrugada y en las horas que median entre ella y el alba, no hay sino internarse por sus callejas solitarias para sentirse sumergido en un mundo pretérito, á un tiempo mismo grande y bizarro, solemne y pícaro, noble y dropesco, como toda la España tradicional.

Tienen estas vías, casi siempre medrosas, nombres que evocan viejas magnificencias, devociones vetustas y costumbres desaparecidas y hondamente simpáticas. Se llaman de «Alcalleres», del «Caballo de Troya», de la «Fuente Dorada», del «Emperador», ú otros

nombres enfáticos. Recuerdan otras veces nominaciones místicas, como las de la «Caridad» y las «Comnnidades», la vieja de la «Madre de Dios», las del «Rosario» ó la «Penitencia». Y otras rememoran la vida gremial que, en las postrimerías del siglo XVII, llegó, sin duda, á ser poderosa en Castilla; y así tuvieron sus calles propias los «Plateros», sus soportales los «Coleteros», y sus suburbios los «Hostieros». Aparte, los judíos, no siempre perseguidos con el encarnizamiento inquisitorial, hubieron un templo, y de ello da fe y testimonio la tortuosa calle de la «Sinagoga».

Pero hay otras, sin duda, legendarias, cuya denominación enigmática inquieta y desasosiega con el ansia de rasgar el impenetrable misterio que las dió origen. ¿Qué heráldico signo, hostil cerramiento ó suplicio cruel evoca la calle de la «Cadena»? ¿Rememora el penoso cautiverio de algún enemigo del Condestable, ó la desdicha de aquella melancólica infanta Constanza, que, después de ser reina en Valladolid, fué llevada prisionera al alcázar de Toro? Perdió su nombre la de «Linajes», alusiva á los grupos de cuatro familias que repartieron las prebendas entre las de Tovar, Mudarra, Cuadra y Reoyo; consévalo la interesante y cervantesca llamada de «Boteros», digna de Toledo, Alcalá ó Nuremberg; perpetúa su tradición la sugestiva de la «Galera Vieja» ó la vetusta de «Malcocinado»; pero ¿á qué tétricas leyendas aluden la de la «Rúa Oscura» ó la «Penitencia»? ¿Quién fué la «Niña Guapa» en esta castellana tierra de hembras sanas y fuertes, cuyo recuerdo guarda una vía romántica en sus desconchados azulejos? ¿Quién, el abad cetrino, dueño de aquel amplio corral del «Cura»,

digno émulo de los de «Falagués y Ricote»? ¡Oh, y cómo lo ignorado nos subyuga! Es, tal vez, porque sobre la tierra se alza una cúpula de enigma, por lo que, ciertamente, vale la pena de vivir.

Y luego, las decrepitas casas vallisoletanas, con sus blasones en que parecen flamear airones de granito, y que hay grifos y leones rampantes y duros guanteletes que surgen de portillos y almenas. Parecen refulgir á la luz de la Luna las agujas de crestería de San Lorenzo y la cornisa que le ciñe con sus sartas de perlas. Suspenden el ánimo los quince arcos de la Antigua monumental, con su ábside flanqueado de estribos, erizado de caprichosas gárgolas, coronado de agudos botareles, ceñido como con grácil y aristocrática diadema por su primosamente calado antepecho. Maravilla San Pablo, poblada en los arquivoltos de su regia fachada por legión de santos y arcángeles de piedra. Deleita San Gregorio, con su patio suntuoso, con los rombos de su antepecho, y el Museo, con sus almohadillados y sus labores platerescas. Pero los viejos caserones... Son la vida misma petrificada, la Historia hecha fósil. En cada uno palpita todavía el genio de un monarca ó de un judaizante, de un valido ó de un mercader, de una infanta ó de una proxeneta.

Toda la grandeza fiera y bravía de los Austrias está en el casón de Ribadavia; parece, aplicando el oído á los muros, que se oye el robusto vagido inicial del que hubo de llamarse segundo Felipe y las palabras de su madre, palabras de suave cadencia y contextura, que dan la medida del vigor de toda una raza. «Non me faleis tal, minha comadre, que eu morrerei, mais non gritarei.» De este linaje de hem-

bras debió ser doña María de Padilla, y la iluminada Teresa de Avila, y Agustina de Zaragoza, que no fué aragonesa. De este temple es la madre de los hidalgos castellanos, que los sabe parir y los sabe sacrificar.

Vosotros, los que venís á Valladolid á admirar su desenvolviendo industrial, mercantil y agrícola, no dejéis, si anheláis conocer su espíritu, de visitar, ya avanzada la noche, cuando la constelación del Auriga ha dado en el cielo su vuelta diuturna, de visitar las casas del «Cordón» y los «Duendes» y el palacio del italiano Fabio Neli, los caserones de Villasante y de Revilla, los de Salinas y Valverde y aquel otro, escondido entre la calle de San Luis, que quiso poseer el gran Berruguete, comprándolo á los herederos de Juan de Juni. Pero, sobre todo, internaos por los estrechos pasadizos; deteneos ante los enlosados zaguanes, en que parece oírse piafar á los corceles de los enjutos y pálidos hidalgos; mirad los brocales, los hierros, las gárgolas, los canes, las aldabas, los carcomidos postigos claveteados. Allí está nuestra historia, que ruge, que solloza, que ríe, que suspira y que sangra. Aquello es carne de nuestra carne y es desgarradura fiera de nuestro espíritu.

Y hay un rincón todavía austero y solemne. Es la trágica y singular «Plaza del Ochavo». Amaneció un día bochornoso de Junio de 1453. En medio de la plaza se alzaba un cadalso cubierto de paños enlutados, y encima, una cruz alumbrada por gruesos cirios amarillentos; en un ángulo había un poste con una escarpia, destinada á recibir la truncada cabeza que fué del monarca guía y sostén. Llegó por la calle de Francos el orgulloso Condestable, montado en

una mula y precedido del pregonero. Apeóse al lado de San Francisco; dudó si hablaría ó callaría, y mirando con gesto de fiera á la iracunda multitud, que algún día se arrastraba á sus pies, bajó luego la cerviz resignado, y balbució estas solas palabras:

—Más merezco.

Sí: somos de una firme y aventurera raza. Llevamos con gallardía y entereza el peso de muchos endiosamientos y de muchas caídas irremediables. Más merecemos: de laurel y de espinas, de grandeza y miseria, de baldón é inmortalidad.

Valladolid.

BERRUGUETE

Envuelto en flotante capa de paño negro de Santa María; tocada la cabeza por airoso chambergo; pendiente del tahalí la pesada tizona, templada en las ondas que sintieron el estremecimiento sensual de las floridas carnes de la Cava, entró el 4 de Octubre de 1523 en Valladolid, caballero en desmedrado alazán, un hidalgo venido de Italia, pero nacido en castellana tierra. Era el nuevo escribano del crimen, Don Alonso González de Berruguete. No se había cumplido más de un año desde que de la argolla de la plaza de las Angustias pendieron las cabezas del alguacil Pacheco y del licenciado Rincón. Por ventura, la piedad había sucedido á la crueldad inhumana con que fué sofocado el alzamiento de Don Juan de Padilla y sus secuaces. Las Comunidades ya no exis-

tían, y las Cortes hacían olvidar, con sus decisiones humanas, la rota memorable de Villalar.

A las luminosidades de la campiña napolitana, sucedían en el cerebro de Don Alonso las tenebrosidades de las chancillerías y de los tribunales sentenciadores. Encaminóse presto el hidalgo, no al Alcázar, que no le había la majestad de Carlos I, sino á la casa solariega del buen conde de Ribadavia; pidió papel y pluma, y, con altanero ademán, firmó la renuncia de un cargo incompatible con sus gustos de artista y sus deliquios de soñador en Alonso Berruguete, su hijo; porque, decía, «quiere servir al Emperador nro. señor en su oficio de pintor y no más».

Hubo de ser aquella renuncia gloriosa para el Arte. Poco después della, deslumbraba con su magnificencia el tríptico de la iglesia de San Lorenzo, y Valladolid mostraba orgullosa á sus visitantes otros tres cuadros, que son, de cuantos los ven, pasmo y maravilla. En uno muéstrase Jesucristo, ya resucitado, á la Virgen; tienen como asunto los otros «La huída á Egipto» y la «Natividad del Señor». Ellos solos justificarían la visita á Valladolid de todos los verdaderos artistas.

En medio de una devoción austera y tenebrosa, Berruguete sentía todas las luminosidades y sensualidades del paganismo. Cuando acabó el retablo de San Benito, debió sonreír satisfecho. Sus abalaustradas columnas y cornisas, sus pinturas, relieves y estatuas sin cuento formaban en el género plateresco una obra incomparable. Influida la vida toda por lo sobrenatural y medroso, Berruguete volvía bizarra y bravamente por los fueros de la realidad. Sus santos, sus judíos, sus sayones y sus mujeres, sus cirineos y

sus filisteos, son de carne; sus ropas tienen todavía la presión y la huella de humanos dedos. En el sepulcro mismo de Tavera, no yace grávida una piedra, sino un prelado, en cuyas pupilas está la agonía y sobre cuyas carnes, que parecen estremecerse aún, y sobre cuyas ropas, que tienen la reminiscencia en sus pliegues de conventuales actitudes, flota la inspiración sublime, no de los iluminados de los siglos ascetas, sino de los grandes escultores helénicos.

Es, en su lienzo, el evangelista Mateo, no el discípulo obsesionado por los juicios apocalípticos, sino el enérgico propagandista viril cuya concentración imaginativa armoniza con el vigor que ha de prestarle arrestos para afrontar la persecución y el martirio. Vigoroso Marcos, enseña sonriente contraídos los miembros; pero seguro de su fortaleza y reciedumbre. Se ve que en la mente de Berruguete la doctrina que enseña no es la cristiana, sino más bien la vieja epicúrea. San Benito mismo no es el manso reformador, sino el ardiente luchador que hace destruir el templo pagano. Y todas las figuras talladas por sus manos nerviosas viven, palpitan, hablan, sollozan, rugen. No tienen el éxtasis, la deforme idealidad gótica ó románica, la flacidez iluminista. Hay en ellas el ímpetu bravío de la Naturaleza, eternamente fecundadora: «son el Renacimiento».

Arrancan los niños alados de las ramas las pomas bien olientes con la sensual fruición de la gula infantil; sonríen las vírgenes con la satisfacción orgullosa del amor maternal; oran los nobles; pero en sus miradas relampagueantes se adivina que, puestos en pie, tornarán á las justas ó á las enconadas contendidas; y en la arquitectura de Alonso, ortodoxa, pero

inspirada siempre en la luz lujuriosa de los archipiélagos jónicos, no aparece la ojiva, sino el arco de Tito y la columnata del Coloseo. Es el culto de las humanas formas, que inmortalizó el arte griego; la devoción á lo que piensa y vive, que endiosó las pasiones y hasta los vicios en Atenas, lo que resurge, anunciando el fin de la Edad Media y el renacimiento universal. Así, en la frente pensativa de sus santos creyentes está la duda luterana, como en la arrogancia de sus actitudes fulmina la protesta definitiva de Servet.

Don Alonso es toda una época. Valladolid tiene todavía su propio espíritu. Es el alma de una generación de hidalgos, que se prosterna ante las hornacinas de las encrucijadas y se rebela luego, arcabuz en mano, contra la imposición de obispos y abades; que reza en San Benito y riñe en el Campillo, pronto á la plegaria como á la blasfemia; generación aventurera, que ha de llevar sus ambiciones, denuedos, supersticiones y arrebatos á Flandes; mundo de caballeros y de hidalgos, en que los mismos campesinos se cubren con fieltros que parecen chambergos y en que las dagas de los hampones muestran guardas y longitud toledanas. Lucha de dos universos ideales la suya, es el espacio transitivo entre un crepúsculo y una aurora. Las vestes, las ropillas, las callejas, los autos de fe, los suplicios, los ritos piadosos, tienen la lobreguez del primero. Pero el Arte, que es siempre lo primero que se emancipa, muestra ya la serenidad, el contento, el ansia de vivir, la esmerilada transparencia y el vaho germinador, el olor á terruño fecundado de la segunda.

Berruguete es todo eso y aun algo más. Y por ello,

después de muerto, consagran su inmortalidad, no ya los artistas, sino los jueces, con deposición de testigos, que juran por los Evangelios: «—Digan los testigos, si saben—se pregunta en el pleito de Cáceres—, que Alonso Berruguete era tan docto y perito en las artes de Pintura, de Escultura y Arquitectura, que en ellas era el más famoso que en su tiempo, ni antes, ni después acá, se vió ni conoció en los reynos de España.» Y los testigos dijeron unánimemente: «—Es cierto.» Y «Sí, juro».

La casa de Berruguete fué un taller prodigioso, en que el artista hidalgo, émulo en diversidad de aptitudes de Miguel Angel y de Cellini, trabajó con ansia febril preparando el lienzo, la estatua, el sepulcro, el retablo ó la sillería coral que había de enviar á Toledo, á Granada, á Madrid, á Cáceres, Nájera, Salamanca ó Palencia. No es posible pasar ante sus muros sin recogimiento solemne, sin prestar atento el oído al golpe del mazo y del cincel que sonó en las tinieblas de la primera mitad del siglo xvi como el martillo de un gigantesco cíclope que arranca del centro de la tierra, para pulirlo y cincelarlo, el bloque rebelde y prodigioso, cálido y palpitante, de la Humanidad nueva.

Valladolid.

EL PALACIO DE VALVERDE

No se deja Valladolid sin pena. No la dejó Carlos I cuando fué á esconder sus agudas neurastenias en Yuste; menos pudo hacerlo aquel rey Fernando

cuando fué á morir á Jaén. La Historia, aquí, se llama piedra; el Arte, maravilla, y el trato, ingenio y hospitalidad.

Hay un vigoroso contraste entre la actividad comercial y la suntuosidad de las vías, y los edificios modernos, y las evocaciones del mundo antiguo, que contribuyen á formar, en quien se aleja, tal estado de ánimo. Al llegar, no se han visitado los templos románicos, godos ó del Renacimiento, ni las solitarias encrucijadas y callejas, y sorprende la magnificencia del Campo Grande y de las vías comerciales y céntricas. Se experimenta el ansia de vivir y de trabajar que nos acompaña en las grandes urbes. Pero, al llegar la hora del regreso, se siente la necesidad de visitar de nuevo las ruinas adustas de un pasado sugestionador y glorioso. Todo parece más interesante y melancólico. La pátina del tiempo da á todas las cosas una perspectiva otoñal.

En Valladolid, á la llegada, se es siempre joven, y viejo siempre á la despedida. Sea cualquiera la fecha en que se haya nacido, se tiene al llegar diez y ocho años, la edad de Romeo; al dejarle, se tiene indefectiblemente setenta, la edad del rey Lear.

Y place contemplar en la noche estrellada los viejos casones, que rememoran historias ó leyendas. La fogosidad de la vida está escrita en ellos todavía con más intensidad que en las coplas de Jorge Manrique; se ve cómo el placer hiere y punza después de acordado; cómo se va la vida «tan callando»; cómo fué mejor el tiempo que ya es ido, y de qué suerte nuestras vidas van, silenciosamente, al mar de la muerte, como corren al Océano estos ríos legendarios y heroicos.

Hay un edificio vetusto, ante el cual se experimenta una sensación extraña de curiosidad y de asombro. No se alzan sobre sus ángulos las torres de la Casa del Cordón ó la de los Duendes; carece de la severidad grecorromana de la portada de la casa de Fabio Neli; no tiene las afiligranadas labores del Renacimiento de la del marqués del Infantado, ni el pintoresco patio de la de los duques de Benavente. Es grande, sombría, austera en su armónica sencillez y en sus severas y bien proporcionadas líneas. Pero sobre ella ha pasado un aliento trágico, y en uno de sus ángulos cuentan las populares consejas que simbolizó un viejo marqués de Valverde, en una figura obscena de proxeneta, el adulterio y la infidelidad de su mujer infame.

Sorprende en verdad que en un palacio, cuya traza y ornamentación justa y severa revela la austeridad y nobleza de su poseedor, aparezca en plena fachada la imagen de una hembra irrecatada que muestra sus más íntimas impudicias. La explicación que da la leyenda es absurda é inaceptable, conociendo el carácter castellano y el sentimiento del honor predominante en la época en que la casa de Valverde fué construída.

Cifró el marqués—según la leyenda—amor, fortuna, felicidad y honor en su esposa, hembra bellísima, quien, aprovechando su ausencia, faltó á la fe jurada con un paje de su servicio. No quiso el marido agraviado seguir el ejemplo de «Á secreto agravio, secreta venganza», ni de «El médico de su honra»; pero acudió á la Chancillería y al monarca; luego, obtenido el castigo de los culpables, perpetuó en la imagen obscena, que hizo colocar sobre una

imposta, en infamante medallón, la liviandad y lascivia de la infeliz adúltera.

La historia es absurda y disparatada: miente. No hubo, ni hay, ni habrá en Valladolid un solo caballero capaz de cometer tan despreciable villanía. Aquí se mata ó se perdona, pero siempre con dignidad. Quien inventó tan grosero argumento, desconocía el alma castellana, magnánima y piadosa para con el débil; cortés para con la mujer, aun siendo liviana; noble y compasiva para con el vencido.

Fué un escultor quien cometió semejante desaguisado, como el de trazar en un medallón una obscenidad sin motivo ó pretexto; fué acaso un monarca quien pretendió afrentar con notoria injusticia á un noble sobrado turbulento. La leyenda del adulterio y de la pena vergonzosa es falsa: pugna con el alma caballeresca de Valladolid. Hoy, como ayer, es noble, es hidalga; por eso se la admira en su pasado y en su presente; por eso se la abandona con tanto pesar.

Valladolid.

LA CASA DEL CURA

Por altas imaginativas y no más ruines quebrantos desvelado, transitaba yo, no ha muchas noches, por una de las medrosas y solitarias encrucijadas del legendario barrio de Santa María. Abstraído en no sé qué lucubraciones y desasosiegos, vine á topar con el lugar en que se alza aquel templo que el vul-

go denominó de la Antigua; digo aquel que describe con tanta pulcritud como minuciosidad el Tudense, atribuyéndole á la munificencia de Pedro Ansúrez y de su caballeroso yerno Alvar Fáñez. Embebecido estaba contemplando la prodigiosa fábrica, cuando en las sombras adelantóse hacia mí un hombre de osado y desenvuelto ademán, ante cuya extraña y peregrina figura hube de quedar absorto y perplejo. Era el tal como de cinco lustros, y vestía calzas atacadas, jubón prieto, zapatos de hebilla y gorra abullonada de terciopelo segoviano. Preguntéle su nombre, y él contestó al punto que era el alma de Maese Tomé Giralté, de Valoria la Buena, la cual velaba en aquellos sitios por la conservación y decoro de la más bella de sus obras.

—¡Cuerpo de tal!—le dije—. ¡Y cómo andáis de lucio y rozagante! ¡Os hallo, en verdad, con sobrados medros y aventajamientos para ser un ánima! A lo cual Tomé: —Hais de saber—dijo—, seor hidalgo, si á bien lo fuereis, que es propio de toda ánima de buena crianza no mostrarse groseramente en polvo y piltrafas, *pelis et osa*, sino con su carne y vestidura mortal. Y aquí donde me veis, no soy un ánima cualquiera, sino nascida en Cantarranas y criada en el Azoguejo. —Siendo así—repliqué—, bien podéis vagar como os viniere en mientes y aun alternar con el mismo Papa.

Llegado aquí el coloquio: —¿Seréis servido de decirme—le pregunté—qué bueno buscáis por estos contornos? —Ya os dije—contestó—que velo por la más cara de mis obras, pues yo soy el maestro alarife que construyó esa casa del cura, que veis adosada al templo como al cuerpo desaseado una liendre.

—¡Vive Dios, seor bellaco—hube de contestarle—, que pudierais haber invocado mejor título á mi respeto y cortesanía! ¿Y es posible que os enorgullecáis de haber afeado una de las obras más prodigiosas del arte bizantino? —No toca, ciertamente, á los padres—replicó algo confusa el ánima—sacar á luz las faltas de sus hijos, á los cuales siempre ha de disputar por bellos y acabados, aun cuando ellos sean los más viles engendros que pueda soñarse. Cuanto más, que no fué mía la iniciativa, sino de Nuestra Santa Madre la Iglesia, que no puede engañarse ni engañarnos.

Temeroso de incurrir en grave herejía, no le hice más reproches. —Confesaréis—le dije—que esa torre gentil de cuatro cuerpos, de aéreos y delicados ventanales, afeada en su base por ancha faja de cascote; que ese ábside severo, ornado por engalanadas ojivas; que ese admirable pórtico y sus arcos, orlados por molduras cilíndricas, y sus semicírculos, tapiados por imprudentes adosamientos, claman por una sabia restauración. —Ahí le duele—gimió el ánima de Tomé—. Mirad, si os place, arriba, y veréis el complicado andamiaje para comenzarla. Si ella se lleva á cabo, caerá seguramente la casa del cura, y con ella mi gloria de artífice. —¡Plegue al cielo—exclamé—que así sea, para baldón de clérigos burdos y alarifes chirles, que de tal guisa profanarán la hermosura de la más preciada joya vallisoletana.

Pasados que fueron algunos instantes, me aguijoneó la curiosidad, y pregunté á Tomé cuándo comenzarían las obras. —No puedo deciros, señor—dió como respuesta—, sino que hace más de veinte años que se pensó en la restauración, que habrá de hacer-

se por cuenta y riesgo de las arcas reales, y más de tres que se colocó el andamiaje, y aún no se ha dado el primer golpe de piqueta, á tal punto que el maderamen, que costó obra de doscientos y setenta buenos ducados, algo más que el retablo de Juan de Juní, lleva trazas de ser roído por la humedad y la polilla y de venir á tierra con el más estruendoso fracaso, si Dios Nuestro Señor no oye mis votos y oraciones.

—¡Vive Roquel!—grité indignado—. ¿Y esas tenemos? Desta suerte, ya podéis, buen Tomé, retiraros á dormir á vuestra sepultura, bien seguro de que antes que la iglesia pueda ser restaurada, llegará el día del Juicio final. Al cabo, han de poder más vuestros adosamientos y adobes que toda la solidez del monumento. —¿Tan tardos y reposados son—preguntó el alarife—nuestros Gobiernos en España? —Ellos son tales—contesté—, que no les hará salir de su paso la lanza de Aquiles. No parecen sino recriados en el Azoguejo. —Siendo ello así—exclamó, ya más sosegado, el espíritu—, torno á mi osario, desde el cual siquiera no se ven esas luces tan encarnadas que privan de todo su encanto á la vieja Valladolid. —Bien podéis hacerlo—insistí—, y que Dios premie vuestra diligencia. Andad en buen hora, y si topáis por los Campos Elíseos á la sombra del buen Alvar Fáñez, comunicadle la infausta nueva, bien seguro de que no habrá de donaros albricias.

Valladolid.

EL ASILO DE LA CARIDAD

No hay mendicidad en Valladolid; se empeñó en suprimirla un hombre, y la ha suprimido. ¿Un gobernador? ¿Un alcalde? ¿Un obispo? ¿Un millonario? Nada de eso. No hay mendicidad porque lo hizo cuestión de amor propio un particular, que no tiene hijos, y se obstinó en ser padre de los desvalidos: D. Federico Tejedor.

Tejedor es un hombre vigoroso, campechano y simpático. En cuanto supo que su empresa ofrecía serias dificultades, se enamoró de ella.

—Nada conseguirás—le dijeron—. Madrid ha fracasado en este empeño.—Nosotros, no—dió como respuesta—. Hay muchos hambrientos.—Comerán.—Hay legión de vagos.—Trabajarán.—Te será hostil el clericalismo.—Lo tomará en dos veces.—No tendrás ingresos.—Los inventaré.—Alguien se lucrará.—Lo llevaré á presidio.—En el momento en que te duermas, vendrán los abusos.—Me estaré despierto.—Las dificultades nublarán el sol.—Pelearnos á la sombra.

Tejedor pidió á todo el mundo—esto era hace cuatro años—, y reunió la fabulosa suma de diez mil pesetas.—¿Lo ves?—le increparon—. Ya tienes para una semana.

Tejedor calló y organizó el Asilo de la Caridad, Este año el Asilo ha procurado estancia higiénica, alegre y ventilada á todos los centenares de mendi-

gos que antes carecían de albergue, ha servido «*doscientas treinta y tres mil*» raciones de comida sana y abundante y tiene en caja «*¡treinta mil duros!*».

Es natural, dirá quien esto lea; los donativos serán cuantiosos. Pues no lo son. Los donativos de este año no llegan á veinte mil pesetas. Los suscriptores son poquísimos, y algunos, por cantidades insignificantes. No ha habido manda ni legado importante. Entra en caja poco dinero; pero, eso sí: todo el que entra es para los pobres. Allí no come nadie á costa del prójimo. No hay mas que tres ó cuatro empleados modestísimos; ni siquiera hermanitas de esta ó de la otra Congregación. La Junta trabaja de balde en una sala cuyo mobiliario no vale cien pesetas. Hay en el salón de sesiones una percha excelente, que ha costado cuatro reales; una mesa, tasada en veinticuatro, y un sillón para la presidencia, bastante confortable, justipreciado en tres. Pero los asilados tienen en la despensa más de tres mil pesetas de aceite, arroz, alubias, garbanzos y comestibles varios; ocho mil pesetas de paño en los roperos, dos mil en útiles de cocina y ciento veinticinco mil en el Banco. Están colorados y lucios, y se han redimido unos de la miseria, otros de la vagancia y no pocos del alcoholismo. Los hombres útiles trabajan en su oficio ó como ordenanzas de los comercios. Las mujeres cosen y ayudan. Ahora se gestiona de las Compañías pase gratuito para los pobres transeuntes. Si Tejedor tuviera en su poder el capital de la Orden Venerable Tercera, se acababan los pobres en Europa.

Los auxiliares de Tejedor son otros varones del mismo bronce. Son el alcalde Aguirre, manojo de nervios y de sanos y honrados propósitos, y luego,

ocho ó diez apellidos castellanos: Rubio de Medina, Mata, Peña, Velicia.

—Denme ustedes sus nombres—les he dicho. Y lo han escrito en un papel y luego han dejado el papel yo no sé dónde. ¿Qué importa? Los conoce Valladolid entero.

Estos hombres de corazón son incansables. No duermen, imaginando arbitrios. Organizan corridas de toros, y no hay torero, ganadero ó contratista que se vaya sin su sablazo. Disponen tómbolas, dan conciertos, venden flores, alquilan sillas, rifan cerdos y presumo que hacen sortilegios. Dentro de pocos días se pondrá la primera piedra del nuevo edificio, cuyos planos asombran y maravillan. Y se hará el edificio. ¡Vaya si se hará! Se lo han propuesto y lo consiguen, y, además, lo ha dicho Tejedor.

Valladolid ha depositado en estos hombres una fe ciega. Sus cuentas son precisas, claras, contundentes y las ve todo el mundo. A los madrileños, acostumbrados á ver perderse en manos de intermediarios muchos millones de pesetas al año destinados á la caridad, esta conducta, esta organización, se nos antojan espartanas. Acabarán por ser los legítimos administradores de la caridad vallisoletana, y en algunos sitios, los inveterados despilfarradores de la piedad se desesperan y se tiran de las cogullas. El Asilo de Caridad no es anticlerical, y hasta tiene una hermosa capilla, á que asiste el que quiere. Lo anticlerical es el procedimiento. ¡Cómo! ¿Un Asilo sin Congregaciones, sin empleos, sin gangas y, cual dicen gráficamente los chicuelos, sin un bote de que ir chupando? Eso no puede ser: se le hace una guerra al Asilo, implacable. Se aconseja á los fieles que

no le protejan. Se le cree poco ortodoxo. Cuando va á visitarle un periodista liberal, sus colegas ultramontanos, invitados también, se abstienen de hacerlo. Aún hay clases. Tejedor sonríe: él es cristiano á machamartillo y no se ocupa en discusiones de secta. A salvar á los pobres. Si viene un periodista y hace propaganda, mejor, aunque sea un hereje. Tal vez se condene al darle la mano; pero está seguro de que, en la liquidación de cuentas terrestres y divinas, ese será el único pecado venial.

Pronostico al Asilo un porvenir espléndido. El que deje manda, legado ó fideicomiso piadoso que no sea para el Asilo de Caridad, demostrará no ser un lince, si es que no comete una enorme falta. Lo peor será que algún día, cuando haya en caja varios millones, querrán inmiscuirse en la gestión gentes que ahora ni siquiera lo intentan porque sólo produce desasosiegos. Hay que salir al paso á este peligro y dejar bien atados los cabos para que tal no pueda ocurrir.

Quien esto escribe ha presenciado en el comedor la cena de los asilados. Eran casi todos ancianos, aseados, corteses, sanos y satisfechos. Luego han entrado los desvalidos de la calle, niños, mujeres, obreros sin trabajo; y han comido su pan candeal y sus manjares limpios y calientes. Era un espectáculo subyugador el del comedor, blanco, iluminado como el de un hotel, reluciente de pulcritud. Al final han entrado unos cuantos niños y no pocas mujeres; han entregado quince céntimos y se les ha llenado una escudilla.

—¿Quiénes son éstos?—he preguntado á Tejedor.

—Son—me ha dicho—hijos y mujeres de trabaja-

dores con pocos ingresos ó á quienes la desdicha merma temporalmente su haber. Se les vende raciones en que, naturalmente, pierde el Asilo. De esta manera se les socorre sin humillarlos: no piden, compran. Lo primero que ha de tener la caridad es no ser humillante y mostrarse siempre discreta.

Al oír estas palabras, me he descubierto. ¡Qué lástima que, por no concederme la alternativa de escritor. no las hayan oído los periodistas del otro bando!

Valladolid.

CUORE

No gusto de la lidia de reses bravas; tal vez no tengo el paladar bastante educado; pero idolatro las fiestas de niños. Por instinto, me place, antes que admirar pasivamente el valor ajeno, dispensar, protegiendo á los débiles, la fortaleza propia. Por eso he aplaudido con entusiasmo y me he conmovido presenciando la apertura del curso escolar.

«La apertura del curso—dice la ley de Instrucción pública—se hará con la mayor solemnidad posible.» Ya sabéis lo que significa en España la palabra solemnidad. Es algo frío, aparatoso, ritual. Las solemnidades de la Enseñanza son, por consiguiente, anti-páticas: ceremonias celebradas en lugares sombríos por unos cuantos funcionarios hieráticos. Un señor de mirada olímpica que, como los pastores religiosos de Hartmann, viste de negro y habla de Moral honestamente, pronuncia varias docenas de senten-

cias, que él supone definitivas, en un sonsonete magistral. Luego, los augures togados saludan, sonríen, desfilan, y el público sale del salón convencido de que aquello tiene una transcendencia enorme para el escalafón de catedráticos y la venta de los libros de texto, que han de desasnar á la Humanidad.

Valladolid no lo entiende así. Ha querido que la inauguración del curso escolar sea una verdadera fiesta luminosa, cálida, alegre, de íntima compenetración entre maestros y discípulos. Y ha celebrado el comienzo de las gratas tareas escolares como debiera hacerse en todas partes y no se hace en ninguna: invitando á todos los niños á llenar un teatro de tonos alegres, abierto á los esplendores del día, adornado con guirnaldas de flores, alegrado por músicas, aireado por la brisa perfumada de los jardines y llevando á las autoridades, al rector, al capitán general, al gobernador, al alcalde, al obispo, á los profesores y á las eminencias de todo género, no á aburrir á los niños, sino á regalarles ramilletes de flores, cajas de dulces, á hacerles caricias y á decirles «cosas». Y los niños—es natural—han aplaudido y, como en *Cuore*, han dado vivas á la Escuela. Aplaudían en el patio de butacas centenares de niñas, mostrando en las cabecitas blondas ó morenas, pero siempre purísimas, lazos con los colores nacionales; aplaudían los niños, que ocupaban toda la parte izquierda de las lunetas, también engalanados con lazos de colores áureos y sangrientos. Palmoteaban en las galerías los alumnos de las escuelas municipales, y en los palcos sonreían maestros y maestras: ellos, jóvenes entusiastas ó curtidos en la enseñanza, como gladiadores de la mentalidad; ellas, elegantes, bellísimas,

dignas de todos los laureles y de todas las rosas. Y aplaudíamos, con el corazón reventando en el pecho, la garganta oprimida y los ojos humedecidos por la ternura, cuando veíamos en aquella fiesta «única», incomparable, la redención y el enaltecimiento del niño, la transformación de la Escuela, destinada en adelante, como aconseja Pestalozzi, á ser madre, el ejemplo dado á todas las provincias de España por los maestros, las autoridades, el pueblo, la cultura de la ciudad de Valladolid.

El efecto del patio era estupendo. Nada más ventilado, nada más claro, de tonos más alegres que el teatro Pradera. Nada más pintoresco que verle lleno totalmente de niñas vestidas de tonos delicados y niños de alegre indumentaria y mejillas pródigas en color y salud. Los que no sentimos la patria sino cuando ella lo merece, experimentábamos el ansia de reverenciar y besar la bandera; los que no creemos en el mundo oficial, admirábamos á los personajes que se inclinaban para recibir el aplauso cerrado de los niños. Aquellos profesores enseñarían ciencia y virtud, aquellos militares se batirían por la Patria de veras, aquellos funcionarios cumplirían honradamente su digno mandato. La Patria grande, la auténtica, nacía. ¿Qué temer de los enemigos de fuera? Los vándalos mismos se habrían descubierto y hubieran arrojado su espada. Dadnos doscientas poblaciones que imiten y habréis fortificado, no el territorio, sino las almas, que son las que conquistan los pueblos y esculpen la Historia y dejan una estela de luz sideral en la inmensidad del Espacio.

¿Qué dijo desde el escenario la bella é ilustradísima profesora-regente de la Normal, señorita Irueste?

Conceptos elevados, frases de rotundez helénica. Pero los niños sólo vieron que suspiraba, que sollozaba, que les tendía, amante, los brazos, y prorrumpieron en aclamaciones y vítores. ¿Cuál fué la elocuente disertación del alcalde, D. Cesáreo Aguirre? Seguramente, un merecido elogio de la Junta provincial de Enseñanza y del pueblo vallisoletano, del iniciador de la fiesta, D. Emilio Gómez, al par que un alarde de digna modestia; pero los escolares vieron únicamente que su voz era trémula, que hablaba con sincera emoción, y le enviaron besos y aplausos. ¿Qué dijo en nombre del Gobierno Natalio Rivas? Cosas muy inspiradas y muy nobles. Pero cuando la ovación fué estruendosa, fué cuando prometió en nombre del ministro seguir esta orientación educadora de amor y humanidad, proteger á los niños y ayudar á Valladolid, puesta la mano sobre el corazón. ¡Cómo sonreirán ante estas niñadas los taurófilos, partidarios del encierro y de la palmeta, de la retórica de «El Enano» y de la majeza y elegancia del «Analfabeto III» ó del «Cerrojo Chico»!

«No somos nosotros —ha dicho un pedadogo ilustre, D. Eugenio Bartolomé de Mingo— los que hemos de enseñar á los niños, sino los que debemos aprender de ellos. Educar no es incrustar en el cerebro de una criatura definiciones ú opiniones hechas, sino «educir», sacar la propia personalidad y espontaneidad, «ayudando» á formar el carácter, la voluntad y el raciocinio.» ¡Cómo recordamos ayer no pocos de los espectadores á la inolvidable y augusta Institución Libre de Enseñanza! No, sabio Giner; no, maestro entrañable y paternal: no se ha echado á páramos la semilla. Ella ha prendido, ella fructifica.

Eso sí: ha costado y cuesta trabajo. La rutina, la ignorancia de muchos siglos no se matan con un volapié.

Yo no he visto hasta ayer de un modo tan plástico el cambio de orientación pedagógica. No eran los niños los que se acercaban, ante los profesores, acongojados, trémulos, para recibir la nota estimuladora ó infamante: eran los maestros los que se adelantaban temblorosos hasta el proscenio á pedir la aprobación de sus jueces, los niños, y á hacer el recuento de sus afectos y sus simpatías. Todavía se habló demasiado «para el escenario». Es preciso absolutamente hablar para el público, alto, claro, conciso, ameno. Nada de problemas de investigación ó doctrina; nada de temas pedagógicos de carácter general ó local. Frases llanas, estimuladoras, risueñas ó conmovedoras, episódicas, tiernas, como las de los maestros inmortalizados por D'Amicis. Todo por los niños y para los niños. ¿No son ellos la vida que llega?

¡Fiesta inolvidable! Terminó, como todo acaba; pero dejó tras sí el fulgor de la antorcha que pasaba de mano en mano en los juegos olímpicos. Saludaron nuevamente al concurso los bienhechores; retiráronse los maestros, y la música llenó de armonía el Espacio. ¿Qué era lo que tocaba? No lo sé: una plegaria, un himno. A mí me pareció una obra magistral, inspirada y solemne; tal vez la consagración del Grial; acaso la marcha varonil y triunfadora de las antorchas.

Valladolid.

FRENTE AL MAR

... Y el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas. — GÉNESIS.

El llano alegra; la montaña melancoliza; el mar sobrecoge. Cuando, dentro de pocas semanas, tornen á las ciudades los veraneantes, los que buscaron las llanuras volverán más alegres y regocijados que partieron; los que se aposentaron en las faldas de las montañas se sentirán más fuertes y tonificados, pero también más reconcentrados y pensativos. Las cumbres tienen algo divino, y todos los dioses han buscado su Sinaí. La voz de lo celeste no puede venir sino de lo alto. Junto á las pendientes abruptas, cerca de las grandes masas rocáceas, en la proximidad de los bosques de pinos y de los arroyos que serpeantean sobre guijarros, los crepúsculos son más largos, las noches más solemnes y más claramente estrelladas, la soledad más total y augusta. Los ruidos lejanos traen la sensación del misterio; los murmullos de la hojarasca parecen salmodiados en rezo ritual: los sonidos remotos de las esquilas de los rebaños vibran en las horas místicas y graves como trémulas campanillas de plata de majestuosas andas invisibles; el perfume de las yerbas silvestres trae penetrantes evaporaciones de gigantescos incensarios, y la Luna, elevándose sobre los picos de las cordilleras, tiene evocaciones y serenidades de eucaristía.

La montaña impele á recogerse al espíritu y elevarse á la compenetración con lo eterno. He aquí

por qué los monjes han buscado sus eminencias para situar en ellas los lugares de recogimiento y meditación. Para comprender á Garín hay que trepar hasta Monserrat, pasar medrosamente ante los gigantes de granita, refugiarse en las oquedades sombrías y mirar desde allí el vuelo poderoso é imperial de las águilas. Para compenetrarse con los heroísmos que inspira la fe, hay que subir jadeante hasta Covadonga y mirar desde allí la tierra, como algo frágil que se desvanece entre brumas. Vivir en la montaña es reconcentrarse en sí mismo, preguntarse el por qué de las cosas y sentir la nostalgia de la Eternidad.



Pero el mar, que también eleva el espíritu, no lo hace jamás sin producir previamente el sobrecogimiento. Por familiarizado que se esté con la contemplación de ese monótono horizonte de espanto que parece juntar la tierra con los cielos—cuadro sublime de una sola línea—y con el fragor del oleaje—sinfonía perdurable de una sola nota—, la primera impresión que produce siempre la contemplación del Océano es de estupor y de miedo inconsciente. El mar es muy grande, demasiado grande, y, además, es, por todos los siglos de los siglos, un tenebroso arcano. Guarda en su seno innumerables osamentas de hombres que buscaron sobre su superficie el medro, la victoria ó la inmortalidad; aprisiona los corroídos cascos, las hendidas arboladuras de infinitas naves, á las cuales perdió *la dicha de las otras*. Y, además, unas veces con su rugido manso y otras con el grito atronador que inspiró á Núñez de Arce su

poema adolorido y escrito en estrofas de l'anto, nos recuerda implacable nuestra pequeñez, apta para surcarlo, mas incapaz de comprenderlo.

La mayor parte de los mortales que bañan su erotismo en las playas de moda, no se hacen quizá tales reflexiones, aunque la sensación momentánea del terror á lo ignoto produzca un escalofrío instantáneo en su medula. Tienen ojos y dicen que ven; oídos y que oyen, *sed non audiunt*. Entre ellos y el mar tienden un velo la vanidad, la sensualidad y la estulticia. Es preciso apartarse de las muchedumbres, pesquisar los lugares solitarios y despejados y enfrontar el mar cara á cara. Entonces, el estupor y el sobrecogimiento sobrevienen. Aquello es el mar, que cambia de color con las nubes; de aspecto, con las horas, y los vientos, y las calmas, y las borrascas, que nos muestra infinitos cambiantes, cual el absoluto saber, y que constantemente en el mismo. La unidad en la variedad; lo abstracto en lo concreto; lo invariable en lo contingente; la vida en la esencia. La inteligencia se fatiga; comprender el mar es para ella demasiado esfuerzo: se conturba y se postra.



Diréis que el hombre se ha adueñado de otras magnas grandezas; que ha sabido horadar las montañas, separar los ríos de sus cauces y cambiar sus meandros, registrar las entrañas del planeta y medir los espacios siderales. Mas el hombre pasa por las montañas, pero como el gusano y el topo, y, á lo sumo, con el vuelo torpe de la palmípeda; araña la tierra con garras de titán, pero sin conseguir otra cosa

que levantar su costra; mide el firmamento, pero estrellando siempre sus cálculos contra el más allá. Y cuando cree haber dominado las fuerzas que, en su necia autolatría, denomina brutas, es de nuevo arrollado por ellas y barrido como un frágil montón de aristas. El hombre dominará el mar y será dominado por él.

Porque toda su ciencia no es mas que una ola formidable que, cuando parece que ha de arrollarlo todo, se deshace en bramidos y espumas.

Y pasarán los hombres y las piedras que de ellos se escribieran, y el mar seguirá tendido como un soberano ceñudo sobre su lecho insondable de abismos. Y si un día llegara á evaporarse, al soplo increado de un supremo designio incognoscible, los hombres no podrán darse de ello cuenta, porque hará muchos siglos que se habrá extinguido en el Universo la vida.

Los viajeros, cuando regresan á sus lares, no se despiden de la llanura: la vuelven la espalda con indiferencia, tal vez hastiados de su monotonía; acaso miran con reconocimiento á las cumbres, que las dieron sus auras saludables y levantaron su pensamiento en las horas de soledad confortadora y placida; pero todos, apoyados en el alféizar del vehículo que los arrastra hacia la aniquiladora vorágine de los menesteres cotidianos, vuelven la mirada subyugada y escrutadora al mar. Unas rocas lo ocultan; pero vuelve á aparecer majestuoso y envuelto en brumas azuladas; de nuevo se esconde tras de los ribazos floridos. Todavía se ve, lejano, melancólico, sugestionador, atrayente. Por fin, desaparece; pero el viajero aspira todavía á pleno pulmón sus ozonizados y

vivificantes efluvios. Al cabo, la sensación se desvanece, y es entonces cuando el pasajero se deja caer desabridamente sobre su asiento y cierra los párpados para evocar, en una postrera y consoladora visión, la línea infinita...

Santander.

SORIA PURA

Tengo en mis manos la bellísima colección de postales, que honra á su autor, el joven artista soriano Aurelio Rioja de Pablo.

Con ser tan hermosas, que no habrá seguramente en España muchas que en gusto y en ejecución las superen, me han producido una intensa melancolía inefable, un hondo é inexplicable abatimiento. Son, en el crepúsculo de mi vida, una evocación á su despertar; son un llamamiento supremo que hace al alma adormida una voz misteriosa, que parece repetir la doliente copla de Jorge Manrique:

¡Cómo se nos va la vida, tan callando!

¡Oh, noble, hidalga y vetusta Soria! Prestan otros lugares á la niñez arrullos de frondas, rumor de oleajes, hervor de multitudes, que se traducen en arrestos, esperanzas y ardientes impulsos. Tú, con tus viejas y heroicas piedras, le das la conciencia imperecedera de toda la grandeza del ignorado absoluto inmortal; tú, con tu adustez hidalga, impasible,

grabas en el alma infantil el sello de las cosas magnas, que no se extinguen, y de las idealidades, que perduran.

Y así, todos los niños son tempranamente románticos. Aun en aquellos de apariencia más ruda y selvática, aun en los de más vulgares instintos, hay siempre un soñador. ¿No recordáis, amigos? Después de nuestros juegos alborotados, nuestras diabescas travesuras y nuestras riñas, bastaba una palabra para volver á nuestros ademanes y á nuestros rostros la seriedad más digna, como quien sabe que vive en un viejo solar caballeresco, en que es cada sillar un romance y cada capitel un timbre de hidalguía; como quien presiente que todo cuanto le rodea tiene un sello inmortal y una augusta magnificencia que es, en verdad, superior al tiempo.

Por eso los cantos populares sorianos, con ser análogos á los de otras feraces comarcas, tienen un dejo melancólico que les da peculiar estilo. Su cadencia es más reposada, más triste; nunca falta una segunda voz que subraya la melodía en tercera baja; su compás es más lento; no parecen escritos para bailes agitados, sino para danzas reposadas, que tienen á la vez un carácter guerrero y místico. Parecen encerrar una invocación á la Naturaleza madre, que palpita con ardores de brasa inextinguible, debajo de todas las nieves del Moncayo.

Todavía soy vigoroso y fuerte; pero siento la inmensa pesadumbre de tanta ilusión muerta, de tanto ser querido como me abandonó. Y quisiera, al final de mi vida, volver á los sitios en que mi espíritu despertó á la luz increada; recorrer, á la luz de la Luna, los claustros románicos y ojivales; mirar de frente

los rostros simpáticos é impasibles de los santos deformes que en las hornacinas dibujan una triste sonrisa de piedra; pasar bajo los arcos sombríos, en que las pisadas resuenan como golpes de llamada á la tierra que nos ha de guardar; deslizarme á lo largo de las calles angostas, junto á los muros húmedos conventuales; dar vuelta á los ábsides y á las torres en que el Renacimiento puso sus águilas y escudos heráldicos. Y, luego, ir, mendigo de idealidad, de puerta en puerta, recogiendo en los dinteles de mis amigos los pedazos de mi corazón.

Tengo en mis manos las postales de Aurelio Rioja; volviendo á miraras una á una, recuerdo que todo aquello lo he vivido, ¡y con qué intensidad! ¿No es aquel el río, sobre cuya superficie congelada arrojábamos piedras ó resbalábamos en mañanas transparentes, como un fanal, frigidísimas como un helado soplo de cierzo? ¿No son aquellas frondosas márgenes las que hemos recorrido cantando en tardes de sol otoñales, unas veces camino de San Polo y otras en busca del santo anacoreta? Allí está el palacio de Gómara, con su torre prócer, sus galerías y arcadas dóricas y el busto de una dama que parece evocar pesares de leyenda.

Aquí están los claustros sin rival de San Juan de Duero, junto á cuyos arcos entrelazados fuimos más de una vez, con nuestras carderas enligadas y los reclamos de Folfás, á cazar pajarillas y ensueños. Esa es la plaza de Herradores; por aquella esquina de la calle angosta de Numancia, aún parece que va á pasar la figura austera de D. Ignacio Granada, ó la silueta amable del viejo Rabal.

Yo he derribado los bolillos frente á aquella herre-

ría, cuyos golpes de yunque todavía resuenan en mi corazón. He aquí la iglesia de Santo Domingo, con su ingreso de arcos concéntricos, sus columnas apareadas y su rosetón magno. Allí hemos rezado y llorado y sentido las más tiernas emociones tempranas; es algo nuestro; es, como San Juan y el Salvador, y el Espino y la Colegiata, la casa de todos.

Y el Mirón, con su columna y santo barrocos, y San Nicolás, con sus grupos hieráticos, y la Soledad, con su amplia y hospitalaria avenida, y Numancia, con sus campos heroicos y sus maravillosos hallazgos... ¡Oh, piedras benditas! No habéis cambiado: sois las mismas, aquellas ante las cuales descubrió su cabeza el que hoy pide que le cobijéis como hijo adoptivo.

Yo me atrevo á rogar al simpático artista Aurelio Rioja, que haga, si ya no la tiene, una nueva serie de postales. Yo he echado muy de menos en la actual el Collado, con sus típicos soportales y sus edificios suntuosos; el jardín de la Dehesa, espléndido y umbrío; el venerable y viejo Instituto, en que inolvidables maestros nos dieron comunión espiritual y nos concedieron la imposición de manos; una escena de la típica fiesta de las Calderas, animada y jocunda; la Diputación y el Ayuntamiento, en que se albergan Corporaciones celosas y dignas de la región; detalles de capiteles románicos de San Juan y la Colegiata, del mayor interés escultórico; la portada de Castejón, los bajorrelieves de San Nicolás y otras bellezas que tendrá muy presentes su excelente criterio. Con esto, entiendo que su colección de postales será una de las más admirables y completas que se han puesto á la venta en España.

Entretanto, los ausentes, los que sentimos la nostalgia de la ciudad hospitalaria y regia, le debemos un grande, un inestimable beneficio. Ha traído el joven artista soriano á la soledad de nuestro modesto cuarto de estudio una ráfaga de idealidad, de grandeza y consuelo; armonías calladas, reminiscencias gratas dormidas, de hogares tibios, rincones apacibles, ruinas venerandas, verdaderos nidos de afecto y amor á que volvemos cada día con más cariño y pesar nuestros ojos, á medida que nuestro espíritu fatigado va sintiendo plegarse y abatirse sus alas.

Soria.

MISA PARA UN SOLO FIEL

He entrado en el Museo; por milésima vez he recorrido las galerías, llenas de evocaciones: me he detenido ante los cuadros inmortales que embelesaron mi juventud. Después de dos horas de peregrinación por las regiones del ideal, he mirado alrededor y he experimentado una sensación de soledad sobrecogedora. Estaba solo; en el prodigioso edificio en donde se guarda todo nuestro tesoro pictórico, era el único visitante.

Y después he entrado en una biblioteca. He pasado por entre los estantes sugestionadores y adustos. He pedido un libro de meditación. Al dejarlo, luego de haberme identificado con los místicos soliloquios, he visto también con sorpresa que yo era el único lector. Y esto, ¿lo creeréis?, me ha confortado el áni-

mo. Conviene estar solo alguna vez; creer que el en universo espiritual ha sido creado para uno, y que en él es posible tender el vuelo hacia lo infinito, como en aquella misa memorable... En verdad, nada de ella dije. Y á fe que era fácil... No había sino llamar queda y suavemente en el santuario de los recuerdos.

Fué en Ávila. Salí con el alba á visitar las piedras venerables, cuando nada podía distraerme de su contemplación callada y devota. Primero, las murallas, recias, altivas, con sus cubos, de cilindros sabiamente engendrados. No hay ejemplo de una fortificación de la Edad Media tan consistente, tan desembarazada, tan completa, con sus ochenta y ocho torres, sin construcción alguna parásita adosada que oculte sus arranques; con sus puertas militares, sus rastrillos, sus almenas, sus torreones gigantescos y sus arcos, bajo los cuales parece que van á penetrar las mesnadas, armadas de lanzones y de ballestas.

Luego, las plazas solitarias, de encanto melancólico, con sus casones blasonados, sus trebolados arcos góticos, y sus paredes denegridas, y sus rejas, y sus alféizares, y sus jambas mudéjares ó platerescas, que hablan de señoriales abolengos y de vidas honestas patriarcales. Después, la catedral, que no tiene en sus dinteles santos, sino mesnaderos y leones; que se alza amenazadora como una fortificación inexpugnable, orlada de guirnalda de bolas que dentellean las aristas de los machones, que dan al festoneado edificio un aspecto marcial; con sus naves estrechas y elevadas, majestuosamente opacas; sus órdenes de sutil arquería, sus elegantes tracerías y, sobre todo, sus maravillosos sepulcros; por fin, San Vicente, con su

puerta bizantina, émula de la santiaguesa de la Gloria; sus cruceros de próceres alas, sus tres gallardos ábsides, y en el interior, los peraltados arcos, sus mausuleos y sus labradas criptas. Y todo ello visto en la soledad, sin guías importunos, sin covisitantes prosaicos. Al salir nuevamente á las calles, alumbradas ya por el sol, pero refrescadas por un cierzo sutil, parecía despertar de una romántica letargia. Crucé varias solitarias callejas; llegué frente á Santo Tomé. Empujé el portalón y entré decidido en el templo.

Recibí una sensación de pasmo y sobrecogimiento. Cerrada la puerta tras de mí, quedé en obscuridad bajo el coro. La iglesia aparecía, frente á mí, iluminada por una luz tenue, tamizada por las vidrieras de un artísticamente rasgado ajimez. Desde la sombra contemplaba aquella perspectiva como en una visión panorámica. El templo estaba desierto, y, para mayor sensación de soledad, enfrente, en lugar del altar, veía en la capilla mayor un gigantesco arco rebajado, destacándose sobre un negro fondo de tinieblas. Y, en medio de aquel fondo tenebroso, aparecía con albura inmaculada un alabastrino sepulcro. Solo, en medio del templo, dormía su místico sueño eternal el heredero de dos mundos: el infante Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, á quien la muerte arrebató en flor grandeza y poderío. Allí, en medio de la medrosa y obscura cripta, dormía su sueño de piedra, envuelto en los flexibles pliegues del manto marmóreo, la espada al costado, arrojados los guantes, ceñida la frente juvenil por la imperial diadema, yerto sobre el sepulcro flanqueado de águilas de vuelo frustrado como la grandeza del héroe.

La sensación de soledad era total, y, sin embargo, en el coro, encima de mi cabeza, creía escuchar bisbiseos de rezo, y las notas de un órgano sonaban también, pero semiapagadas, debilísimas, como una música lejana y celeste, sin duda, bajo la calenturienta presión de los dedos de un monje, una misa de Palestrina. Y entonces fué cuando, á lo lejos, sobre la cripta, divisé el altar y vi al oficiante, sobre cuya casulla caía la capucha de dominico, elevar sus preces, sin cantos, sin gritos desacordes, en íntima y devota plegaria.

En el templo, grandioso, místico, impregnado de un ambiente de revelación augusta y suprema, como en la consagración del santo Grial, era yo único fiel. Despejada, ante mí se mostraba, con sus losas amarillentas y sus paredes sin blanqueo, la soberana nave, con sus claves doradas y sus góticos arcos de prodigiosas tracerías. Pero no había medio de apartar la atención del lúgubre frente, de la negra y húmeda cripta, sobre la cual un fraile humilde oficiaba en el santo Sacrificio para un solo fiel, turbado, confuso, avergonzado de sus dudas torturadoras, medio aniquilado, como el ángel rebelde, perdido en la inmensidad del pensamiento martirizador, como Lutero bajo las oscuras y frías naves de la catedral de Maguncia.

Y el órgano seguía, apacible, «pianísimo», modulando sus celestes arpegios, sus azulados y apacibles acordes, sus apoyaturas leves, sus cantos de castidad y místico transporte. Sobre mi cabeza, los monjes oraban, sin duda, arrodillados, con la frente en el polvo, vertiendo el llanto candente de la renunciación. Y me sentí más solo que nunca, y, en un supre-

mo esfuerzo, retrocedí, empujé el portón con las espaldas y, como si realizara una vergonzosa huída, salí.

Y una vez oreado por el viento de la serranía y vivificado por los rayos del sol, respiré fuertemente, como si después de haber oficiado para mí solo un fraile, un coro, un espectro, una basílica de piedra y un haz misterioso de acordes, necesitara mirar alzarse en victoriosa eucaristía el disco deslumbrador del sol ardiente y fecundador, que oficia en el firmamento su misa ritual para todos los seres.

Avila.

LAS BARRETINAS

Rival de la Otomana en fama europea—decía Fernández de los Ríos—es la Puerta del Sol. Su celebridad es bien triste. Preguntad, sobre todo, á los catalanes. Creen de buena fe que la Puerta del Sol es el centro de los desocupados, de los vagabundos de levita, de los que medran á costa de España. Semejante error legendario debemos á costumbristas y pseudoliteratos. Tal debió ser la idea que de ella tuvieron, antes de llegar á Madrid, los simpáticos y laboriosos orfeonistas de Tarragona.

Émula de la boina ó del gorro frigio es para algunos madrileños la barretina. Significa para ellos algo como un símbolo de separación y de rebeldía. Cuando no es la remembranza del alzamiento pintado con encendidos colores por Melo, es la condena-

ción fría y árida de Robert. Se habla de ella como de una amenaza, que han cuidado de subrayar los industriales de mala fe y los sectarios irreductibles.

Mas he aquí que las barretinas han aparecido en la Puerta del Sol. Serios, graves, tranquilos, irrumpieron en sus aceras los hijos de Cataluña; tras ellos aparecieron las bellas y pulquérrimas campesinas y obreras tarraconenses. Tocaban sus cabezas gentiles con la mantilla blanca, como ellos con la barretina morada, de corte regional. Caminaban dignos, convencidos de su alta misión de embajadores y representantes del arte popular. Y la muchedumbre madrileña prorrumpió en aclamaciones y vítores, y luego, atronó entusiasmada el espacio con un aplauso cerrado, formidable, tan largo, que hubiera podido en sus compases el inmortal Clavé escribir las notas de un himno al amor y á la fraternidad de los pueblos.

Los orfeonistas, indudablemente, debieron sentir en sus pechos algo inesperado y sublime, porque descubrieron sus cabezas y saludaron conmovidos á sus hermanos de Castilla. Fué aquel un momento de emoción intensa, de grandeza excelsa é insuperable. Contra todas las mezquindades de bandería, contra todas las miserias particulares y egoístas, se alza triunfante el sentimiento magno de la Patria. Cataluña y Castilla saben que son hermanas, que una sola es la tierra que hace germinar en los surcos el pan y guarda en sus entrañas los huesos de sus progenitores. Pese á dogmatizadores y ambiciosos, los pueblos conocen su misión verdadera, que consiste en amarse, ayudarse y cooperar á la obra de progreso y cultura que ha de redimirles un día de la ignoran-

cia y la esclavitud, y borrar las fronteras trazadas con sangre de humildes, para unirse con lazos indestructibles de inteligencia, afecto y solidaridad.

Un momento como éste de expansión sincera, de nobleza y cariño íntimo, borra muchos siglos de rencor injustificado, de odiosidad y desconocimiento de los hombres y de las cosas. No hay triunfo ni epopeya que iguale a estos transportes de la sensibilidad enaltecida por el instinto del ideal. El «¡viva Cataluña!» que sonó en la Puerta del Sol fué sincero. Surgió del entusiasmo de todo un pueblo y jamás podrán olvidarlo los catalanes. Es una sombra que se disipa, una afirmación categórica de unión y de solidaridad de los trabajadores y los artistas enfrente de los particularismos de los patriotereros de oficio y los explotadores de la ignorancia ó la candidez.

Los coros catalanes, y singularmente los de Tarragona, reúnen además méritos suficientes para ser aclamados, aun sin estos motivos de índole nacional y humana. Integrados están por el culto del Arte; formados por trabajadores del taller y del campo, que se privan del oficio y del descanso para satisfacer una de las más altas necesidades del espíritu. En vez de ocupar sus horas de asueto en vicios embrutecedores ó en desviaciones malsanas, las emplean en formar su cerebro y su corazón con las enseñanzas artísticas. Y lejos de predicar la enemistad entre regiones de igual abolengo, procuran dignificar y elevar á la suya, llevando á todas partes sus cantos, su lenguaje, sus aspiraciones legítimas, el culto de sus ideales sacrosantos, para que en todas partes se les rinda admiración y cariño y se les otorgue voluntariamente la ofrenda del vitor y el aplauso. Cuando

viajan, llevan sobre su frente la barretina, no como símbolo de discordia, sino como diadema de honor, y al volver á sus lares, muestran como preseas, no restos de vencidos á disparo de mosquete ó bombar-da, sino ofrendas de conquistados por el afecto y la idealidad.

El Orfeón tarraconense es fiel á la iniciativa gloriosa del inmortal Clavé. Genio fué, y nada divino á sí juzgó ajeno. Músico, supo democratizar el pentagrama; moralista, apartó á los trabajadores de la tasca, para llevarlos á la plaza pública y al prosenio; sociólogo, formó un lazo de unión entre todos los pueblos del planeta, dotándoles de un instinto común y de un universal y más que prodigioso lenguaje. No será solamente en Madrid donde el de Tarragona ahora y luego el maravilloso y perfecto «Orfeo Catalá» oigan aplausos; adonde quiera que vayan los inspirados orfeonistas, oirán los mismos vítores, porque representan la humanización de los pueblos, hasta ahora rivales por ceguera ó por sumisión idólatrica á sus amos ó á sus fetiches; el Arte imperando sobre la tosquedad y pobreza de alma; la civilización haciendo en lo futuro imposible la guerra por la comprensión mutua. Amarlo todo es comprenderlo todo.

Bien venidas sean las barretinas á la Puerta del Sol. Traerán á ella el perfume de las tierras dolientes, el aroma de las flores agrestes que esmaltan los heroicos campos de Cataluña. Llevarán el hervor de la vida moderna, que no es odio, ni rivalidad, ni desconocimiento insensato, sino que es pensamiento y actividad y paz redentora, enaltecedora y perdurable.

LOS CARRITOS

Hace frío. El cielo ha granulado sus invernales opacidades de fanal turbio, y una llovizna desapacible cae en filamentos sobre el empedrado, removiendo el légamo y formando con él charcos cenagosos. Las mujeres pasan rápidamente, recogiendo sus faldas, bajo las cuales los bordados y los encajes espumeán. Ahora es cuando se admira toda la hermosura, toda la gallardía del *mujerío barcelonés*. En el olor á tierra húmeda, hay siempre algo de sensual y femenino, como en el aroma que aspiramos al contacto de una mujer, hay siempre algo que nos recuerda la tierra engendradora. Pese á los poetas meridionales, nada como un cielo nuboso, como un suelo empapado en agua tibia y saturado de aromas enervantes, nos recuerda el lema de todos los tiempos: fecundidad. La lluvia misma es una cópula de las cosas que yacen y las cosas que flotan. ¿Qué extraño es que al verla caer sintamos un ansia de renovación que no es sino el arcano mismo de la vida?



Sobre el suelo enfangado, con rapidez de gnomos, arrastrados por minúsculas y saltadoras bestezuelas, corren por todos lados los carritos de repartir. Son ciento, mil, diez mil acaso. Tienen todas las formas bizarras que ha podido imaginar un mercantilismo poético. Sí. En el carrito de repartir aparece un aspecto nuevo del comerciante: el de soñador. Se vive

la prosa en el mostrador, en el escritorio, en la fábrica. Pero llega un momento en que hay que exteriorizar todo el afán estético, toda la pasión plástica. Entonces aparece el carrito coquetón, delicado, ligerísimo, grácil y aun á veces fantástico. Aquello no es sólo un instrumento de ganancia: es el de recreo de los niños, la delicia de la compañera de nuestros ocios, el deleite de toda la familia. En él se irá á la torre ó al campo en los tonificantes días de sol. Al menos, colocaremos en él las banastas que llevarán las viandas bien olientes en nuestras excursiones abrilianas. Ha de recordar nuestra industria, nuestros desvelos, pero también nuestros goces legítimos é infantiles. Por eso, la verdadera Barcelona, la que trabaja y vive y se agita; la que en el seno del hogar sufre y disfruta y llora y ríe, y conserva los objetos tradicionales, y hace de la familia un culto, está retratada en los coches de repartir.

Adoptan todas las formas imaginables, y son cabal muestra de la multiplicidad de los caracteres y gustos. Reflejan, en suma, la personalidad de los dueños. Unos son austeros, de severa forma y hechos para la pompa y renombre de la razón social. Van arrastrados por soberbios y engallados troncos. Sobre su ligera cubierta resplandece el barniz charolado ó se destacan las inscripciones áureas que dan cabal idea de la prosperidad de quien los lanza á la admiración pública. Esos no sirven para las excursiones campesinas. Sus poseedores parecen menos sinceros y más fríos. Mas no les hagáis caso. Los picarones que las echan de austeros tienen otros carruajes que van al campo ó al paseo de Gracia, como diría el poeta moderno, *empavesados de sombrillas*. Otros recuerdan

las frescas y rientes costas de Levante, con su toldo que cubre los aterciopelados asientos movibles. Buscáis en ellos una faz seductora; os asomáis y veis dentro un montón de paquetes. Tal vez tejidos, quién sabe si legumbres. Al día siguiente, volvéis á ver el cochecillo y, al acercaros para contar las mercancías, veis dentro una turba de niños sanos y mofletudos que se ríen en vuestras barbas, cuando no una mujer hermosa que os mira indulgente, como diciendo: ¡Infeliz: no sabe lo que es la familia ni salir de paseo en el cochecito *dels que s'estiman!*

Hay otros vehículos más humildes. Son verdaderos carros campesinos. Pero más lindos, más coquetones; el burrito que los arrastra es limpio, luciente, lleva su collarcito argénteo de cascabeles y vuelve de vez en cuando la cabeza, como acostumbrado á oírse llamar por voces de mujer y de niño, lindamente timbradas, y á dejarse acariciar por manos muchísimo más finas que las de aquel *noy* que los guía. Estos carritos, ¿lo creeréis?, son los más alegres, con sus saltos de cabra de Dinorah y su jocosos cascabeleo. Es la industria pequeña, y lo pequeño es también lo de todos. Pero de todos será el porvenir.

Siguen los pequeños volquetes. En ellos hacen sus mudanzas los pobres, cuando no pueden pagar el *lloguer*, cuando llega ese día en que se aproxima el triste desahucio. Pero también en ellos son transportados los materiales para la modesta vivienda, todas las mercancías baratas que han de sustentar al obrero; los *jerros de llet* que han de alimentar al enfermo, á la abuela anciana, al niño enfermo y triste. Esos no corren, no saltan; pero hacen su camino. En ellos vendrán las frescas verduras y volverán las com-

pras semanales. Son los más, y ¿quién sabe si serán los mejores?

Y quedan los carritos de mano. ¡Triste condición la del menestral! Pero su dignidad queda á salvo. No tira: empuja. Empuja las frutas que deslumbran sobre los prolongados tableros, los paquetes de libros, de chucherías, de mercancías ambulantes. Hay que mirarlos con afecto y también con cuidado. Los tendréis el día menos pensado encima, cuando oigáis la voz burlona del aprendiz ó del mandadero que os diga ante vuestra torpeza:—¡Eh, *senyoret!*

Son deliciosos los carritos. Más que todos los grandes equipos, más que las suntuosas berlinas y carretelas, ó los *landeaux*, *charrettes* y *mail coaches*, adoro los cochecitos de portear. Son más democráticos y despiertan la idea de algo más tierno. Sobre todo: cada César tiene su Virgilio que le cante su *Nocte pluit tota*. Dejadme á mí que cante lo humilde, lo sencillo, lo que no puede ser interesado. Allá van mis estrofas, y después... *fereat alter honores*.



Además, yo voy siempre á pie. Por no tener, no tengo ni carrito de portear. Mi voto, pues, es desinteresado, excepto en esos días de espesa llovizna, de negros barrizales; entonces, ante las mesas del Liceo, en donde apuro mi taza de café humeante, detiénese de pronto un hermoso *milord* ó una elegante y discreta berlina. Se abre la portezuela; aparece una espléndida figura de mujer. Un menudo pie se adelanta y una mano enguantada recoge un vestido perfumado y sedoso. Entonces, ¡adiós cochecitos modes-

tos! Mi atención es para el estribo de aquel carruaje aristocrático. Pero *honi soit qui mal y pense*. Si no observara, como buen transeunte, ¿de qué diantres habrían de servir mis frágiles notas?

Barcelona.

DE VUELTA

Salimos de Barcelona en martes. Por primera vez, después de algunos días de interrupción, queda expedita la vía por Villanueva; en cambio, parece que se ha hecho imposible el tránsito por Villafranca, en donde una tormenta de agua formidable ha vuelto á anegar los campos. Hace cuatro días vimos destruídos los sembrados en Molíns del Rey, San Feliú, Despí, Cornellá y todos los pueblos de la ribera del Llobregat. No era posible, á primera vista, darse cuenta de la magnitud del desastre. Pero, lo mismo que en Manresa, han venido á tierra cuantos edificios se alzan en la margen del río; los campos han sido anegados, y las aguas saladas del Cardoner se han filtrado hasta la raíz de los árboles y plantaciones, destruyendo sus gérmenes de vida.

No hay que decir que la vía se halla también cortada por Manresa. Una excursión á pie desde San Vicente, con agua y fango á la rodilla, ha bastado á procurarme una sensación de horror y angustia. La destrucción es en muchos parajes total. Del cielo han caído, y continúan cayendo, verdaderos torrentes, y toda la hermosísima vega se hunde convertida en ce-

nagoso pantano, en donde el tifus ha comenzado á desarrollarse. Por todas partes llegan nuevos lamentos de familias que quedan sin trabajo y sin pan. Solamente en Manresa, los obreros faltos de faena por el hundimiento de las fábricas pasan de seis mil.

Salimos, pues, por la línea de Villanueva-Caspe, y con precaución extremada cruza el convoy las llanuras del Prat. Toda la tierra de la vía ha sido proyectada sobre las colindantes; bajo el fango aparece tronchado y descuajado el maíz. A cada kilómetro, el tren se detiene ó modera su marcha, ya lenta. Centenares de obreros trabajan en la recomposición de la vía. Pasar por estos sitios parece á muchos una verdadera temeridad.

Una nube negra, apocalíptica, se presenta hacia el Sur. Llegamos á la orilla del mar; un mar que no parece el Mediterráneo, negro, embravecido, que estrella sus aguas contra las rocas y levanta hasta muchos metros sus espumas, como pudiera hacerlo el Cantábrico en los días tempestuosos de invierno. Comienza á llover: primero, mansamente; luego, á torrentes; después, en trombas, y todos tememos que la lluvia apague los fuegos de la máquina. La situación va empeorando. ¿Adónde llegaremos? Nadie lo sabe; pero todo el mundo va convencido de no llegar adonde se propone en tres días.

De esta manera llegamos á Reus, inundado también por la lluvia. Se nos dice que por la calle de Monturiol ha bajado furioso un río sin nombre, formado por las próximas anegadas vertientes. A derecha é izquierda, los surcos están señalados por arroyos, menos en ciertos sitios, donde el agua se extiende formando estanques, lagunas y ruideras que besan

la vía, desmoronando las trincheras y terraplenes.

Cruzamos los imponentes túneles de Dosaiguas y Ríudecañas. La obscuridad es interminable, porque la marcha es lenta y penosa. Dos estaciones más, y el silbato anuncia la llegada á Mora la Nueva.

Esperamos el cruce con un mercancías que no llega. Los empleados de la estación se encierran en inexplicable mutismo. Por fin, se nos anuncia por un peatón que se ha hundido un puente cerca de Ascó; que la vía está sumergida en un espacio de tres kilómetros; que el Ebro viene desbordado, y que en Mora la desolación es inmensa, porque el río ha destruído las huertas, ha derribado treinta casas y sigue subiendo adonde no subió hace ciento diez años, al sitio indicado por una señal que ahora está sumergida á cinco ó seis metros.

Al puente. Dos kilómetros á pie sobre el fango. Lo destruído es un paso de alcantarilla; pero el puente parece agrietado. El espectáculo es imponente. Leguas de terreno desaparecen inundadas, y sobre la inmensa sábana líquida asoman aleros, copas de robles y de avellanos; las aguas reflejan la luz difusa de la tarde invernal, y sobre ellas pasan flotando troncos de árboles, barriles de vino y aceite, tablones, vides y animales muertos. Sobre un tejado manotea una familia de campesinos, á la cual no hay medio de socorrer. Esto aumenta el horror y la angustia. Bajo los pies crujen las maderas podridas del puente. En la estación, sin duda, se dispone algo urgente. Hay que regresar.

Ha llegado el alcalde, D. Antonio Solé Torné, y los vecinos Sres. Costa, Pasanáu y Solé, poniéndose galantemente á disposición de los viajeros. Pero lo

urgente es socorrer á cuantos están en peligro. Se sabe que ha habido desgracias personales; algunos labriegos se han negado á salir de sus chozas, y ha habido que arrancarlos á viva fuerza de sus viejos enseres: del *llit* en que murieron los suyos; del *bresols* de *futxe*, en donde dieron los primeros vagidos sus netezuelos.

Los viajeros protestan contra la pasividad del jefe de estación, que no dispone el pronto regreso á Barcelona, antes de que queden interceptadas las líneas. El jefe es un buen señor, que realmente tiene derecho á haberes *pasivos*. Algún empleado se permite con los viajeros burlas y chanzonetas. Quien toma las cosas en serio es el encargado del *restaurant* y de la cantina. Un vaso de agua, un real; una rebanada de pan, dos reales; una jícara de café puro, cuatro; un caldo, un minúsculo filete de carne y medio cuartillo de vino, cinco pesetas. Algunos viajeros con familia se deciden á alquilar casas en el pueblo, y en ellas se instalan, con gran regocijo de los aragoneses, que en esta ocasión, como en todas, dan la nota confortadora y alegre de sereno estoicismo y de valiente resistencia á la adversidad.

Desde la plaza de Mora, la visión de la vega y el río es dantesca. La corriente todo lo arrasa, y nadie es osado á franquearla en barca. Hace tiempo, se pensó en construir un puente, presupuesto en doscientos mil duros. Mejor es que no se haya construído. No hubiera demostrado mayor solidez que el de Tortosa, deshecho por las aguas del río. Las mujeres y algunos hombres lloran. Aquel inmenso espejo, que se extiende donde la vega fué, es la miseria, el hambre, la desolación y la muerte.

Y el agua sube. De pronto, al lado de la plaza, en el mismo sitio en que todo el mundo se agrupa para contemplar la luminosa lejanía, digna de un pincel inspirado, se viene abajo un muro con formidable estrépito. Las aguas, roto el dique, lamen la entrada de la plaza, que está á doce metros sobre el cauce ordinario. Se produce confusión espantosa. Otra casa se viene abajo. Es la cuarenta y dos.

Una dolorosa opresión, una sensación de angustia suprema, parece aniquilarnos al pensar en lo que en Mora ocurre, en lo que está ocurriendo en toda Cataluña. Lo que no hay palabras ni ideas para representar es la magnitud del desastre. No es un río el que se desborda: son doscientos, improvisados por el nuevo diluvio, que no lleva trazas de cesar.

Enfrente de Mora la Nueva, al otro lado del inmenso y transparente lago, se encuentra Mora de Ebro, en donde, sin duda, se lloran análogas desdichas, adonde no es posible llevar socorros á la población trabajadora, que ahora parece tranquila, feliz, con sus copudos avellanos y almendros, asomada al lago en apariencia riente, como un arrabal ginebrino.

Doce horas después de llegar el tren á Mora la Nueva, se dispone la salida de uno especial para Barcelona, adonde marchan los más tímidos ó aquellos á quienes las ocupaciones no apremian. No sabemos si llegarán. El jefe nos aconseja que no salgamos hasta que sea inspeccionada la vía. Hay todavía comunicación telegráfica; pero el encargado del aparato no tiene la bondad de decirnos á qué hora, ni siquiera en qué día, tendrá tiempo de cursar los partes. Hay que resignarse y volver al vagón. La lluvia se reproduce en la obscuridad de la noche, más

fuerte, más compacta que nunca. Es una tromba que amenaza romper los cristales en añicos, y tabletea un ruido ensordecedor sobre las cubiertas de hierro.

No es posible dormir; toques y llamadas nos sobresaltan. Iniciada la aurora, otra vez al pueblo, en donde la situación empeora. A las doce y media, fatigado de presenciar tanto horror y desastre, salimos al fin para Reus, sin oír los consejos de los empleados, que nos pintaron con negros colores los riesgos probables de la marcha hace pocas horas, y ahora nos excitan á dejarlos en paz y nos despiden con demostraciones de júbilo.

El regreso á Reus es largo y penosísimo. La marcha es todo lo lenta imaginable. Más de media hora permanecemos en el famoso túnel. Los campos nos dan la sensación extraña de un viaje por las interminables laderas del Nilo.

Y llegamos por fin á Reus. Está bien; y ahora, ¿adónde? El exprés de Barcelona no ha podido pasar por Manresa. De Lérida hay noticias desoladoras. Tres correos han dejado en Tardienta las sacas de correspondencia. Se espera que de un momento á otro se venga abajo el puente larguísimo de Monzón, sobre el Cinca. Por Valencia es imposible pasar, hundido como está el puente de Tortosa.

Pero siquiera el «restaurant» es bueno y barato; el jefe, inteligente y afable. Se nos habilita nuestros billetes... ¿Para qué línea? Para cualquiera. ¿Cuándo? Cuando se presente ocasión.

Alto, cetrino, erguido y sereno el torso, algo inclinada la cabeza inteligentísima bajo su pulcra gorra de viaje, está allí el alma de la Compañía de los ferrocarriles del Mediodía, M. Nathan Suss. Es fuerte y

pasará. Pero decididos estamos; por donde él pase, pasaremos nosotros.

Y ahora, á escribir soñoliento, nervioso, una carta. ¿Cuándo llegará á su destino? Pero Epicteto, desterrado en Epiro, ha recordado una frase de Agrippa: «No deben importarnos los estorbos que nos opone el mundo mientras procuremos no servirnos á nosotros mismos de obstáculo.»

El personal técnico nos aconseja que permanezcamos en Reus y desistamos de nuestro viaje. Pero si el personal técnico cree de veras en los peligros que con tan sombrías tonalidades nos pinta, ¿por qué no se opone á la marcha del tren? Todos nos hemos acostumbrado á la idea de que podemos aumentar el número, ya considerable, de las víctimas de la inundación. A lo que no podemos acostumbrarnos es á desandar el camino andado, como hemos hecho más de una vez, y á los pesimismos de quienes parecen llamados á animarnos con sus consejos ó á impedir paladinamente nuestras locuras. Todo esto produce una depresión en el ánimo que postra y aniquila.

De Reus á Lérida, con ser tan grande el sobresalto, es aún mayor la admiración producida por la contemplación del paisaje. A los dos lados de la vía, se extiende una interminable llanura líquida. Aquello no es un río señalado en el mapa: es una masa enorme de agua desprendida de las nubes, en violenta catarata, como la descrita en el Pentateuco; la corriente en la vía es tan fuerte, que papeles arrojados por la ventanilla corren más veloces que el tren.

Otras veces, la tierra aparece como un enorme y desolado maizal, sobre el cual arrojan las montañas cascadas maravillosas, no registradas en las guías

Baedeker, y más portentosas que las de Piedra. A la admiración sucede el horror, y al entusiasmo sigue sin interrupción el espanto. Y con todo, el temor á perder la vida se eclipsa á veces ante la conmisericordia dolorosa que producen los campos fríos, las vegas anegadas, en las cuales parece que, como en Hauptman, va á sonar el eco doliente de una campana sumergida que dobla por los muertos humildes y abandonados á su infortunio.

Lérida y su campo superan en horror á todo lo previsto. De sus fábricas y sus huertas, de su magnificencia, en suma, no cabe sino decir como de Itálica: aquí fué. Una superficie en apariencia mansa, que refleja al difuso y tenue fulgor diáfano de la noche las sombras del cielo anubarrado, es cuanto queda de su grandeza. Y el tren camina lento por puentes y trincheras y llanuras y terraplenes. De un momento á otro podemos encontrar la muerte en sitios como el puente de Monzón, sobre el Cinca, y lo hemos olvidado, pensando en la inmensa catástrofe sin precedentes. Cuenta la fábula que un patriarca elegido se salvó del Diluvio. Aquel hombre era sordo y ciego, para pensar sólo en sí mismo ante el sufrimiento y la agonía de los demás.

De nuestros compañeros de viaje, cuando llegamos á Zaragoza, sólo quedan en el convoy aventurero unos cuantos. Todos los demás han ido aposentándose, conturbados, en los pueblos menos tristes ó melancólicos del trayecto. Desde Zaragoza, el paisaje es menos sombrío, la perspectiva menos dantesca, el peligro desaparece. Pero nos hemos quedado solos, y la soledad reproduce en nuestro cerebro la visión lúgubre de los pueblos hundidos en la miseria,

y la desdicha de las familias que perecieron en la corriente, del planeta perturbado por una de las más inexplicables y recias sacudidas, sin analogías desde la iniciación del período terciario.

Y así, demacrados, tiritando por el insomnio, el espanto y la lluvia que cala nuestros huesos, llegamos á Madrid, en donde termina nuestro viaje.

Éste ha durado exactamente tres días.

Noviembre, 1907.

LA CRUZ DE BORRÁS

Finaba el año tres. Eran para Barcelona los tiempos de hostilidad bravía, de antiespañolismo frenético. Viñas cantaba «raccontos» en catalán; «Tonet» y la «Paula» se atrevían á dialogar en el Paralelo graves insultos contra «els forasters». El «Cu-cut» agotaba sus tiradas, y á quien se atrevía en las Ramblas á preguntar por una calle desconocida, se le contestaba invariablemente:

—«No parlo castellá.»

Todo esto producía en los forasteros una impresión de angustia. Sentirse extranjero sobre el suelo mismo de la Patria era sensación demasiado penosa para los enamorados de los ideales de fraternidad. Hay que reconocer que la hostilidad franca no se mostraba en las personas cultas, las cuales se limitaban á recomendar á los madrileños que visitasen el Ensanche, la casa de Güell, las obras del templo de la Sagrada Familia y, sobre todo, el teatro Romea.

Antes de hablar de Cataluña, lo primero era ver en el escenario á «en Borrás.»

Confieso que encontré el Ensanche «pretencioso, enlodado y «rococó»; la casa de Güell, abominable; el templo, ridículo, y algo menos que despreciable, el «Cu-cut». Así, cuando el simpático y caballeroso Sebastián Gomila me invitó por centésima vez á ver á Borrás, le acompañé á Romea con sincero disgusto, y aun creo haberle dicho:

—Este teatro no debiera ser consagrado á Romea, que era un «foraster» de mala calaña, sino á Pitarra ó, al menos, á Onofrí. De Bartrina abajo, ninguno.

Entramos en Romea; se hacía «La festa del blat», y la sala estaba desierta.

—¿Es acaso que la obra no gusta?—pregunté á Gomila; y él, contrariado, me contestó:

—No: esto ocurre todas las noches.

Borrás me pareció un actor colosal. Cuando, malherido el desdichado protagonista de Guimerá, huérfano en la vida de todo afecto, rebelde por miseria y por desamparo, cae para morir en la cama destinada á los recién casados, preparada por los viejos servidores de la casa con tanto amor, y pronuncia, balbuciente, la hermosa frase: «¡Qué blando es el «llit dels que s'estiman!», mi juicio estaba ya formado: Borrás era uno de los primeros actores de la escena española.

Entramos en su cuarto durante un intermedio. Estaba solo con su criado. Le felicité y sonrió amargamente.

—¿Qué quiere usted—me dijo—que haga mañana?

—Lo que el público quiera—respondí.

A lo cual Gomila:

—Probablemente, el público seremos nosotros—me dijo.

Pedí «Terra baixa». Al otro día demandé «El mistic»; más tarde, «Els vells», «Bona gent», todo el repertorio hace tiempo célebre. Ya no supe hablar sino de Borrás.

—¡Vaya un actor que tienen ustedes!—decía á mis amigos.

Y todos contestaban:

—«¡Ya ho creec! ¡Colossal! ¡Mes gran que tots els de Madrit!»

Por la noche se hacía de nuevo «Terra baixa». Gomila y yo estábamos solos.

Entré en el «camerino». Borrás hablaba con Rusiñol y Guimerá. No sé si oí á Iglesias. Á este autor insigne le pidió permiso para presentarme Gomila.

—«¡Un castellá!»—contestó—. «¡Pera que me trad-huixel! ¡De cap manera!»

—¡Ea, esto se acabó!—le dije á Borrás—. Este teatro tiene que ir á Madrid. Mañana mismo Gomila y yo comenzaremos para el o activa campaña.

La nueva cayó como una bomba, ó, mejor, como un témpano. Todos los genios enmudecieron. Por fin, tras una sonrisa de amargura, si no fué de desprecio, habló Guimerá.

—«¡No, á Madrit, no!»

Todos convinieron en que sería un gran disparate.

Comenzó la campaña. Á mis excitaciones para que viniera á Madrid el glorioso teatro catalán, contestaba Gomila con un bello artículo, que titulaba «Ger-

mano». Una vez en Madrid, seguí infatigable mi tarea, pidiendo el auxilio de todos los cronistas. Por último, los dioses bajaron de sus aras y se dignaron venir á la Comedia. La noche de la presentación, al levantarse la cortina, estalló un aplauso cerrado, formidable, y el público, en pie, prorrumpió en vivas á Cataluña. Me sentí satisfecho y vengado de todos los catalanistas acérrimos, enorgullecido de mi pueblo natal, que devolvía lauros por injusticias. Y dije, en voz baja, con orgullo:

—«Yo también parlo catalá.»

Después, Borrás ha sido y es el ídolo de todos los públicos. Cuando me ve, me abraza y me recuerda el cuartito misérrimo del teatro Romea. Enrique es muy grande, tan grande, que no cabía en él, y aun presumo que tampoco en el templo de la Sagrada Familia.

Ahora, un magnánimo corazón y poeta exquisito pide para Borrás la cruz de Alfonso XII. En su noble empeño muchos otros literatos lo secundan. Yo también quisiera ver en el pecho del trágico insigne una cruz netamente española, para enseñanza de cuantos predicán la enemistad y el odio entre pueblos hermanos; para enaltecimiento debido al Arte universal.

Todo, sin perjuicio de decir al glorioso intérprete de Pedro Crespo y de «Manelich»:

—Descuide usted, Enrique; no tengo ningún drama en cartera.

LA PUERTA CERRADA

No es la guarida del león: es el hosco refugio del águila. Su acceso supone la peregrinación penosa por llanuras nevadas, campos inhóspites, riscos erizados y abruptos. Desde Huesca se camina primero entre nieblas; luego, sobre grava; más tarde, sobre nieve. Se llega á un punto en que los Pirineos se muestran en panorama majestuoso y solemne, irguiendo sus ensabanados picachos, como crestas de marmóreos animales apocalípticos. Ya, de noche cerrada, los macizos del automóvil resbalan sobre hielo. Estamos frente á la cumbre de la «Madaletta». Hemos llegado á Graus, pueblo adusto, recio, selváticamente aragonés.

Pero todavía no estamos en casa de Costa. Hay que caminar un buen trecho. Allá, en la casa ancestral, habita el coloso. Pero la puerta no puede abrirse; el aislamiento es absoluto. El retiro del viejo luchador es impenetrable.

Asusta, con la magnitud de su desdén y de su resignación, la ruptura de este hombre, que tiene gesto de semidiós, con el mundo que le rodea. Ha podido llegar á ser todo. Ha roto el arcano del saber con gonzúa de oro, y el de la pública indiferencia, con férreo guantelete. Ha apostrofado á las muchedumbres, ha cruzado su rostro con látigo de cómitre, y las muchedumbres se le han rendido, como las fieras al ultraje del domador. Ha conquistado posiciones y

las ha arrojado con supremo desdén por un artístico y recio barandal. No ha transigido. Los dioses no transigen. Y el día en que ha creído su voz desoída, se ha apartado de la Humanidad, mostrando en sus ojos una altivez olímpica y en sus labios un rictus de desprecio, y, sintiéndose herido, ha corrido á las cimas adonde las nieves no se funden, á dar sus vigorosos y ensangrentados aleteos.

Sobrecoge, pasma esta reciedumbre, que rememora fábulas mitológicas. Por eso, más que la fuerza cerebral, la incansable energía indagadora, la orientación sabia y la sutil clarividencia, ha hecho ser reverenciado al genio su inflexibilidad rectilínea. La bajeza ambiente, la repugnante cobardía moral, que se cubre con el nombre de tolerancia—¡como si cupiera tolerancia con la iniquidad!—, contrastan demasiado con la ruda actitud del león de Graus, para que no haya producido en España entera asombro primero, sobrecogimiento después, y, finalmente, reverencia é idolatría.

Y han sido los primeros en enaltecerlo sus maestros y profesores de la Institución Libre. Emporio de sistematizada cultura, de armonía entre la vida y el pensar, debió ver con extrañeza en un principio salir de su seno un ser irreductible, disconforme en carácter con sus máximas de atracción, como ella, austero; pero, á diferencia de ella, violento, irascible, como campeón decidido de la verdad hollada por pies de gañanes. En el cuento de Andersen, la hembra del pato de los estanques ve estupefacta salir un ser extraño, feo en apariencia, de un huevo colocado en su nidal por manos extrañas. Pero no hay peligro en sufrir contrariedades y dicterios cuando se ha sa-

lido del huevo de un cisne. Y Costa, al reconocer su blanco plumaje sobre la tersa superficie de las aguas serenas y luminosas, asombró á sus maestros y á sus propios hermanos. Con sus defectos y sus iracundias selváticas, era el elegido, el grande, el magnífico. En una palabra: era él.

Por eso, la gente, reconociendo alguna cualidad extrahumana en el fiero coloso, buscó un nombre que aplicarle en la Zoología. Y lo llamó León. Pero no es León; porque el orgulloso felino lamentase á veces y atruena la selva con dolientes rugidos. Y Costa no siente su mal; cuando ruge, es el llanto ajeno. Y luego se le ha querido nominar águila; pero el águila no desdeña la presa, sino que la arrebat y la hiere. Y luego se le ha llamado semidiós; pero los semidioses no tienen el acento de Costa, que es bramido de humanidad y aliento de fecundación. Es «él» el soberbio, el irreductible, despeñado, como Satán, pero no por envidia ni por ruindad, sino por espíritu de razón y sed de justicia.

Y éste es el que cierra á sus visitantes las puertas, y éste es el que reclina en la almohada su greña sudosa con gesto de emperador que no abdica. Y éste es el que renuncia á los holocaustos y hace inaccesible su castillo roquero.

Le ofende la curiosidad, y le parecería una injuria la conmiseración.

No sabe, ni le importa, á cuántos pasos de distancia está la muerte. No quiere, ni necesita, que al pie de su roca del Cáucaso vengan las Océánidas á brindarle consuelos ó á prorrumpir en lamentaciones.

Pero este ser gigantesco, este titán rebelde é ira-

cundo tiene un corazón. Han llamado los corazones á su puerta.

Y hemos entrado.

Graus (Huesca).

LA AGONÍA DEL LEÓN

Ha salido el Sol; pero entocadas están de nieve las tres Sorores, las tres cumbres gemelas, de donde parece venir el tiempo frigidísimo. Por cima del Turbón, gigantesco cabezo nevado, no hay una sola nube, y los campesinos han salido á bañarse en luz, como día festivo; pero arrebujados en sus mantas, cuya airosidad rememora la de los albornoces árabes, ó la de las togas pretextas.

Esperamos la hora señalada por Costa, quien nos recibirá. Y esperamos viendo correr bajo el puente semiderruido las aguas del Esera, el cual recibe del Isavena el turbulento tributo que, luego, ambos, no lejos de aquí, han de rendir al Cinca. Por encima de los caseríos, la inmensa mole de la peña de Graus parece amenazar con desplome inminente, vengador de la muerte del primer Ramiro, de aquel que pudo haber sido tan poderoso como Alfonso I, y lo hubiera logrado, á ser compatibles en sus tiempos nefastos el orgullo de la realeza y amor fraternal.

Vamos carretera adelante. Unas cuantas adolescentes pasan á nuestro lado; deletrean un libro en alta voz. ¡Oh, adorables recuerdos! Leen «La rima eterna». Sin querer, repetimos la frase becqueriana:

«Mientras exista una mujer hermosa, habrá poesía...» Y, luego, pensando en el coloso herido, que nos espera, quisiéramos añadir al verso, si la admiración al poeta no lo vedara, estas otras palabras ú otras rítmicas, que expresaran la misma idea: «y mientras haya un hombre de corazón.»

El caserío sólo á trechos conserva su histórica adustez. Hacia el Sur desaparecieron las legendarias aspilleras y la doble línea de matacanes. Pero sobre muchos portones hay escudos en piedra que no aminoran el noble aspecto señorial de las demás viviendas, observación que recuerda las palabras de Mosén Gauberto Fabricio, citado por Quadrado: «Esta nobleza (gozar de libertad) más tiene el noble Aragón que todos los reinos, porque fasta á sus villanos face ser más nobles que los nobles de las otras provincias. Ca nascen tan libres, viven tan francos é son tan esentos, que non satisfacen tributos ni alcabalas, ni el villano sabe qué es pagar pecho, salvo que el gelo imponga ó que el rey gelo pida como de gracia y él lo dé de merced...»



Estamos ante la puerta del tribuno. Subimos una escalera de ladrillo, y entramos en una habitación modestísima. Allí están los parientes, los deudos, los que comparten, abnegados, la tristeza del gigante vencido. Esperamos, observando los cuadros de lienzo bordados en relieve, las viejas estampas, los tradicionales floreros. Nada revela la proximidad de un gran pensador. Aquella habitación la hemos visto, plácida, soñolienta, tranquila, en casa de nuestras

abuelas y de nuestras ancianas amistades. La hemos evocado leyendo los libros de «Azorín». Allí hay una señora digna, enlutada, que suspira y cruza las manos en resignada y piadosa beatitud. Y todos admiramos á doña Martina, mujer heroica, que ha sabido consagrar á su hermano toda una vida de virtud y de sacrificio, y que no quiere más recompensa que el cumplimiento del deber.

Por la casa ambulan, preocupadas en constante trajín, unas muchachas lindísimas, pulcras, hacendosas, que se llaman seguramente Carmen y Pilar. Y hay un amigo fiel, de rostro curtido y mirada franca, y un deudo servicial, que esperan la hora de introducirnos en la habitación del enfermo, mientras vuelve á suspirar la señora, y la luz va haciéndose más tenue en la estancia, y un gato se despereza indiferente sobre la tarima en que luce su reluciente faja circular el brasero de cobre.

Y hay una larga pausa y una sensación mezclada de inquietud y dulce bienestar; hasta que se oyen unos tímidos pasos, y se abre una puerta y una inteligente cabeza de adolescente asoma.

Ha llegado el momento. Costa nos llama.



Entramos en una habitación que tiene estantes repletos de libros y de legajos manuscritos, que son mirados por nosotros con codicia y con ansiedad. Sobre los muebles, en las sillas, en el suelo mismo, desbordando de los hacinamientos informes, hay revistas científicas, diarios, telegramas. Sin embargo, no es aquel el viejo santuario: está arriba, y se llama

la biblioteca, donde hay inapreciables tesoros, maravillosas obras inéditas. El sabio ha tiempo que no puede subir; menos pueden hacerlo los no iniciados.

El enfermo ha pensado en agasajar á sus visitantes, y sobre una camilla hay pastas, licores, café, golosinas; pero nuestros ojos se fijan en la alcoba reducida, pulcra, en el lecho, en las ropas revueltas que, sobre las líneas del cuerpo inmóvil, tienen aires de manto purpúreo; en los embozos, que, bajo la presión de los dedos crispados, tienen dobleces y encarrujamientos de flores marchitas.

Y allí, descansando sobre la almohada, sudorosa, despeinada la cabellera, la escultural cabeza de Costa, con los ojos enormes muy abiertos, como al fulminar sus apóstrofes grandilocuentes, con sus facciones acusadas, enérgicas, y contraídos sus gruesos labios por el hábito de un altivo y desdeñoso mohín.

Nos tiende una mano, y oprime la otra contra su corazón. Sabe que está herido, como lo está su Patria. Él es como un símbolo; pero el símbolo alienta. Á veces, su memoria decae; la ilación en su prodigioso cerebro se hace tarda y penosa. Pero luego reacciona: la voluntad permanece íntegra, formidable como un ariete. Su léxico responde en ocasiones á esta hipertrofia del carácter, y se hace rudo, violento y, al par, artístico, con la salvaje expresión libre de eufemismos. Todavía puede ser tiempo; hay que sacudir á la fiera que duerme; hostigarla, «pincharla en los morros». Es menester encender el rubor en todas las caras á trallazos. Y, luego, parece caer de nuevo en un tenebroso pesimismo. Es tarde: ningún revulsivo será eficaz.

Y ante la manifestación de nuestros propósitos de

acercar á España á su lecho, y ante las esperanzas de una regeneración ideal y humana, vuelve á fulgir la luz en sus pupilas, presintiendo en las brasas apagadas «une lueur», un fulgor de esperanza, que no se extingue y siempre perdura, aunque no se vea, como «la luz bajo el celemin».

Dos horas de ansiedad, de atención respetuosa, de religioso recogimiento. Luego, la despedida filial y la salida al ambiente helado, hostil, á caminar cara á los picachos, que parecen envueltos en un implacable sudario.

Y á mirar al cabeza tajado que, desde hace seis siglos, amenaza desplomarse y no se desploma, y mirar al río, que se retuerce como un interrogante, con sus aguas, que siempre se renuevan, y sus arres-
tos espumosos é hirvientes, que no morirán.

Graus.

CAPUT CASTELLAE

Oviedo es la Reconquista; León es el Derecho municipal; Toledo, el desenvolvimiento cristiano; Burgos es... el Romancero. Es la Musa española, que primero gime, y luego balbucea, y, por fin, rompe en maravillosas é inspiradas estancias. En Burgos, antes que lo real, se evoca lo ficticio. Su héroe es Rodrigo de Vivar. «Rodrigo—escribe Amador de los Ríos—es Burgos; Rodrigo es Castilla; Rodrigo es España. Sus proezas, sus glorias, sus tribulaciones, su renombre, son el renombre, las proezas, las glorias y tribula-

ciones de la Patria...» Y, sin embargo, el Cid no existió, acaso, sino en la fantasía popular, y, si existió, fué un guerrero vulgar, en nada parecido al héroe maravilloso del romance. Para mí, Burgos no tiene historia: tiene lo que vale mucho más: leyenda. ¿Qué importa que no puedan arqueólogos y eruditos descubrir en la ciudad castellana restos de próceres abolengos anteriores al siglo XIII? Burgos es la patria del Cid; del genio castellano que, á los diez años, juzga por juego un crimen capital, y ejecuta al reo de veras, y exclama:

«Como de veras me pago,
de las burlas non curé.

.....
Atended que la justicia,
en burlas y en veras, fué
vara tan firme y derecha,
que non se pudo romper.»

Este sentimiento de justicia, que es toda el alma castellana, se hace carne en Rodrigo de Vivar, y en Burgos, piedra berroqueña. Por eso, el Cid es grande, lo mismo cuando trae á su padre la cabeza del conde ofensor, que cuando se rebela ante el propio monarca:

«Por besar mano de rey,
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre,
me tengo por afrentado.»

La palabra del Cid sustituye al oro en las arcas dadas en prendas al judío. En ellas va el honor de Castilla, y el judío las acepta como garantía mayor

que las joyas y que las barras. Ni un solo momento deja Rodrigo de ser la encarnación de la equidad y de la elevación de espíritu; ni cuando exige al rey juramento de no haber dado muerte á su hermano; ni cuando abandona á su esposa para defender á su patria de las invasiones agarenas; ni cuando increpa al fraile en Cerdeña; ni cuando se yergue altivo ante el padre común de los fieles.

«Absolvedme—dijo—, Papa;
si no, seráos mal contado.»

La justicia, la caballerosidad, el desinterés: eso es el Cid, y eso es Castilla.

¿Que el Cid no ha existido? Debió existir. Existe Castilla, y es bastante.

Por eso, en la Catedral, que, á no tener destrozado en la fachada el primer cuerpo, sería la más bella del Mundo, y que en su parte alta no encuentra rival ni en París, ni en Reims, ni en Estrasburgo, ni menos en la pobre y amanerada de Colonia, lo que pasma es la idealidad, la espiritualidad, la inspiración suprema. Y en sus torres únicas, de chapiteles aguzados, que ciernen entre encajes la luz del día y que elevan el alma con su mística transparencia, lo que deslumbra, sobre todo, es el espíritu caballeresco, que desdén lo mezquino y busca lo sublime, y sabe trocar la piedra en encaje, y la espada en cetro, y la palabra en palpitación, y la vida entera en gallardía, y rectitud, y braveza, y desprendimiento. No comprenderéis el Romancero sin visitar Burgos, su catedral, sus ábsides, sus cruceros, sus cúpulas, sus alicatados, sus tracerías prodigiosas, sus capillas de ensueño, sus sepulcros marmóreos, sin haber alzado la vista á

las nubes para contemplar los esbeltos pináculos y sin haberos postrado de hinojos en la capilla del Condestable; sin pasar por el arco de Santa María y ser desde aquel mismo momento armado caballero andante de la Luna, y sin haber vagado por los solitarios claustros de la Cartuja, con una mano sobre el corazón y un dedo en los labios; y haberse adormecido con ensueños de gloria en las orillas pedregosas del Arlanzón y haber aspirado á pleno pulmón el aroma de la flor del romero en la tierra llana.

Y, asimismo, no es posible comprender el grandioso poema esculpido en piedra sin haberse deleitado previamente con los romances, que son gala de nuestra lengua, espejo de nuestras costumbres, compendio de nuestra hidalguía, alma de nuestra historia y en inspiración y grandeza, únicos. En ellos está lo que fuimos y también lo que hemos de ser, porque son recuerdo y también enseñanza; evocación estremeecedora del pasado y adivinación profética y reveladora del futuro.

Burgos es más que la Historia: es la Poesía. Es la España ideal, que nunca pudo ser superada, porque representó la suprema justicia, la caballeridad enaltecida, el nervio vivificador de la Raza.

En su recinto se comprende por qué Castilla dominó al Mundo. Allí, sin querer, los labios murmuraron: en otros lugares hubo más poderío, más fuerza, más esplendor y gloria; más sentimiento de la justicia, más elevada poesía, más noble y generosa hidalguía que en esta patria castellana, de piedra y de acero, de devoción y sangre, de flores silvestres y de viejos romances, no.

Burgos.

TESTAMENTO Y CODICILO

Yace Costa; no tiene junto á sí, como el héroe de Ossian, lanza y escudo. Pero tiene su gallardía, su serena y plácida majestad. Parece que aún ha de levantarse á trocar en Sinaí las cumbres de Graus y á renovar los varoniles arrestos de los rudos aragoneses que esculpieron sobre peña viva con hierros de lanzas el fuero de Sobrarbe.

Nunca la muerte parece tan implacable y trágica como cuando aniquila al genio. No en vano disciernen las muchedumbres á sus elegidos la gloria y la inmortalidad. Se nace sólo para engendrar, y cuando no se engendra, se muere; pero el genio en plena fecundidad arrojado á la fosa, es un aborrecible sarcasmo; es una ironía cruel que subleva la voluntad contra las fuerzas brutalmente mecánicas, que destruyen á ciegos hombres y cosas por el incomprensible placer ó la inexplicable necesidad de crear de nuevo.

Todavía, empero, queda algo que hacer á los hombres cuando devora un cuerpo la tierra, que es capaz de santificarla: queda el apostolado, la difusión del Testamento ideal, la ejecución de sus imperiosos mandatos. Si fuera posible sepultar con el genio sus obras, ellas resucitarían al tercer día. Ved aquí la simbólica significación de todas las ascensiones gloriosas.

Costa deja un testamento y un codicilo. Dictado el primero en plenitud de saber y razón, encierra en sus folios enseñanza y ejemplo; escrito el segundo en

amargas horas de desaliento, no puede entenderse al pie de la letra, porque es lección de pesimismo aparente, y todo pesimismo científico es un optimismo encubierto, que pone frente á frente lo real y lo ideal; es una lección de energía en forma parabólica, que no puede aceptarse sino á este título.

¿Cuál es el testamento del ciudadano insigne que acaba de morir? Es, ante todo, el ejemplo de una excelsa voluntad indomable, puesta de por vida al servicio del Bien. Tal voluntad no podía surgir sino en las abrupteces del condado de Ribagorza, región fuerte, sana y rebelde, que resistió á los reyes, á los prelados, á los conquistadores, y aun se echó fuera de las Hermandades, para gobernarse por vaguerías y otorgar á sus jueces populares facultades que solamente del pueblo deben emanar. Es la voluntad del gran Iñigo Arista, que recuerda nombres de agricultores y ganaderos que supieron sojuzgar á los soberanos, como Pedro Cornel, Ferriz de Lizana, Sancho de Antillón y Don Jimeno, Don Paladín y Don Artal de Foces.

Voluntad inquebrantable, digna por sí sola de glorificación y holocausto: tal es la cabecera del testamento. Sus cláusulas han sido definidas: no hay en ellas invalidación; escritas son en todos los libros de Costa y numeradas taxativamente en las conclusiones de la Asamblea Nacional de Productores. Determinadas fueron en el Manifiesto de la llamada Liga Nacional. Esas conclusiones son una bandera: son el testamento de Costa; y España tiene la ineludible obligación de cumplirle, si no quiere que se diga que es más experta en construir cenotafios que en realizar obras de cultura y de regeneración.

Canalización y política hidráulica, construcción de caminos, reforma de la educación nacional, colonización interior, seguros y socorros mutuos, movilización de la propiedad inmueble, reducción de los gastos públicos, supresión de impuestos indirectos... ¿No valdría todo esto más que un mausoleo? Y junto á tan férrea disciplina social, transformación del Derecho público y privado en sentido ético y democrático, secularización de la vida, apartamiento de guerras y perturbaciones, escuela y despensa, pan para el cuerpo y levadura para el espíritu. ¿Podía tributarse al ciudadano austero y al pensador insigne mayor homenaje?

La vulgarización de las obras de Costa se impone, y es menester que se vaya pensando en hacer de ellas una gran edición popular. De su carácter y de su austeridad basta el ejemplo. Y él ha llegado á todas partes. No de otra manera pueden los órganos inferiores ignorar lo que piensa el cerebro; pero allí donde llega la sangre, allí es acompasado y sentido el latido del corazón.

En cuanto al codicilo... El codicilo es la imprecación pesimista, el lamento amargo, el trallazo sobre las mejillas exangües, el hosco rugido sobre el ensangrentado risco... Todo eso debe servirnos de estímulo y acicate. No es posible tomarlo como maldición, como irreparable condena. No se ha acabado la esperanza en el porvenir ni se han agotado los hombres puros. La Historia no puede interrumpirse, y las últimas frases del maestro no son un *Nihil sperare*, sino un *Sursum corda*.

¡Desdichados nosotros si olvidamos el testamento, que es actividad, y nos aferramos al codicilo, que pa-

rece pesimismo! Seríamos indignos del ciudadano por antonomasia, cuyo cuerpo debe ser venerado en el panteón de españoles ilustres, pero cuyo corazón debiera ser conservado entre pórfidos en la cumbre de la peña de Graus, como símbolo de su escudo: grifo rampante de oro en campos de azur; voluntad firme de hosquedades heráldicas, que supo trepar con sus garras de oro á todas las azules idealidades.

Graus.

ANIVERSARIO

Un año hace que murió Costa. La Historia, que tiene en España la escueta brevedad de todos los planos inclinados, no registrará por todo este tiempo sino pasividad y decadencia. Así, esfumado por el recuerdo de lo que fué y empequeñecido por sus propios hechos, nos parece más corto este lapso de la Eternidad, en que el dolor mismo ha sido anónimo. De ayer parece la torva agonía, el vencimiento irremisible y supremo del león airado y rebelde, que, refugiado entre montañas adustas y derribado en su fría y paupérrima guarida, todavía sacude su melena, centellea su mirada dominadora y extiende su garra hacia la gran sombra que se acerca, como para firmar su airada protesta en el infinito.

Ha sido ayer cuando nos hemos acercado, como á un Calvario, al revuelto lecho en que no hubo estreñimiento de dolor ni sobrecogimientos de cobardía, sino arrestos viriles y profecías de enaltecimien-

to para la Patria. Son de ayer los apocalípticos trenos, las rotundas evocaciones al ideal, los llamamientos á los hijos del doliente y esquilnado terruño. Cercanas están las contracciones fisionómicas de dignidad austera ó de desprecio soberano. No pasa tan pronto la imagen de lo grande en un universo de pequeñez, ni se puede borrar del espíritu la visión de un sublime episodio socrático, que enseña á vivir y á morir, y demuestra el valor de una conducta y de una voluntad aun en la pobreza y el vencimiento definitivo.

Después de cruzar en noche frigidísima, casi polar, los desolados campos de Graus, rodeados de cabezos heroicos y cumbres excelsas é inmaculadas; después de llamar con mano temblorosa al portón campesino; de subir, á una luz vacilante, los tramos de apollado roble, y de entrar en la reducida habitación encalada en que volúmenes y manuscritos dan testimonio de una labor impersonal de décadas, cuyo asunto ha sido la grandeza en el tiempo que fué, que es y que será, la idealización de la vida, el consorcio del libro con el arado, del laboratorio y del predio rústico, del progreso con la emancipación, ni aun entrevisto por Henri Georges, ¡qué pequeños parecen los alcázares, en que el vano egoísmo viste oro-
peles y librea la humillación! Luego de haber escuchado la voz del apóstol que, entreabiertas las puertas de bronce por que ha de entrar en lo Desconocido, no habla de sus propias dolencias ni expone sus temores pueriles, sino que repercute el eco de los siglos y nos habla de los ríos heroicos, de los épicos valles y de los fueros legendarios; voz que primero arrulla con candor infantil y luego se eleva

majestuosa en defensa de la justicia y de la razón, y á la postre ruge para azotar el alma encanallada de corruptores y de escribas, y hace un supremo llamamiento á la virilidad dormida y al genio castrado del patriotismo y de la Especie, ¡qué mezquina y qué ruin se nos antoja la oratoria conceptuosa ó almibarada de los políticos de oficio, perdida en ruines componendas y erudiciones de pacotilla! Se siente rugir dentro del corazón el hervor del alma española, castellana, galaica, astur ó aragonesa; se quiere en vano sofocar la rebeldía pirenaica y la cántabra fiebre indomable; se aspira el vaho del terruño, empapado en sangre de luchador y en mieles de raíces silvestres, y el puño tiembla de dolor y de cólera, en espera de la lanza libertadora que quite de nuestras frentes humilladas el rubor internacional.



Costa está vivo, porque su herida sangra y su labor reclama un obrero. Su palabra es resonante y atornadora, porque es apóstrofe y acusación. Clamó contra la guerra, y la guerra sigue; vibró contra la desigualdad y desmedida amplitud del impuesto, y el impuesto sigue siendo exacción y desigualdad. Pidió para la tierra justicia, y la tierra es esquilmada y perseguida, cuando no es páramo ó latifundio; reclamó atención para las quejas de los humildes, y todo es privilegio y dominación para los soberbios. Exigió que la ley se fundamentase en la vida y surgiese del derecho consuetudinario, y la ley se dicta contra la costumbre y la voluntad de los pueblos. Pronosticó la ruina, y la ruina se acerca. Llamó con

guantelete de hierro al corazón de los ciudadanos y á la dignidad de los hombres, y los ciudadanos abdicar y los hombres se postran ó enmudecen. Por eso su palabra fulmina, y su mirada hiere, y su látigo azota.

Y por eso vemos á Costa cerrando los ojos cada vez que nos abochorna el sentimiento de la propia incapacidad ó del servilismo indisculpable, y en medio del salón de talla artesonada echamos de menos la cumbre bravía, y el odioso perfume de las hetairas nos hace envidiar el vigorizador y acre de la espelunca. Porque la voz de Costa es el grito de toda una raza que no se resigna á la humillación, y su ademán, el gesto colérico de un pueblo que no se adapta á la esclavitud. Y veremos al luchador firme y corpulento, en tanto que nuestros nervios se estremezcan y nuestros músculos flaqueen pensando en la posible pérdida de un empleo, de una ganancia, de una simple amistad que puede sernos útiles, y perdamos *pro vita vivendi* las causas mismas del vivir.

Costa aún no tiene monumento. Con los ojos nublados por las lágrimas nos preguntamos: ¿Cuál será? Acaso, un león de piedra granítica en la cima más alta del Pirineo; tal vez un libro abierto, en el angosto paso de Rolando; quizás una mujer de bronce, enlutada, sin pedestal y sin inscripción, sentada en el borde del camino, llorando la cobarde defeción de sus hijos. Pero el verdadero monumento de Costa somos nosotros, porque tiene que ser de carne y de sangre: grande, si somos grandes; miserable, si somos mezquinos; con espadas, si somos dignos, como los sepulcros de Reims y de Colonia; con ca-

denas, si somos esclavos, lo mismo que San Juan de los Reyes. Somos bloques que han de fundirse á la llama de un solo crisol, destinados á perdurar con su propia cohesión y firmeza á través de los siglos, ó de desmoronarse definitiva y vergonzosamente en el polvo.



Sumidos en el tráfigo de los que llamamos negocios, no medimos toda la mezquindad de nuestros afanes y de nuestras contiendas. Es menester alguna vez arrostrar el ridículo y asomarse á los horizontes de Graus. Entonces sabremos de qué modo dejamos incumplido el primer precepto del luchador asceta: «Todo español obligado viene á servir á su Patria con el libro en la mano.» ¿Cómo puede llamarse ciudadano quien nunca lee? ¿Y cuántos españoles han leído las admirables, las reveladoras obras de Costa? Sin embargo, en ellas está la solución de cuantos problemas acarrear la postración y la miseria en nuestro territorio. Cuestiones que son por Asquith débilmente esbozadas, entre ellas las que se refieren al suelo, y en que se halla la solución de todo el conflicto social, están en sus páginas irrefutablemente estudiadas y resueltas de una manera terminante. La eterna paradoja del «Espíritu de las leyes», que condena á perpetuidad á las muchedumbres á oscilar entre la servidumbre y la licencia, queda por Costa destruída en síntesis gloriosa que denota su abolengo filosófico en el viejo Carlos Christian. Apenas si hay problema político, jurídico ni económico que no se halle abordado en los trabajos de este pensador férreo, que tuvo el corazón en las sienes. Es preciso

reimprimir esas obras, repartirlas por toda España, darlas á conocer aun á los entendimientos más limitados, y esperar el fruto de la cosecha, que ha de llegar pródiga y fecunda, como lo es siempre la semilla de la verdad.

Si no hacemos esto, si no seguimos el ejemplo, si nos limitamos á repetir un nombre, trocando la glorificación en canturria, seremos indignos del maestro que nos impuso sus manos á todos y nos encomendó su evangelio. La obra de Costa está incumplida; si no trabajamos por que se realice, preparémonos á labrar, no el grandioso mausoleo de Costa, sino nuestro propio cenotafio. España será ya para siempre algo inmóvil y helado, como en el valle pirenaico las aguas del Esera; un cuerpo desolado, solitario é inerte, como la mole del Turbón.

LA MUERTE RÍE

Es preciso escuchar la «giraldilla» allí, en el valle sombrío, cercado de avellanos en flor, limitado por la verde montaña que conserva los ecos de las imprecações de los héroes astures, regado por la linfa de un claro arroyuelo de lecho pedregoso.

Ó más lejos, en las abruptas costas asturianas, en donde las espumas de las aguas cubren á veces las corolas de las agrestes flores que abren sus encendidos pétalos al borde del abismo.

Y, entonces, aquel canto, unas veces, remeda grito valeroso de guerra que las generaciones se transmi-

ten como símbolo de su independencia, y, otras, el arrullar dulcísimo que despierta en la naturaleza exuberante y lujuriosa el sentimiento de amor.

Luego viene la danza acompasada, la rítmica cadencia de la voz, que hace, pausada, revivir el lenguaje sonoro de las viejas edades.

El pasado se muestra en sus dulces estrofas grande y glorioso; el presente, en las rías, en los bosques, en las montañas coronadas de jirones brumosos, en el mar, salpicado de rocas y rielado de luminosas ráfagas.

Y surge el porvenir anunciado por palabras de amor, por miradas ardientes, por ingeniosas frases, por los acompasados movimientos, por toda aquella fiesta misteriosa en que al son y la remembranza de lo que fué se entrevé la futura grandeza de la siempre fecunda y generosa tierra asturiana.

Tierra en que no se es niño jamás cuando el sacrificio lo exige, y en que se mira cara á cara á la Muerte sin sobrecogimiento. Yo recuerdo...; pero escuchad y juzgad después al pueblo de las giraldillas.



Salimos en un ligero esquife á gozar de una portentosa puesta de Sol sobre las aguas, de una orgía prodigiosa de luz.

De pronto, sobre el horizonte deslumbrante, se dibujó una sombra triangular parecida á un fatídico signo.

Era una vela latina, *negra*, un gigantesto y sombrío escaleno. Cercanas á su base, se agitaban las graciosas siluetas de tres niños.

Nuestro patrón señaló con el dedo la barca, y nos dijo, pensativo y severo:

—Es *La Muerte*.

Y nos contó el origen de ese nombre. Aquella barca había naufragado una vez, y sus pequeños tripulantes eran los huérfanos del patrón: dos niños y una niña.

Púsose el Sol del todo, y, de pronto, una terrible niebla nos asumió en la más negra oscuridad. Quien no ha visto el Cantábrico astur no conoce esas nieblas que no dejan pasar la luz del Sol, ni menos la del faro, y que pueden cruzar solamente los ecos doloridos de las familias de los pescadores.

Al cabo de dos horas de lucha, trémulos, sudorosos, logramos encontrar la boca del puerto.

En aquellos instantes supremos, sentimos rumor á nuestro lado, y, otra vez, adelantándose rápida, la gigantesca sombra pasó.

Y entre la oscuridad creímos percibir rumores, charloteos y carcajadas infantiles.

¡La Muerte reía!

Gijón.

LA RÚBRICA

Confieso que me sentí escandalizado la primera vez que, sobre la perspectiva del magno, del incomparable acueducto de Segovia, miré proyectado el sutil pentágrama de la red telefónica. Era uno de esos días en que el alma nos pesa, en que todo cuanto ve-

mos parece contrariar nuestros gustos, producirnos sensaciones de tristeza, enojo y repulsa. La plaza de San Geroteo había evocado en mí no sé qué viejas ilusiones frustradas; me había causado indignación el absurdo y ridículo remate de la bellísima torre de San Esteban, grotesco chapitel que afea una de las más elegantes construcciones del siglo XIII, y que está clamando por una pronta demolición; me había estremecido al pensar que, en aquellos días, pudo haber sido vendido á un particular el Parral, como lo fué luego San Juan de los Caballeros, para que mi ilustre amigo Daniel Zuloaga expulsara de sus sepulcros á Fernán García y Díaz Sanz, jefes de los dos célebres linajes y conquistadores de Madrid. ¡El Parral, joya inestimable, en donde ya un feroz vandalismo derribó las cabezas de las vírgenes y los evangelistas! Habíame preguntado si el restaurado Alcázar, con sus torreones guarnecidos de sartas de perlas; sus ventanas, que se rasgan sobre los abismos; sus muros enlucidos de lindos arabescos y sus salas de primorosos artesonados, no desaparecía bajo la furia de un nuevo incendio, convertido, como estaba, en hospedería de jóvenes vocados á la contienda y en teatro de novatadas. Había deplorado el gusto de las antipáticas viviendas alzadas frente á la casa de los picos, y clamado en la Catedral, de estupendo ábside, contra los modernos adosamientos, y los aditamentos anacrónicos, y las profanaciones artísticas que afean capillas y altares. Aquel era un mal día; cuando miré, delante de los arcos romanos, los hilos telefónicos, sentí no tener una garra ciclópea para arrancarlos de un solo puñado, en una sola vez.

¿Es que he vuelto luego más decaído y falto de

energías, ó más resignado, comprensivo y piadoso? No lo sé; pero el contraste entre las recias y vetustas piedras y los finos y modernos alambres no me ha disgustado. Todavía he escrito con la imaginación sobre el pentágrama de los hilos de cobre no sé qué románticas melodías; y he pensado que, entre la ciencia vieja y la ciencia nueva, la que dotaba de agua á los pueblos sedientos y la que sacia su avidez de comunión espiritual, existía una compenetración á través del tiempo que no podía destruir ni la tiranía ni la barbarie.

¿Qué edad tenían aquellos cien arcos, sobrios, majestuosos, abiertos á la luz y la idealidad, por cuyas aberturas contemplaba dormida la ciudad hidalga, prócer entre las de imperial linaje? ¿Cuántos siglos hacía que se colocaron, unos sobre otros, sin trabazones ni argamasas, aquellos sillares almohadillados, labrados á pico, que maravillan al hacer pensar que no pudieron ser ordenados y alzados á tales alturas sino por el esfuerzo de titanes? Ellos sintieron el galope de los équites de Sertorio y de los decuriones de Metelo; ellos vieron derrumbarse el anfiteatro y alzarse las primeras basílicas; hasta ellos llegó el canto de la consagración de los obispos, píos como Anserico, ó vehementes como Deodato; el grito de los conquistadores sarracenos y los acordes de las guzlas de los recitadores mozárabes; por ellos pasó, con la linfa de las montañas, el genio guerrero de la Reconquista, personificado en Fernán González y Sancho García, el señor de Cuéllar y Fernando Primero de León; y oyeron la proclamación de la reina Urraca y las cantigas del único Rey Sabio, y las voces de subversión de la minoría de Alfonso Onceno, y los vítores de los corte-

sanos de los Enriques y de los Juanes, y de los que proclamaron la unidad bajo la alianza de los Reyes cuyo desposorio se simbolizó en piedra, con carcajes y yugos.

Y subsisten, firmes, evocadores, en su majestad pétreas, prestos á arrostrar nuevas tempestades de los cielos y nuevas irrupciones y devastaciones crueles y bárbaras. Son la ciencia inmortal, que ignoró la ley de los vasos comunicantes y derrochó la piedra donde hubiera bastado el plomo, pero que adivinó el consorcio del pensar y el sentir, del conocimiento y el Arte, del ensueño y la vida, y estableció la ley de las solidaridades humanas á través del espacio y de las edades.

Y sobre ellos no hacen mal las líneas paralelas, flexibles, de los filamentos de metal que transmiten de unas á otras comarcas la idea, el pensamiento y la voz. Son á modo de rúbrica que pone la actual generación á la labor de muchos siglos, el *placet* que sirve de aprobación definitiva al esfuerzo de ayer, y de estímulo vibrante y fecundador al enaltecimiento de mañana.

Segovia.

EVOCADORES

Pasan por Palencia los trenes rápidos, expresos y correos avanzada la noche ó á altas horas de la madrugada. Por acaso, alguno que otro viajero, soñoliento, se asoma á la ventanilla del «sleeping», se

desperezar y consultar la guía, por la cual sabe que Palencia es la antigua «Pallantia», que está situada sobre el río Carrión, cuenta con unos 15.000 habitantes y tiene hermosa catedral, un buen hospital y varias fábricas de harinas, curtidos, bayeta, estameñas, mantas y otros «efectos».

Pero también alguna vez pasa un viajero de alta mentalidad, como ayer D. Alejandro Moreno y Gil de Borja, el cual, después de confesar que ha disfrutado este año en Suiza una temperatura de 37 grados sobre cero, á la sombra, afirma que Palencia es una de las ciudades españolas que tienen para el verdadero artista mayor interés.

Es en Palencia, acaso, en donde se ha refugiado íntegra, adusta, pero llena de enamoramientos y ensañaciones, el alma castellana del siglo xvi. Pero no de la Castilla errante, aventurera é inquieta, que llevó sus codicias y sus guerreras inquietudes á Flandes, sino de la otra, gran señora y artista, que hacinó tesoros en las catedrales, alzó sus palacios de piedra almohadillada y alicatadas cresterías, y los llenó de cuadros, joyas, tapices, panoplias, arcones y magnificencias de todo género, buscando en el campo del Arte expansión á sus gustos aristocráticos y selectos, que llevaron en su gentileza y gallardía su propio blasón.

De este fuste son los dos hidalgos con quien hubo el cronista de departir ayer. Es uno D. Francisco Simón, hombre de contextura varonil y afable porte, que comparte su actividad entre la Arqueología y la Patología, singularmente la antropológica. Naturalmente, es incomprendido. Sin embargo, él es quien ha descubierto los bosques sagrados que, á la luz de

la Luna, parecen surgir, con sus encinas místicas, sus sacerdotes, sus vestales y sus sacrificios cruentos. Con sus propias manos ha socavado, desenterrado, escudriñado, con la avidez del minero que busca en el Cabo de Buena Esperanza el cristal de carbono que, tallado, ha de ser irisado diamante; y ha encontrado un inapreciable tesoro artístico que algún día, conocida su esplendidez, será base de un museo arqueológico provincial. Armas, vasos cinerarios, zarcillos, fíbulas, ánforas untuarias, brazaletes, medallones, asombran y pasan agrupados en las vitrinas. Un estupendo lienzo de Ribera preside en las paredes á una espléndida pinacoteca. Para D. Francisco no existen en el Universo automóviles, ni estancias veraniegas, ni casinos, ni clubs. Lo que sí hay es una España que es preciso que resurja del polvo, para desmentir la falsas leyendas, restablecer hechos, educar á los hombres en el Arte y en la conciencia de su propio destino.

El otro hidalgo es D. Daniel Zuloaga. No ha pensado en construir un suntuoso edificio en Barcelona ó en Madrid; pero, para instalar su taller de pintor, de escultor, de orfebre, de grabador y, sobre todo, de ceramista, se ha comprado la iglesia, abandonada, de San Juan de los Caballeros, y á poco si se compra El Parral. Es San Juan una maravilla estupenda del arte románico, y la ha adquirido por ¡seis mil pesetas! ¡Así son justipreciados en España los más valiosos tesoros artísticos! Pero, en las manos de Zuloaga, San Juan sigue siendo «de los caballeros». Una restauración exquisita va devolviendo día por día su color primitivo á la bellísima edificación. Desaparecen los tapiales absurdos, los adosamientos

insensatos, las ventanas cuadradas, y queda el magnífico torreón de dos cuerpos, flanqueado de recios contrafuertes, con sus bellos arcos románicos, sus grupos de columnillas pareadas de bien labrados capiteles y su plataforma almenada. Quedarán sus arcadas exquisitas y sus dobles ingresos, dignos de una catedral bizantina, y los canes de los tejadillos, y las bizarras gárgolas, y en el interior de la torre colocará cien joyas artísticas, muebles, porcelanas, arquimesas, bargueños, cuadros admirables antiguos y retratos pintados por su sobrino, el otro Zuloaga, el artista genial que ve el espíritu de Castilla en su lado sombrío y lo traslada al lienzo con la maestría suprema de un Teothocópulos.

Y estos hombres hacen tales esfuerzos, que suponen una tenacidad á toda prueba y aun una abnegación ilimitada, sin mira alguna comercial, por enamoramamiento de lo sublime, ansiosos de enriquecer á su patria, de depurar sus gustos y pulir sus nobles aficiones. ¿Imagináis lo que puede ser una visita en compañía de estos hidalgos y de aficionados de la cultura del doctor Navarro ó Peñalva á la catedral, á San Miguel ó á San Pablo, á la cripta sugestionadora del siglo v, que lanza sobre el visitante el frío y húmedo aliento de los siglos; á las capillas del Sagrario, de San Pedro ó de Benavente? Soñad el relieve que pueden tomar á su evocación las rejas repujadas, los inestimables tapices góticos, cuyas figuras delicadísimas, casi aéreas, nos hablan de un mundo caballeresco y gentil ideal; el trascoro, los púlpitos de talla, los trípticos flamencos, la custodia de Arfe y los bordados frontones de altar. Es un delirio, una embriaguez, una fiesta de espíritu inolvidable, tras

de la cual se mira con desprecio á los trenes que pasan, bajadas las cortinas, amortiguada la luz de las lámparas, con sus viajeros soñolientos y sus empingorotadas damas turistas cubiertas de albayalde y de bermellón.

Y esto, en España, á pocas horas de Madrid, en ciudades donde se brinda á los forasteros hospedaje magnífico, vías asfaltadas, alumbrado espléndido, suntuosos edificios, próspero comercio y afectuosa hospitalidad.

¡Oh, nuevos Corintos de Arte y de exquisitez, que encerráis en ánforas de ensueño el alma de la vieja Castilla! Verdaderamente «non omnis licet»; no á todos es dado aspirar el perfume de vuestra diadema, tocar respetuosamente los hieráticos pliegues de vuestro peplo, postrarse ante la huella grácil y redentora de vuestras sandalias...

Palencia.

HUMILITAS

Una de las notas características de Palencia es, sin duda, la sencillez. El pueblo palentino busca por instinto lo ingenuo, simple y apacible, y huye lo complicado y aparatoso. Claro es que, al decir esto, me refiero á la generalidad de las gentes. Hay aquí, como en todas partes, espíritus sutiles, almas atormentadas y caracteres violentos. Pero están en completa minoría. Los verdaderos palentinos son de esta condición bondadosa, apacible y serena, que busca en la normalidad de la vida su mayor bienestar. Podrán caer en la vulgaridad; en la extravagancia y ridiculez, nunca.

Desde que se entra en la población, se adivina que puede ser un bello retiro. No hay allí la agitación de las grandes urbes. A cada paso nos sorprende una página azorinesca. Y todo nos da una sensación intensa de tranquilidad, que podrá ser turbada alguna vez por las luchas políticas, pero que torna presto á su cauce, como las aguas perezosas y adormecidas del Carrión.

No busquéis á las calles nombres aparatosos. Se llaman, si son largas, calle Mayor, y si hay dos de esta condición, á una se le llama la Vieja, y á la otra la Nueva. Las que van á la plaza no se llaman de los Condes de Benavente, ni del Caballo Alado, ni siquiera de Don Eleuterio Crispín de Andorra. Se titulan Primera, Segunda ó Tercera bocaplaza. Otras, indicando su situación, se denominan nada más que de Aquende ó Allende el Río. Porque una señora del siglo XVII puso unas piedras para salvar de su casa á la iglesia los albañales, dió nombre á las «Pasaderas de Doña Úrsula». El teatro no es de Lope, de Calderón ó de Zorrilla: se llama teatro de Palencia, lo mismo que el Casino, que se llama también concisamente de Palencia, en vez de llamarse palanciano, ó de Don Enrique, ó de la Amistad, ó nuevo Club. Cuando interrogáis á las gentes, os contestan, al modo espartano, muy corteses y cariñosas—eso sí—, pero con las menos palabras posibles. La Prensa local, por su parte, no es amiga de retóricas y armas al hombro; es también sencilla, y da cuenta del último sepelio ó del precio de los cereales con una naturalidad y sencillez pasmosas (1).

(1) Después de esto escrito, algunos diarios han cuidado de enaltecer á la Prensa palentina.

Donde esta simplicidad llega á sobrecoger es en el viejo arrabal de La Puebla y en la vieja calle Mayor y sus aledaños. Las casas son las mismas del siglo xvi, pobrísimas, porque en la Palencia pretérita nadie tuvo riqueza, sino una sola personalidad: el Cabildo. Pueblo de aldeanos, construyeron sus humildes viviendas en los llamados «suelos»; espacios de poco más de seis metros en cuadro, cedidos en arrendamiento ó infiteusis. Todas son del mismo patrón, con sus saledizos y sus galerías descubiertas para secar la lana. Esto, las más suntuosas. Las otras carecen de toda ostentación y aun comodidad. Aquello es pobre, mísero, y contrasta con la parte novísima y con los bellísimos edificios en construcción para la Diputación y el Instituto.

Los viejos parentinos se encuentran muy bien con sus costumbres, sus hábitos, sus leyendas y sus prejuicios. Trabajo les mando á los intelectuales, como Palacios ó Peñalva, para sacarlos de su paso mental. La primera fila, que es brillantísima, tropieza siempre con la abulia ó con la rutina. La industria misma es primitiva. Como gran recomendación, anuncian algunos fabricantes que sus mantas, como los chocolates mal envueltos, han sido «elaboradas á brazo». Aquí todo está elaborado á brazo. Brazo nervudo, vigoroso—por de contado—, pero poco dispuesto á adiestrarse en habilidades de carácter exótico. Aquí se llama al pan pan, á la máquina, conductora, y á las piedras de la mitad del arroyo, pasaderas de Doña Úrsula.

Así, las más estupendas noticias son acogidas por las gentes—hablo de las gentes vulgares—con el más maravilloso estoicismo.—Conque sí, ¿eh? Vaya, me

alegre mucho.—Y á otra cosa, es decir, á la misma siempre. Los sabios y los intelectuales de aquí rabian de desesperación. Como si no rabiaran. El trigo baja á 38, y pronto va á estar á 36, y luego á 34. Es el acabóse. ¿Y qué hacemos? Lo más seguro es dejarlo estar. ¡Para lo que ha de durar esta pícara vida!

En la iglesia de Santa Clara apareció, ya hace mucho tiempo, un Santísimo Cristo nuevo. Y la gente lo reverencia yacente en su sepulcro. Es muy milagroso: le crecen las uñas y el cabello, y hace una infinidad de prodigios por el estilo. Y hay quien dice —y presumo que con fundamento—que es una momia procedente del sepulcro de los Enríquez, en en donde faltó una de las seis con sorprendente oportunidad. ¿Qué más da? ¿No se hacen imágenes de madera? Pues lo mismo pueden hacerse con momias. Lo que se adora es á Nuestro Señor, lo mismo en un trozo de roble que en un almirante de Castilla.

—¡Pero si adoran ustedes á un almirante!—se les dice.

Y contestan, con su bondad paradisíaca:

—¡Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser!

Todo esto es sencillamente encantador. Yo he acompañado hasta un convento á un doctor que iba á hacer su visita á las monjas. Hemos pasado por unos patios poética y santamente vetustos, con unos bellos emparrados, un brocal roído por las lluvias y un viejo empedrado, que parece esperar que vengan en las horas de soledad á posarse en él bandadas de palomas. El doctor ha tirado de una cuerda; una voz argentina ha hablado por el torno. Luego se ha abier-

to un desvencijado portón, y el doctor ha entrado, no sin dejarme ver un interesante lugar, mezcla de zaguán y de locutorio, en cuyo fondo se cruzaban los espléndidos y espesos ramajes de un perfumado huerto conventual. Desde fuera he escuchado palabras dulces y contritas, acentos femeninos dulcísimos, consejos paternales, toda una escena intensa y prodigiosa de «Canción de cuna». Por fin, ha tornado á abrirse el portón, y he visto á las monjitas, cubierto el rostro algunas, deslumbrantes de belleza las otras; he saludado torpemente, como si me hallara delante de una tribuna del concurso hípico, y ellas las pobres, como si no vieran mi azoramiento, han pronunciado queda y piadosamente:

—Vaya con Dios, Nuestro Señor. La Virgen le acompañe.

Y hemos vuelto á pasar por calles solitarias, que se llaman, tal vez, de la Iglesia, de San Miguel, de los Inquisidores, de la Bajada al Río, pensando que no es en los portales, ni en el Ateneo, ni en el teatro, ni en el frondoso prado de San Antolín, ni en el Laboratorio de Navarro, sino allí, en los antiguos feudos del Cabildo, en donde se halla el alma de la verdadera Palencia.

Palencia.

LA LINTERNA

Al desembocar por la angosta calle que se llamó del Cristo de la Victoria, en la plaza de la Catedral, siento el que se aproxima al maravilloso templo leo-

nés un sentimiento que tiene tanto de admiración como de desagrado y molestia. Produce la primera la vista de uno de los monumentos más estupendos que nos pudo legar el arte ojival. Descubiertó por uno de sus flancos y por el frente, dominado por las agujas de crestería de sus dos atrevidas torres, presenta un conjunto de maravillas en portada y en esculturas, arbotantes y contrafuertes, andenes y antepechos, ventanales y ojivas, que sobrecoge y pasma. Se adivina inmediatamente que se está en presencia de uno de los más soberanos portentos de la arquitectura medioeval, y que una población que posee semejante tesoro ha de ser forzosamente para todos los soñadores del Universo una á modo de Meca artística, como Toledo, como Santiago, como Córdoba ó como Nuremberg.

Pero el desagrado se justifica también de sobra. En lugar de procurar á joya tan preciada perspectivas y puntos de vista, parece que las generaciones, una tras otra, han querido obscurecerla, anularla, aplastándola con todo género de aberraciones y absurdos. Y esta sensación acaba por ser tan dominante, que, al concluir de dar la primera vuelta al edificio, se siente el rubor del 98, la tristeza infinita de que los que vienen de fuera, muevan, para juzgarnos, los labios.

Porque la catedral de León es colosal, maravillosa, sublime; pero todo cuanto la rodea indica ignorancia, rutina y barbarie. Ignorancia y barbarie de muchas generaciones seguidas, incapaces de tener ojos, porque tan sólo eso se necesita para no cometer tanta enorme profanación é irreverencia.

Lo primero que se puso frente á la catedral, en

tiempo del imbécil rey Carlos II, fué una fuente monstruosa, merecedora de un cartucho de dinamita. Hay en ella un Neptuno aborrecible, rodeado de angelotes infames, que claman por la argolla. Esto, sin duda, ha parecido poco, y se ha convertido la plaza en un bosque de acacias de bola, inicualemente versallescas, que privan á la fachada del templo de toda abierta perspectiva. Doblados los estribos de la torre del Norte, hay un casucho destinado á depósito de maderas viejas, propicias á incendiarse como yesca, y, tras el casucho odioso y vergonzante, hay luego otros treinta, toda una calle de medio kilómetro, cuyos zaquizamís valdrán entre todos quinientos duros, pero que esconden por completo la catedral, tapiando absurdamente uno de sus costados, el más sorprendente y maravilloso, con cascotes, tejas vanas, corrales é inmundicias.

No puede imaginarse nada más esbelto y delicado que la nave mayor. No hay allí muros, sino nervios, que suben agrupados, se separan, se desparraman y forman una portentosa linterna, con sus polícromos cristales y sus aéreos y sutiles alicatados. Grandiosas ventanas rasgan de estribo á estribo los lienzos de una y otra nave, divididas en cuatro arcos por delgadísimas columnas y bordadas en su cerramiento por calados y aéreos rosetones. De noche, cuando dentro del templo se celebra alguna solemnidad ritual, la linterna gigantesca se destaca en las sombras como un ensueño luminoso. Aquello no es obra de los hombres, sino de los genios del color y la línea. Se comprende entonces la alteza del consorcio del Cristianismo con el genio germano, y la verdad de la afirmación de Ortega y Gasset cuando asegura

que al germanismo contemporáneo está incorporada toda la civilización antigua y media.

¡Poseer una maravilla así y profanarla, como la han profanado los prelados, los cabildos y los curas de misa y olla! A León debieran venir todos los días millares de viajeros, procedentes de todas las naciones del Mundo, á contemplar este prodigio sin precedentes y seguramente sin futuros émulos. Pero es mucho mejor que no vengan á apostrofarnos, á increparnos, á decir por diezmillonésima vez que estamos estorbando en el mapa.

Gobiernos, Ayuntamientos, Corporaciones particulares artísticas, vienen obligados á despejar los aledaños de la catedral, á purificarla, á hacerla que campee como un soberano inmortal á los cuatro vientos. Si hay obstáculos, deben barrerse en nombre de la civilización y del interés público. Comunicaciones fáciles y asequibles á todas las fortunas, hospedajes á la europea, calles aseadas, todo ello y más merece este monumento, que es de nuestra patria gloria imperecedera y que hoy da testimonio de nuestra incultura y nuestra grosería perdurable y empecatada, á pesar de los nobles esfuerzos de la brillante intelectualidad leonesa.

León.

LAS PALOMAS

De la primera imposta para abajo, la catedral tiene la muda impasibilidad de las grandezas muertas: duermen los santos en sus hornacinas sueño de pie-

dra, como los abades y los guerreros en sus sepulcros; amarillea el polvo de los siglos en los desmoronados sillares y en los arquivoltos de las portadas; los bienaventurados y los penitentes muestran sus actitudes pasivas ó hieráticas con muda rigidez.

Pero sobre el cuerpo primero de las sólidas torres, más arriba de los antepechos de los cruceros, donde los rosetones y los ventanales se rasgan en líneas gallardas y sutiles, la catedral palpita. En sus arbotantes, en sus ojivas, en sus pináculos y botareles, late todo un universo ideal. Las pirámides de crestería son copas de cipreses en que susurra el viento; los grupos de columnas y los arbotantes son nervios que vibran, arterias por donde circula la savia roja de un mundo santo, noble y caballeresco. Y las figuras parecen agitarse en sus pedestales, se mueven, hablan, despreciando el hormiguero humano, que, allá abajo, en la plaza, que parece abismada planicie, sigue arrastrando su miseria y su prosa, incapaz de alzar las pupilas á la excelsitud de las cresterías.

Alguien, sin embargo, se atreve á llegar á las claboyas, bordadas de arabescos, á los antepechos de los ábsides y á los remates floridos de las cúpulas. Son las palomas, albas, inmaculadas, las que se ciernen con su vuelo sereno de símbolo inmortal y se abaten en los escondrijos de aquel mundo de cálido granito, cuyas palpitaciones sólo ellas saben y pueden percibir. Y cuando esconden en las enjutas de los arcos sus aleteos ó se acurrucan en las hornacinas, junto á las sandalias de las doncellas ó las armaduras de los cruzados, toda la catedral se estremece de sensualidad. Y en las campanas mismas hay

una vibración sutilísima, algo como el eco de clamores confusos, de gentes remotas ó que se alejan, ó de legiones amorosas que advienen.

Por encima de la mole gigantesca aparecen, mansas, las aves torcaces, destacándose sobre el azulado insondable como emblemas minúsculos. No parecen moverse; pero luego trazan gallardos círculos, dibujados por la inspiración misma que esculpió las curvas de los ventanales, y van á posarse en las cruces de las agujas ó en las puntas de los pararrayos, y allí baten sus alas en espasmo gentil, como un desespero. Tornan, veloces, á elevarse, á gozar de la serena y bienhechora caricia del viento de la tarde otoñal. Y, cuando es avanzado el crepúsculo, lanzan un grito casi imperceptible, como vírgenes pudorosas sorprendidas en sus tímidos juegos, y, en racimos que recuerdan los ramos de azucenas de los campesinos altares, se apresuran á refugiarse en su escondite definitivo hasta que, al alba, las despierte el rudo silabeo de la lengua de bronce y el fresco lujurioso del amanecer con sus cosquilleos de sensación trémula y sus aromosas esencias desprendidas de los cálices campesinos en la noche nupcial.

Ellas, cubierto el pecho agitado por el plumón blanquísimo, como el escapulario de una novicia, capaces de pasar, sin macularse, por todas las escorias, saben cuanto hay de gentil y pagano en el inmenso templo y en sus inexploradas reconditeces. Miran con desprecio las edificaciones contiguas, los adosamientos vulgares é insensatos, los pináculos toscos de la degeneración plateresca, y buscan las agujas finísimas y los encajes prodigiosos en que los artistas de la Edad Media saciaron sus ansias de idealidad y

emancipación. Ellas conocen una por una las angustias, las esperanzas, los enamoramientos que pusieron en las estatuas, en los ángeles y en los dioses; las florescencias de la pasión carnal que llevaron á los capiteles y á las gárgolas, y que no pudieron manifestar en el primer cuerpo, sujeto á la fría y despiadada inspección de las miradas inquisitoriales. Saben cuanto hay de armonía, de sensualidad y de luz en el inmenso poema de piedra. Tratado de Estética epicúrea que la ignorancia y tenebrosidad farisaica quiso alzar á la abstinencia, á las tinieblas y á la renunciación de la vida terrestre.

Quizá alguna vez, cuando en las naves han cesado los ritos y hay en ellas silencio de santuario, penetran decididas y alegres á picotear en las inscripciones latinas de las losas, á rozar con sus alas las figuras polícromas, á posarse en las esculturas yacentes. Una ráfaga de renovación pasa entonces en torno del ábside, cruza sobre el trascoro y se cierne sobre las aras mismas. Y, quietas é inmóviles sobre el barandal de los pulpitos ó en las repujadas verjas de las capillas, prestan las palomas atento oído á los misteriosos rumbos nocturnos, evocaciones magnas, llamamientos definitivos á la vida universal, que se perpetúa, y á los esplendores del alba que, irremisiblemente, habrá de volver (1).

León.

(1) Cuando Rodrigo Soriano visitó León, alguien, riéndose prudente y sabiamente de este artículo, dijo que en la Catedral nunca ha habido palomas. Creo no haber soñado; pero si ha sido así, queda á los leoneses un remedio: ponerlas.

LA TIERRA NEUTRAL

Camino de Nador, hay un cementerio sin nombre ni advocación de divinidad alguna, campo de reposo salobre, á la orilla del mar.

Tiene la majestad augusta de la eterna humildad solitaria. Sus túmulos son montones de arena, impalpable y menuda, como cernido tamo; sus emblemáticos adornos, conchas arrojadas por la marea sobre la candente costa africana, preñada en hervor de resurrección.

Allí duermen su sueño místico hombres de varias razas y confesiones, Hay cristianos, moros y hebreos, y hay también ignorados náufragos, desdeñados por la resaca, que murieron tal vez dibujando en sus labios un rictus impío. Y á todos acogió, benévola y piadosa, en su seno la tierra maternal.

Sobre todos pasa, en las tardes nubosas, abrasador el viento del desierto; sobre todos lanza el Sol sus destellos purificadores. Sobre todos derraman su fulgor apacible las constelaciones en las noches nupciales, cerca de las marismas en que parpadean sus lejanías azuladas los astros solitarios, como un perezoso gusano de luz.

En el estupor de las sombras, arrullado por el isócrono golpeteo de la resaca, parecerá escucharse la paradoja del Alcorán: «—Muertos estabais, y os dí la vida. Del mismo modo que la extinguí, volveré á encender vuestra llama.»

Y, sobre otro montículo, resonará la voz profética de Isaías: «—Despertad y concertad himnos de ala-

banza, vosotros los que habitáis el polvo del sepulcro, porque despertar han los muertos al beso del inmortal rocío.»

Porque aquellos que se odiaron y lucharon en vida hermanos eran en labor y dolor. Uno solo era su linaje, y su corazón no se diferenciaba en el peso de un siclo; y roja era su sangre, como en el ara el licor de la ofrenda, y ázimo su pan amasado con llanto, y débil y tierno su quejido en el vencimiento, como el balido del recental.

Sobrecogidos por el impenetrable y temeroso arcano, aferrados á la supervivencia de esta simiente de dolor, que voltea su pequeñez en el universo infinito, aún piden los hombres á sus agnados, para el reposo eterno, un rincón apacible y una piedra sin mácula. Demandan los unos un dolmen, y los otros un sauce. Éste reclama un ampuloso y huero epitafio, y aquél un solo nombre que no desbaraten los siglos y no se desvanezca en el seno del viento, como en el sueño grave y litúrgico de Escipión.

Codician las húmedas criptas de los templos románicos, en que, sobre lechos marmóreos, duermen varones ínclitos sus sueños de piedra, reclinada la nuca sobre la espada—el cojín de los fuertes—ó el cincelado arcón de piedra caliza, junto á los amplios ventanales, en donde se quiebra la luz en la suave policromía de los cristales bizantinos, que prestan á las naves desiertas un vago ambiente de idealidad.

Y aun otros, aterrados por la inestabilidad que buscó la momia de los Faraones en las entrañas de las Pirámides, piden ser calcinados y que sus cenizas sean esparcidas en alta mar desde la cubierta de un

transatlántico. Su vanidad ha querido tener todo el tumultuoso Océano por féretro, y por psalmo toda la inacabable y magna polifonía de las tormentas.

Pero sabedlo, ¡oh, vosotros enamorados de lo Inefable!: el verdadero lugar del reposo existe en la tierra. Ha sido encontrado por un poeta camino de Nador. Es la húmeda costa en que todos los símbolos se pierden y en que todos los rencores se olvidan en que los túmulos son de arena y las inscripciones de nácar, en que la tolerancia se extiende bienhechora bajo una cúpula tachonada de enigmas.

En el sitio consagrado por la Naturaleza cesárea, desde el cual, apenas si en las horas de pleamar se oyen los estampidos lejanos de las armas, en que, por testimoniar una fe, luchan y se despedazan los hombres.

TIERRA MADRE

Limpio, espléndido, rutilante, todas las mañanas asciende el Sol, como una consagración de fuego, sobre la masa de agua enorme, evocadora, murmurante del perdurable salmo sin palabras, á que, no sólo por lo intrincado de sus luminosas bahías, sino por la grandeza de sus dilatados horizontes, llamaron los viejos latinos *Mare magnum*. Una brisa acariciadora, confortante, aspirada con ansia por los enfermos de cansancio y dolor, pasa flotando sobre las rizadas crestas de espuma, llega á las playas y los acantilados, trepa por las rocas adustas que vieron las primeras

naves semitas, y se esparce sobre La Coruña, ciudad riente, soberana, calzada de sandalias de césped, ceñida de cinturones de rías y coronada de camelias, de rosas, de crisantemos y de heliotropos. El ambiente, ligeramente tibio, perfumado por cálices silvestres y por el ozono que el mar vierte sobre la ciudad á raudales, predispone también al ensueño; faltan todavía algunas semanas para que venga «la bienhechora», la lluvia menuda y fecundante, que caiga tamizada, hecha refrigerante pulverización, sobre los campos lujuriosos, y preste la tonalidad típica, romántica, plena de unción y de misticismo, á la incomparable tierra gallega.

Los soñadores esperamos ese momento para sumirnos en el éxtasis y la devota contemplación de la campiña maternal y plácida. Vemos á Galicia triunfadora y gentil; pero su espíritu queda oculto á los veraneantes, como si temiera ser profanado. Quizás no se adueñaron de él sino aquellos peregrinos de edades pretéritas, que supieron buscar en los cielos luminosos huellas del polvo de las sandalias del Apóstol, y, después de curar las llagas de sus pies fatigados en el hospital de Compostela, se llegaron hasta el sepulcro en que está encerrado un enigma: el de la compenetración de todos los ritos y el del consorcio de la Naturaleza estremecida con lo Absoluto eterno, inmanente. Pero ese espíritu, cuando cae bienhechora la llovizna, despierta en los campos de su letargia, sube por los troncos de los castaños, se mece en la hojarasca, modula en los pedregales de los arroyuelos su rezo contrito, y sobre los techos de rastros se eleva humeante y triunfador á las esmeriladas bóvedas celestes, para volver humanizado,

ó, lo que es lo mismo, divinizado, al seno de la Eternidad.



¡El agua! Escuchad los viejos romances, aprended de coro las alboradas, escudriñad la modulación de la gaita, interrogad á las piedras vetustas, hablad con las plantas cuyo verdor guarda la gama de una tonalidad superior á la de la más inspirada paleta, y sabréis de los manantiales, y de las fuentes, y de los ríos, y de las húmedas praderas, y de los troncos drúidicos; porque el agua es la fecundadora, la imperecedera, la divina y consoladora virgen madre. El agua es sagrada, porque viene del cielo, y á él tiene que tornar después de purificar la tierra. Ella, cuando cae en gruesas gotas, precursoras de la tormenta, hace salir, ahuyentados de los surcos, á los sapos y espíritus malignos; ella, cuando se desliza encauzada, lleva sobre sus ondas la flor emblemática que las doncellas cogen en la noche estival solemne y en la más garrida madrugada «que baila o sol cando nace»; ella, brotando entre las peñas en surtidores de linfa transparente, cura todos los males é inspira el amor á las cosas perennes; ella encierra en el mar palacios de vidrio, y en las rocas el bálsamo que las heridas sana, y deshace en los búcaros los más endiablados sortilegios, y en las gárgolas de los templos ojivales cuenta las más embelesadoras leyendas. Porque ella, con el fuego, simboliza la Naturaleza inmortal, á la cual han de ajustarse todas las creencias ó sucumbir, porque los dioses mismos, cuando no se humanizan, mueren.



He aquí el alma, el *spiritus intus* de Galicia, que no podemos sorprender los viajeros indiferentes, prosaicos, escépticos. Toda Galicia es un solo templo; templo el más grande que imaginaron los versículos de los profetas inspirados; por de contado, mucho más armónico, y severo, y gentil que los que con arcilla y granito acertaron á edificar los hombres. Es un templo vivo, que palpita, que tiene sus tabernáculos empapados en nieblas, en la cumbre de las montañas, y sus hornacinas en las copas azules de los castaños y los *ameneiros*, y sus incensarios y pebeteros, en los cálices de las flores silvestres, cuya pila bautismal es el Océano, y cuyas bóvedas parpadean con el destello de millones de mundos. Y, por ende, sus fieles sienten la nostalgia del misterio infinito; pero aman la vida y aciertan á ser cautos en el placer, porque conocen las miserias humanas, y resignados en el dolor, porque saben de las esperanzas divinas; y así, sus sacerdotes tienen más que de inquisidores, de arciprestes, y saben reír con risa franca y apurar el licor de Baco, escanciado por manos juveniles, después de prestar consuelos eficaces á los moribundos y ensangrentar sus pies, descalzos, para evangelizar á los herejes. Tierra magna, tierra de comprensión, solar de ensueños inmaculados, en donde se cura el cuerpo y el alma, porque es dignificación y alegría franca y jocunda, y, á veces, melancolía redentora, y realidad, y presentimiento.



Y por eso venimos á tus lares, ¡oh, tierra incomparable y bendita!, en peregrinación incesante, á través de los siglos, todos los dolientes y desesperanza-

dos; á buscar el sepulcro, que es cuna, y arrodillarnos, estremecidos, ante el sacrosanto misterio del Grial. Y por eso vendremos nuevamente, una y otra vez, en cuerpo ó en alma, hasta que la dolencia final nos arrumbe y la ley de renovación nos aniquile, recordándote siempre, evocándote en la hora postrera, y diciendo con unción y recogimiento: «¡Oh, tierra llena de virtud, de prodigio y de gracia: bendita tú eres!»

La Coruña.

LAS GALERÍAS

La primera vez que fijé la mirada en las galerías de La Coruña exclamé: ¡Qué cosa más linda! La segunda, dije: ¡Que invención tan sabia! Ahora que las he visitado y estudiado con el cariño y la veneración que me inspiran todas las cosas de esta tierra de ensueño, digo murmurando, como si rezase: ¡Santificados y bienaventurados seáis, miradores románticos, celdas esmeriladas, traslucientes estancias de contemplación y de éxtasis, altares del culto doméstico, por donde entran las auras tamizadas y el aliento de la carballeira y el acre perfume del suelo nativo! ¡Benditos por siempre, rasgados ventanales, que daís al hogar alegría y protección, y al pasajero, la sensación amable de las cosas tras las cuales se esconde el misterio!

Si una orientación equivocada alinease las calles de La Coruña y las trocase en «boulevares» simétricos

cos; si destruyese las galerías y convirtiese las fachadas en horribles amontonamientos de ornamentaciones barrocas, ¡qué desdicha tan grande! Las galerías prestan á la ciudad un encanto indecible; son ellas algo esencial, característico, que no puede ni debe desaparecer. Ante todo, revelan el culto de la luz, que el gallego quiere que penetre hasta el fondo de las más retiradas estancias. El culto de la luz *que saleu pol-a boca do Anxel*, deidad protectora que todo lo fecunda y lo purifica; la luz creadora, *ludí cerealís*, que aún parece reverberar sobre las piedras de los castros y que en el cielo iluminado por el padre Sol, es fuerza redentora, y en la noche estrellada, senda de peregrinos, y difundida en el ambiente, es salud y vigor y enaltecimiento de la Raza.

Y, después, las galerías revelan el amor á la vivienda en que murieron los antepasados y en que juegan y retozan *os nenos*. Porque la vivienda gallega jamás es precaria y accidental: por pobre que parezca, es siempre alcázar solariego. No se olvida jamás, ni en la prosperidad ni en el infortunio: á ella vuelve los ojos siempre el triste emigrante galaico desde las más remotas regiones del Globo; á ella torna cuando puede, fatigados los miembros, cubiertas de nieve las sienes, para descubrirse ante sus remozados muros ó arrodillarse ante sus escombros. Y á esa casa hay que protegerla de las furias del temporal, de la humedad de las invernales mareas vivas, de los ultrajes de los malhechores y de las *meigas*, y, con cariño paternal, se la antepone un espacio cubierto de maderas y vidrios, especie de trinchera y atalaya y fuerte, que aísla, cuando es menester, del Universo, y pone en comunicación con él, sin más esfuerzo que

el que hace una mano adorada para alzar un fanal movable y un rostro al dibujar una franca sonrisa, ante la contemplación de la inmensidad.

Y allí, en el espacio ni muy reducido para ser cárcel, ni demasiado amplio para que inspire tedio, se dilata el hogar, para que los niños puedan jugar aspirando el olor de las rosas campestres y de las brisas columpiadas en sus lechos de espumas, y las mujeres puedan asomarse sin menoscabar su recato, y los enamorados, suspirar solitarios *as noites de luar docísimo*, y los viejos leer en las tardes grisáceas las obras inmortales de Rosalía y Curros, ó deleitarse con la admirable prosa, regeneradora del castizo romance, de Valle Inclán, de Linares Rivas, de Vicenti, de Pérez Lugín, de Valcarce y los cien escritores que son ornamento y galardón de la literatura netamente española.

¡Oh, galerías prodigiosas! Para el viandante sois el misterio; es decir, el encanto, el prodigio, el vello-cino de nubes azules, tanto más deseado cuanto nunca se ha de alcanzar. Yo llevaré á otras tierras más áridas y desconsoladas, de vosotras un místico recuerdo, y en las horas de añoranzas y de abatimiento melancólico, os veré con los ojos cerrados, diamantinas, transparentes, bañadas por la luz de la Luna, impregnadas de brisas empapadas en nieblas, soñando que detrás de vuestros ventanales hay una mujer ideal que aliña con casto y espiritual abandono

os seus cabelños, com'ouro enxebre.

La Coruña.

LAS CANÉFORAS

Acaban de ser concedidas en La Coruña las dos primeras licencias municipales para ejercer el oficio penoso de mozo de cordel. ¡Cómo!, se dirá: ¿no hay en Coruña demandaderos? Sí, amigos míos: hay demandaderos, porteadores, «palanquines»; lo que se llama literalmente «mozos de cuerda», no. En Madrid, el mozo de cuerda es un desgraciado racional de carga, una especie de Atlante, sobre cuyos hombros se coloca todo aquello que le parece bien al particular que lo utiliza, y que lo mismo transporta un aparador, que dos baúles, que un juego de armarios. Aparte esta poco desembarazada ocupación, llenan las calles hombres de las más bizarras indumentarias, cargados á lomo con los bultos más graves y diversos. Las gentes suponen que todos son gallegos. «Cargar como un gallego», es un modismo tradicional, aunque, á decir verdad, son muy pocos los hijos de Galicia que echan sobre los hombros fardos, muebles, sacos y mercaderías.

En Coruña no ocurre tal. Los equipajes de mediano volumen, como los de grandes medidas cúbicas, son transportados en carros ó en la imperial de los carruajes-ómnibus. Cuando son de número escaso ó pequeños, van colocados sobre un armatoste con dos largueros á modo de varas y dos pequeñas ruedas y transportados así, empujados por manos no siempre masculinas. Cargar grandes masas sobre los hombros queda para los héroes de circo y, alguna vez, para los mozucos del muelle. El gallego no es

una acémila, y jamás gusta de caminar agobiado, sino recto y erguido; tiene un instinto de superioridad étnica que sólo pierde lejos de su país, cuando la miseria y la injusticia de sus semejantes lo colocan en condiciones de notoria inferioridad.

En cambio, las mujeres, haciendo gala de un vigor que es orgullo legítimo de la Raza, llevan por campos y ciudades pesos que abrumarían á más de un aficionado á los deportes. Pero no colocan estos objetos nada livianos sobre su espalda, como las pasiegas, ni mucho menos sobre sus caderas, como las castellanas. La pelvis de la mujer es sagrada; es el arca de la fecundidad, que no puede ser deformada por el esfuerzo inútil. La mujer gallega lleva todo sobre su cabeza. Lo mismo si se trata de una pieza de tela sutil que de un gran cesto de pescado ó de fruta, es la cabeza la que aguanta la presión con una impasibilidad y una fortaleza que asombraría á los pocos duchos en Anatomía. Porque el cráneo es más fuerte de lo que se supone, y puede sufrir un peso muy considerable, cuando este peso gravita por igual sobre las grandes apófisis óseas y es llevado sin oscilaciones ni sacudidas de un modo premeditado y hábil.

Que tal costumbre no estorba al crecimiento, lo pregona la estatura media de la mujer gallega, muy superior á la de otras regiones y aun á la varonil de las provincias de Toledo, Soria y Guadalajara. No sería prudente jurar que tal hábito puede ser rigurosamente higiénico; pero, desde luego, tampoco es profundamente nocivo, porque no es sólo el peso, sino su colocación lo que le hace de conducción penosa y, en la cabeza, ni aplasta músculos delica-

dos ni gravita sobre un solo punto. Únicamente pudiera padecer la cerviz si no lo evitara una habilidad que jamás la desvía de la posición vertical, condición muy necesaria, por otra parte, para conservar á la mercancía su equilibrio y aplomo.

Y es maravillosa la soltura, la majestad, la helénica gracia con que las «marusiñas» llevan sobre la frente sus vasijas, sus cestos de mimbre, sus cajas de pescado, sus útiles y menesteres de todo género. No pueden ser comparadas sino á las hembras semidivinizadas á que Grecia llamó «caneforos» é inmortalizaron los mármoles de Policeto y los frisos del Partenón. Como ellas, tienen las porteadoras galaicas la armonía de líneas, el ritmo de la marcha, el suelto ademán, la figura erguida, la gracia incomparable. Mujeres de rostro curtido por el aire y la luz de los campos, agobiadas por la edad y el esfuerzo, avejentadas por los sufrimientos implacables, caminan esbeltas, ágiles, olímpicas; son las nuevas canéforas, que llevan sus ofrendas al moderno dios Pan, á nuestro señor todo el mundo; que no se inmutan ni ante la lluvia, ni ante el vendaval, ni en la adversidad, ni en el infortunio, y, que, en los días de bienandanza, aportan los sabrosos manjares de sus predios á los habitantes de la ciudad y retornan con el pienso para los ganados ó los abonos para los maizales, y, en las épocas desventuradas, conducen los restos de su miseria ó el producto de sus brazos torneados y hercúleos como los útiles del propio sacrificio. Siempre resignadas, perpetuamente valerosas, perdurablemente severas y dignas; porque saben que hay que ayudar al varón cuando permanece en la tierra nativa, ó sustituirlo cuando emigra, y sacar adelante á los ra-

paces, que han menester de todo el esfuerzo y cariño maternal.

Y por eso, desde muy pequeña, la mujer gallega se acostumbra á llevar sobre su cabeza las herradas luccientes y bien proporcionadas, como ánforas, ó el cestillo tejido de mimbreras, que recuerda los capiteles de las viejas acrópolis. Y son de ver entonces las delicadas y tiernas rapazas, graciosas, gallardas en su andar desembarazado de antílope, con su trenza bajo el pañuelo de vivos colores, su justillo, su falda plegada con instinto pictórico y sus pies descalzos ó encerrados en primorosas zuecas. Eclipsan á las canéforas mismas porque no necesitan elevar sus brazos para sostener la cantarilla, el cesto ó la caja de los utensilios, sino que los dejan caer encerrados en sus mangas amplias de lino inmaculado y oscilar en gracioso columpio, mientras los pies avanzan, fuertes, ágiles, animosos, seguros de no descomponer con sacudidas innecesarias el ritmo de los movimientos ni el soberano plasticismo de una figura digna de ser reproducida sobre las canteras de Paros por el más inspirado y docto cincel.

Y, á su lado, marchan por la ciudad las pescaderas, lanzando su grito gutural sobreagudo, que termina con una nota grave y semitonada como una breve y expresiva lamentación. Y con ellas se cruzan las aprendizas de los talleres, figulinas ataviadas con arreglo á los últimos modelos extraños, que no desdennan, sin embargo, cuando son precisas las manos para saludar á sus conocidos, en poner sobre su cabeza el retal, sin alterar por eso su perfil, digno de ser reproducido en anversos de medallas de Clunia.

He aquí las modernas canéforas, llenas de espiritualidad y de unción. Allá en los tiempos anteriores al esplendoroso siglo de Pericles, sólo se colocó sobre la cabeza lo que era sacrosanto y propio de los dioses y de las aras. No ha cambiado, en verdad, la esencia de las cosas, y por ello me inspiran reverencia las ánforas modernas, las cajas de madera y los cestos tejidos de mimbres. Sobre la frente de la mujer gallega, todo es sagrado.

LOS RAPAZUELOS

Luengos y dilatados días viva quien, no ha muchos, lamentóse en estas columnas del exceso en La Coruña de chiquillería pululante y aun maleante. Un gran cronista coruñés—no sé si Tella ó Fernández Flórez—escribió un más que donoso artículo, cuya síntesis pudiera encerrarse en estas palabras: Dios dijo á los humanos: «Creced y multiplicaos»; pero no «Creced y elevaos á potencias.» Á fe que no habrá de apurarse Europa, después de la guerra, por la escasez de nuevas generaciones. ¿Tienen las naciones beligerantes sino acudir á La Coruña? Ella les henchirá las medidas enviándoles seis ó siete millones de rapaciños de los que, sin duda, cobija el caserío, á juzgar por los que tropiezan con el viandante desde la estación á los altos de María Pita.

¡Oh, y cuán sana alegría me produjo la irónica hipérpole! Por si algo le faltaba para ser soberana,

incomparable, única, Coruña es la ciudad de los niños, como lo es Milán de los pájaros y Venecia de las palomas. ¡Los niños! ¡Pero si nada hay más subyugador y atractivo! Yo los adoro, entre otras razones, porque no son hombres. Son la esperanza, la promesa, la alegría, la fecundidad. Los que no somos bastante divinos para dejar que vengan á nosotros, debemos ir á ellos, con la risa en los labios y las manos llenas de ofrendas. ¡Gloriosa ciudad la que es toda un hogar maternal y un enorme falansterio infantil! De ella será el reino de la Tierra y la república de los cielos. Ella, si es pecadora, será salva; si es destruída, será reedificada, como una nueva Jerusalén.



Un admirable Boletín de la estadística municipal, tan completo que no lo tienen más detallado las capitales de más alta importancia, nos dice que, en el último mes de Mayo, hubo en la ciudad ciento y ochenta nacimientos, y que sólo murieron cuarenta y ocho menores de cinco años. Esta última cifra parece, en verdad, excesiva; pero, en París, en época normal, mueren antes de los cinco años el 35 por 100 de los niños nacidos; en algunas capitales de España, el 40, y en Madrid, ¡el 52! ¿Qué significa, pues, ese 27 por 100 de La Coruña? Esta cifra demuestra que una de las causas de que haya en la capital de Galicia muchos niños es, aparte la poderosa fecundidad de la raza, fuerte y vigorosa, el saber los padres cuidarlos, porque la puericultura aquí es instintiva. Esa misma estadística, al agrupar por distritos las defunciones, demuestra que, sin la miseria de los barrios

extremos, á remediar la cual acuden ya todas las energías sociales. Coruña tendría una mortalidad infantil insignificante. ¡Tener muchos hijos y saber cuidarlos! ¿Hay blasón más limpio en algún otro pueblo? Decir que una ciudad tiene muchos niños es declarar que merece tenerlos. ¿No es este el argumento que se da en favor de las razas de más vigorosa fecundidad?

Y luego, los rapaciños gallegos... no son, no, como los niños de otras regiones, atolondrados, impulsivos, rebeldes, tocados á cada instante de «o mal do demo». El niño gallego, singularmente el campesino, en fuerza de hallarse en contacto con la Naturaleza ubérrima, simbólica, mística, es más tierno, más sensible, más pronto á identificarse con el misterio eterno de las cosas, á elevarse al presentimiento de lo absoluto y de lo eterno. Es más reflexivo que en las comarcas meridionales. Todo el mundo sabe que, aunque no por ley, por la naturaleza, pudiera gozar de la mayoría de edad á los diez y siete años. No parece sino que, desde pequeñuelo, se ha percatado de que, sobre su raza, pesa una grande, una abrumadora injusticia, y que esta presciencia, unida á la unción que inspira el culto de la Naturaleza inmortal, da á su espíritu una elevación seria y digna á ninguna otra comparable.

Quien escribe estas líneas conserva una colección muy interesante de instantáneas fotográficas obtenidas en la región por viajeros observadores y perspicaces. En ellas hay muchos repaciños, todos serios, graves; pero al mismo tiempo, no decaídos, sino fuertes, vivaces y animosos. Ninguno baila el «two steep» agitando los codos: son rapaces gallegos de

veras. En una instantánea se ve á un niño que apenas cuenta siete abriles quieto delante de una yunta, pensativo, apoyado en su aguillada como un César en su mandoble; parece ensoñar con leyendas de grandeza y de poderío, mientras rumian los bueyes pacíficos, en cuyas pupilas enormes, dignas de ser cantadas por Lecomte de L'Isle, parecen también resplandecer azulados embrujamientos de hadas feiticeiras; en otra, una diminuta rapaza lleva sobre su cabeza la ferrada, con ese desembarazado y majestuoso andar bíblico que únicamente pueden comunicar á sus retoños los pueblos elegidos. Y en todas, la infancia gallega se muestra reflexiva, adivinadora. Aquí se representa en un zagalillo que apoya su barbilla en el puño, tal vez en espera de aquella señora que «a noite baixa por lo areal», y que no es sino la madre del Crucificado; allá son tres ó cuatro hermanitos que, reclinados en un ribazo, se cuentan historias de una princesa enamorada, que bien puede ser aquella Rosalinda tendida en lecho de rosas «de color da neve». Siempre la majestad prematura, la dignidad campesina en flor, la presciencia de lo grande en lo corto y simplemente pequeño: Galicia, en fin, que es una niñez de horizontes de azul y amaranto, que desde el origen y la cuna sufrió y resignada espera.



Descubrílos: pasan los niños; pasan los hijos de la tierra dolorida, vilipendiada, que, acaso mañana, purgarán nuestras culpas derramando su sangre inocente; que tal vez nos perdonarán nuestros extravíos

y concupiscencias arrojando su benevolencia sobre las losas que han de cubrarnos; que, de seguro, hallarán la fórmula que ha de resolver los actuales conflictos, y, esculpiendo con su labor una patria nueva, enaltecerán á Galicia inmortal, á la tierra madre

en que falan os anxeles é os nenos.

La Coruña.

LA RAZA SANA

Uno de los espectáculos más vergonzosos que ofrece Madrid á sus visitantes es el tormento de los animales que tiran de los carros de arrastre; mulas esquiladas, flácidas, *tantus pellis et osa*, se rinden á la abrumadora resistencia de pesos enormes; desfallecidas de hambre, de cansancio, de agotamiento, caen sobre el empedrado en ruidoso y, al parecer, definitivo desplome. Y entonces comienza, en plena población que se llama culta, la bárbara faena. Un patán, un hijo de buena mujer en ocasiones, esgrime una vara de fresno y administra al medio aniquilado animal la paliza más horrenda que imaginaron cabos de vara ni soñaron inquisidores. El solípedo recibe aturdido los golpes en las orejas, en el vientre, en medio del cráneo; alza la cabeza en supremo esfuerzo y la deja caer nuevamente sobre el asfalto con un golpe sordo, capaz de estremecer las más empedernidas entrañas. Un corro de zafios espectadores palmorea

ó permanece mudo, en espera de que la mula se levante, alegando que es para ver «en qué para aquello».

Y las autoridades, que casi nunca son madrileñas —dicho sea en honor de la corte—, como no suelen serlo los carreteros, no parecen por parte alguna ó pasan con sus uniformes vistosos luciendo las más escandalosas barrigas que contornearon pinceles flamencos. Son los mismos representantes del «orden social» que toleran los escándalos nocturnos, sin ejemplo en lugar alguno del planeta, ni aun en el más salvaje villorrio; las que no saben evitar que los toros de lidia se desmanden y siembren los paseos de víctimas; las que organizan las verbenas en unión de los taberneros y explotadores de rifas y ruletas; las que no entregan á los jueces á los tahoneros que defraudan, porque les es más provechoso denunciar las tahonas y anular después las denuncias; las que organizan bailes en sus domicilios alguna vez á las tres de la madrugada y detienen á los vecinos que protestan; las que, en fin, ahuyentan de Madrid en el verano á todo el que tiene dos pesetas y no encuentra descanso, ni orden, ni tranquilidad en el lugar en que ha nacido.

La Coruña, que impone cuantiosas multas á los escandalizadores y que ha conseguido que se cumplan en su recinto las Ordenanzas municipales, no necesita adoptar medida alguna para que sean tratados los animales con la piedad y aun el cariño que hacia ellos sienten todos los espíritus de selección. Ante todo, no se ven aquí los pesadísimos armatostes que necesitan cuatro caballerías en absurda reata, criticados no ha mucho por una revista popular

inglesa. Pero lo más digno de observación es que los bueyes no son uncidos por la cornamenta, barbaridad cruel que hace descansar todo el peso de la carga sobre la cabeza y exponer á un quebrantamiento definitivo á las vértebras cervicales del rumiante. Los tirantes son enganchados á un collarín, y la yunta camina desembarazada, suelta, rumiando tranquila, no fatigada y agobiada, como en Madrid, y jamás aguijoneada del modo enconado é inaudito que hace que las pieles de nuestro país sean menospreciadas en los mercados europeos.

Y luego, cuando es preciso detener la marcha para que la yunta descanse, el boyero cuida de colocar bajo la lanza de la carreta un grueso madero, que sirve de puntal; y contempla al ganado con amor, como algo que es prolongación de su hogar y de su familia. Porque la vaca, el buey, la mula y el asno son en la campesina vivienda seres que comparten con el labrador las alegrías y las penas, que trabajan con él, que acompañan á la mujer y que juegan con los rapaces; son, en fin, seres vivos que merecen la conmiseración, el respeto, el afecto sincero á que son acreedores todos los organismos sensibles, que son ornato de la Naturaleza y prueba de la eterna sabiduría que preside á la Creación.

¡Oh, si hubiera triunfado Prisciliano! Condenado por el Concilio, sigue vivo en el instinto galaico. Druída, budhista, cristiano, panteísta y propagador del evolucionismo orgánico y espiritual, se juntaron en el heterodoxo inmortal los fundamentos perdurables de todos los cultos, las esencias invariables de todas las creencias, soldadas en síntesis superior y total por la devoción á la Naturaleza germinadora.

Los animales, como las plantas, como los mismos seres inorgánicos (los ríos, las fuentes, las rocas), tienen su espíritu capaz de perfeccionarse y transmigrar en incesante evolución ascendente. No hay un dios dentro de un buey humilde, como el Apis, ni de un elefante blanco, como el que lleva en sus entrañas al poderoso Brahma; pero todo animal encierra un principio de individuación capaz de sentir y aun pensar y evolucionar en el tiempo y de ejercer sobre los mortales un favorable ó pernicioso influjo. Yo quise explicar esta santidad del animal doméstico en «La vaca muerta». Después de saborear el triunfo de «Misterio», en que se enaltecía á la mujer, al hogar, á la virtud y á los seres inferiores que nos ayudan en nuestras labores cotidianas, tuve que retirar la obra de la escena. No iban las gentes adineradas. ¡Si hubiera sido á las corridas nocturnas, al cinematógrafo truculento de ladrones y policías ó á las luchas de gañanes en cueros!

No importa. Cuando no haya luchas, la dignificación del hogar, el enaltecimiento de la mujer propia, abnegada y doliente, la compasión por los animales domésticos sobrevivirá. Quien hoy nos repudia quizá nos buscará pasados los siglos; porque los hombres no son nada: su gloria es precaria, su nombre un sonido. Pero su labor, cuando es educadora, se incorpora al progreso universal, y lo verdadero, lo justo y lo bello se imponen á las barbaries más arraigadas y acaban por triunfar de todas las estulticias y de todos los atavismos.

El amor á los animales y á las plantas es en Galicia la nota más simpática, más noble y elevada que encuentra el viajero; sólo por ella valdría la pena de

emprender el viaje á esta incomparable región ideal. Yo no sé lo que prepara el Destino á nuestra nación, terminada que sea la espantosa guerra, la hecatombe sin precedentes que desconsuela al género humano. Pero, en la lucha por la existencia, no desaparecen los más fuertes de espíritu; no se extinguen las razas vigorosas ni los pueblos que aciertan á identificarse con las leyes que parecen inescrutables de la vida. Galicia no perecerá; impuso su alta comprensión ideal, su sentimiento de la Naturaleza, su panenteísmo á los celtas, á los romanos, á los suevos, á los árabes, á los cristianos y á los reformadores. Lo impondrá á quienes crean sojuzgarle por haberse apoderado de su territorio. Por eso, mientras rugen Attila, y Alarico, y César, y Verangetórix, en el fondo del sepulcro simbólico y renovador de Santiago, Prisciliano sonríe.

La Coruña.

SANTUARIOS DE PEREGRINACIÓN

Nuevamente ha llevado á Zaragoza la fiesta de la Advocación á millares de peregrinos. Pero ¡qué diferencia entre estos peregrinos que viajan en *sleeping*, se alojan en los más confortables hoteles y asisten á los espectáculos provistos de anteojos prismáticos, y aquellos de antaño que, á pie desnudo, se lanzaban por los caminos enfangados ó polvorientos y sufriendo las inclemencias del sol, de la lluvia, del granizo ó la nieve, caminaban centenares de leguas, alimen-

tados con pan de centeno ó maíz y soportaban todo género de penalidades y aun martirios para llegar rendidos, jadeantes, casi exánimes, desgarradas las vestiduras y flageladas y sangrantes las carnes, á las puertas mismas del Santuario, satisfechos de haber cumplido el piadoso voto y ofrendado tal vez su vida miserable al triunfo de la religiosidad y del patriotismo!

Ser hoy peregrino es harto fácil. Se come y duerme en ruta, y en pocas horas se llega al lugar santo... y no se siente emoción alguna. Luego se regresa y se repiten de coro, á lo sumo, dos ó tres anotaciones del *Baedeker*. Palestina misma tiene ya su ferrocarril, y lo tendrá muy pronto la Meca. ¡Jerusalén, quince minutos! ¡Qué grito tan estridente y tan prosaico! Sin embargo, hay un lugar adonde todavía se acude en España con verdadera fe: es el Pilar de Zaragoza. Nada ha podido quitarle su atractivo, sencillamente porque no tenía otro que la fe misma. Allí no hay montañas abruptas, ni cuevas legendarias, ni prodigios arquitectónicos, ni efectos teatrales. Allí no hay sino una sola cosa magna: el Pilar y, sobre él, el alma de la raza española, buena ó mala, fanática ó creyente, gigantesca ó mezquina; pero iluminada, fervorosa, heroica, mística, inmortal. Y al Pilar no van *turistas*, sino los verdaderos ortodoxos, á postrarse de hinojos y á murmurar su devota plegaria ante la columna incommovible.



Covadonga es la Historia; Monserrat es la Tradición; Santiago es la Civilización española; el Pilar

es la Fe. No puede ser jamás comprendido sino por el creyente, y allí es donde encuentra su ideal abstracto.

Yo he visitado Covadonga; pero no he llegado hasta sus abruptos en ferrocarril, sino en coche, á caballo ó á pie. Todavía no habían profanado el incomparable panorama las edificaciones poco afortunadas que lo desfiguran con sus lindezas almibaradas y sus alburas de confitería. Libre y hosca se mostraba la gigantesca cueva, á cuyo frente se encrespaban las cumbres y derrumbaderos de Hines, y sobre cuya tenebrosa oquedad se alzaba la cúpula inmensa de la montaña heroica. En su fondo, se infiltraban las aguas del Diva para brotar con ímpetu espumajante y desgajarse, rocas abajo, en rumorosas y lucientes cascadas. Allí, frente á los Picos de Europa, donde rugió, con el osezno, el primer restaurador visigodo, todo se mostraba evocador y grande. No era menester la creencia para que ya la emoción sugestiva llegara á su límite. Allí, todas las voces se apagan, todas las frases se hacen quedas, todas las pisadas, cautas, todas las miradas se atonizan. Covadonga es demasiado grande, y allí donde se perderían como gemidos debilísimos los acordes de mil clarines y el fragor de cien cañonazos, se teme hablar demasiado alto, como si fuera un crimen de lesa idealidad quebrantar el secular y augusto silencio de las moles gigantes de piedras.

Montserrat es distinto. Todo parece allí dispuesto para la plasticidad de la leyenda; Covadonga es Pelayo; Montserrat es Garín. ¿Qué importa que haya ó no existido? Las peñas son más teatrales, almohadilladas simétricamente como las de Prebiskegel y La

Rastei en la Suiza sajona, hendidas, arañadas como por una garra gigantesca. En noche tempestuosa, Monserrat inspira pavor y un cierto pasmo trágico en el cual encuadran como en su propio marco los genios artísticos de Balaguer y de Bretón. Se cree ver, á la lividez del fulgor intermitente y cárdeno, pasar la sombra errante y desesperada del fraile perjuró, sacrílego, violador y miserable homicida, reclamando en vano piedad para su horrendo crimen. Las cruces de hierro parecen haber sido colocadas para aumentar la sensación de la escena final de arrepentimiento y de apoteosis. Sin la grandeza religiosa, Monserrat atrae por su aspecto artístico, de romance áspero, de trágica leyenda, de plástica encarnación poemática. No es Covadonga, ni el Pilar: es otra belleza sublime aparte.

Y Santiago... Santiago lo es todo; pero principalmente elevación artística. Santiago es la España recia, iluminadora del Orbe. Al llegar al Santuario, se ven en la plaza simbolizados los cuatro agentes magnos del florecimiento español. La Universidad incomparable, la central de vida, *alma mater*, sinobia interna de la denominación espiritual sobre dos mundos; la Catedral, incomparable, única, impregnada de un espíritu que asocia lo natural á lo divino en consorcio superior á todas las concreciones dogmáticas; el Hospital, emblema de la nueva investigación y fuente de las primeras presciencias sociológicas; el Ayuntamiento, que evoca la obra tenaz de la municipalidad y de sus emancipaciones definitivas; y todo ello realizado por la inspiración sobrehumana, por el arte puro y severo, por la exaltación que llevó á emperadores, reyes, príncipes, duques, papas, obispos,

santos, guerreros, trovadores, artistas, mujeres y niños á las gradas de Compostela á curar sus llagas en el hospital bienmisericordioso y á postrarse de hinojos ante el pórtico de la gloria. Santiago lo es todo. Allí, las cenizas del Apóstol palpitan: son ciencia y son fe; son piedra y madera, y lienzo y oro, y orfebrería; son plantas verdegueantes y arroyos que psalmodian sobre guijas la estancia inmortal; son cantos y costumbres, y romances, y dichos, y agudezas, y bosques rumorosos; y aguas encantadas, y esmeriladas brumas, y cielos estrellados. Cuando no vayan allí fatigados los cuerpos, seguirán enderezando sus pasos sin rumores hacia las piedras santas, ablandadas por los dedos febriles de los inspirados artífices y hacia las síntesis gloriosas de la ciudad madre y maestra, peregrinadoras las almas.



El Pilar no tiene sino una sugestión única, invencible, pero aislada: la Fe. Una ciudad como otras; una calle que habéis encontrado en poblaciones análogas y cuyos comercios os recuerdan otros semejantes. Una glaza ni grande, ni pequeña, ni monumental, ni pobre, ni bella, ni ridícula. Y allí, á dos pasos del mercado, un templo que no nos subyuga con sus líneas arquitectónicas, ni despierta la menor sugestión artística con sus torres y sus cúpulas de tejas de colores; entráis, y no sentís el pasmo que infiltran en la medula Reims y Burgos, y León y Santa Sofía; allí no hay para leer páginas ancestrales, ni leyendas, ni romances, ni perspectivas estudiadas.

Pero allí está... *El Pilar*.

Y unos peregrinos, muy pocos, quedamos fuera desencantados, y los más entran sobrecogidos, besan la Piedra, oran y se postran y vierten el llanto abrasador de la Fe.

De la Fe, sumisa, ciega, tenaz, resuelta, incoercible, que ha movido las cumbres y volverá á moverlas, que ha hecho vacilar á las naciones fuertes y las hará oscilar de nuevo. La Fe, sola, irreductible, avasalladora, acerca de la cual quedan todavía por hacer tantos libros...

LA ALBORADA DE LA MERCED

Quise ver la velada. Me había figurado una fiesta alegre, ruidosa, que tuviera algo de aragonesa y de musulmíca; con punteados y rasgueos, coros y plegarias; con algazaras de ferial y suntuosidades de templo; que oliese á pólvora y á clavelones levantinos, á tocado de mujer y á flor de naranjo. Y me encontré con calles oscuras, tortuosas, semidesiertas, sin más luminarias que las de los astros lejanos, ni otras parrandas que las que preludiaba el viento del Morrón y de Monteagudo al columpiar las ramas de los geranios en las rejas muzárabes.

Sobre el suelo, cubierto de finísima arena, discurren inquietas sombras. En los balcones, se adivinaban grupos de mujeres prendidas de dalias. Cruzábanse arriba oriflamas y gallardetes, pero sin color, como líneas medio borradas por la obscuridad de la

noche, como encintados y nervios de un . bóveda que no tuviese ningún creyente ni cobijase á ningún dios.

Y así llegó la media noche. Me invadía una amarga tristeza. De aquella raza creyente y fanática no quedaba ni rastro; de aquel pueblo murciano, enamorado de la luz, como la libélula, y del estruendo, como el tigre, no había ya señales. Todo estaba ya muerto, como sus maravillosas leyendas, como sus tradicionales costumbres. El espíritu levantino no daba más de sí que obscuridad, silencio y duelo.

Sonó una campanada en la torre; después, otra; y, al acabar de sonar las doce, el susto, el pasmo, la congoja, disputaron en el corazón el lugar al asombro y á la admiración entusiasta. Fué algo primitivo, semibárbaro si se quiere, pero grande, atrevido, prodigioso. Súbitamente, la calle convirtióse en un torrente de luz, reflejada por millones de prismas; las campanas voltearon con toda la intensidad de su sonería, y un estallido horrible, inenarrable, apocalíptico, pareció estremecer el cielo y la tierra.

Más de doscientas atronadoras bombas y *doce mil* cohetes fueron disparados *á un tiempo*. El cielo parecía una red de fuego, y las bengalas, con su luz rojiza, convertían el arrabal en inmensa hoguera. Y como si aquel tremendo estallido no saciara el ansia de aturdimiento loco de la muchedumbre, rompiendo en un fuego, sólo comparable al de cien baterías, por los bordes de los tejados y las barandillas del balconaje, corría la *traca*, reventando en dos mil explosiones, como de calderas que estallan y de montes que se derrumban, sobre aquella muchedumbre serena, sonriente, enamorada del peligro, para la

cual tanto y tan inusitado fragor era pequeño ante un solo latido de su corazón de gigante.

Deslumbrado, sobrecogido, como ante la súbita ignición de un volcán, sintiendo en la garganta anudarse la angustia, y en las pupilas asomar el lloro, incapaz de resistir el cambio instantáneo de las tinieblas al deslumbramiento y del temeroso silencio á la explosión de la tempestad y del cráter, quedé incapaz de moverme durante un minuto. Y luego, miré. El templo mostrábase abierto, y resplandecía en luminarias; el humo del incienso salía por sus puertas en azuladas nubes, y un coro de niños, de albas vestiduras, entonaba la salutación del arcángel. Y era en las naves tal el esplendor de las sacerdotales vestiduras, cuajadas de oro y pedrería, y eran en las calles tantas las luces y tales los acordes, tan espléndidos los adornos y colgaduras, y tan hondo el fervor, que allí era todo templo; templo que se extendía hasta la misma huerta, sin que fuera posible decir á los labios dónde acababa el dominio del hombre y dónde comenzaba el fuero de la Divinidad.

Todo resplandecía: bombas incandescentes y arcos voltaicos, cirios y vidrierías, prismas y galas; y, ante aquel hormiguero de luces, los huertanos descubríanse con unción fervorosa, como en la nave de San Pedro los magnates, al ser bendecidas las palmas; y, sobre sus cabezas desnudas, pendían guirnaldas de flores de cáliz inmaculado y níveo, como pendían las campanillas de plata cincelada á buril, en la procesión majestuosa, de las andas del Gran Misterio.

Y cuando, al cerrar sus puertas el templo, la religión hubo cobrado su tributo de reverencia, al son

de acordadas y acompasadas músicas, bajo un túnel de luz y de verdura, sobre la fina arena, que parecía una alfombra de nereida, comenzó á pasear su andar rítmico y soberano la innúmera falange de mujeres hermosas, es decir, murcianas, de aspecto helénico, de ojos como carbunclos é incomparable gallardía. Y entonces fué cuando, ante la contemplación de tanta belleza sublime y de tanta majestad subyugante, fué mayor el deslumbramiento, y el pecho, más oprimido todavía, precipitó su fuerte latir.

¡Oh, fiesta sin rival y sin precedentes! En ti vibra ese genio de la huerta murciana que arranca en la noche su suspiro al cañaveral y dormita entre los azahares, y se ciñe con peplos de rosas orientales, y se alumbra con espejeantes hormigueros de estrellas. Dormida en el pasado, de que has de despertar, obscurcida por impostores, detenida en la senda del progreso por explotadores y por tiranos, todo te lo perdono, región sublime. Y, atrasada ó moderna, envuelta en randas y ornada de caireles, con ímpetus arábigos é impulsos celtas, pero siempre arrogante y magnífica, como los genios que alzaron tu contrapareda, como los fieros nómadas que dejaron su esfuerzo viril en tus surcos y acequias, con la bondad del ángel y el enloquecimiento de Satán, así te quiero, ¡oh, Murcia!

Á CAZA DE ENSUEÑOS

¿Dónde está la felicidad verdadera? En buscarla. Ved la afirmación única en que están conformes epi-

cúreos y estoicos. Por el camino del placer ó por el de la satisfacción interior, siguiendo los consejos de Epicuro ó las máximas de Crisipo, oyendo la voz de D'Annuncio ó la de San Bernardo, es preciso poner la dicha en su propia conquista. El inolvidable Campoamor, cuya estatua inaugurarán uno de estos días sus paisanos en Navia, cinceló en versos inmortales este indiscutible aforismo: «Vale más el deseo sin posesión que la posesión sin deseo.»

Por eso, nada envidiamos tanto á los ricos—ni sus palacios, ni sus banquetes, ni sus joyas, ni sus carruajes, ni sus fiestas—como sus viajes maravillosos. Ellos les permiten buscar la felicidad no sólo en el tiempo, sino en el espacio, y alimentar, durante la estación del año más espléndida, la ilusión de que van á encontrar la dicha en lugares desconocidos, herméticamente cerrados á los que no pueden romper con mazo de oro de mango de nácar el sello magno de Salomón.

La felicidad, acaso, se aleja conforme avanzamos. Pero ¿y el placer incomparable de haber corrido ilusionados tras ella, como tras los colores del iris los cándidos niños de la dolora? Terminado el estío, volverán los poderosos á rendir culto á Domiduca, la diosa del hogar doméstico, apretando en sus manos cerradas unas gotas de lluvia ó un rayo de sol; al abrirlas, nada encontrarán; pero se habrán tonificado en esa caza de la dicha, cuyos lebreles son la ilusión y la esperanza. Viajar es renovar perspectivas y ensueños; por eso, el héroe más grande de la antigüedad no es Aquiles, ni Héctor, ni Agamenón: es Ulises, arrullado por los mares de las más varias latitudes, adormecido por el canto de las sirenas de

todas las costas, que, al volver á la suya, encuentra á su esposa idolatrada tejiendo y destejiendo los cendales de la fidelidad.



El Estado gubernamental, que algunas veces gusta de disfrazar con el manto severo de Catón las concupiscencias de Sardanápalo, ha privado á los veraneantes de uno de sus más inofensivos solaces: el juego. Claro es que, en absoluto, esta medida poderosa es ineficaz; no se jugará en los casinos, pero sí en las villas, los *chateaux*, los yates y, si fuera preciso, en las tascas; pero se habrá salvado la pudibundez. Pensar que el jugador no encontrará ocasión de rendir holocausto al envite, es candidez supina. Lo que sucederá es que en vez de cobrar el barato los establecimientos benéficos, lo harán los maléficos. Pero nos haremos la ilusión de que habremos desterrado de la vida el azar, lo cual sería portentoso, pero demasiado ritual y oficinesco.

La vida sin azar sería una cuadrícula insoportable. Esta opinión puede oírse de labios de quien nunca apostó, limitándose á porfiar, conforme al consejo de la más venerable de sus abuelas. Pero saber que todo responde á leyes fijas, á pautas acordadas, á cálculos exactos logarítmicos, es algo que tiene la yerta frialdad de los témpanos. El azar es un bienhechor con quien todos tenemos cuentas pendientes y al cual invocamos en secreto, aun cuando luego en público lo pongamos ingratamente como chupa de dómine. Ganar ó perder es lo de menos para las gentes de selección; lo principal, lo sugestionador es poder,

con la punta de los dedos, levantar una parte del velo que cubre á nuestros hados. ¿Y no es más agradable hacer esto en salones espléndidos, al compás de las músicas, rodeados de mujeres hermosas y de *gentlemen* honorables, que en habitaciones infectas, alumbrados por ruines artefactos de gasolina y vigilados por levantamuertos y espantamartingalas? El cobre sirve para darles pan á los hijos; la plata, para procurarlos enseñanza y acaso bienestar; los billetes, como los cheques, para fundar industrias ó desarrollar proyectos beneficiosos; pero el oro, ¿para qué diantres sirve, si no es para colocarlo en gallardas pilas sobre el tapete verde ó arrojarlo á puñados en la escarcela de una mujer?

¡Por Dios! ¡Basta de morales ficticias! Dejemos á los millonarios que jueguen á los caballitos, siquiera por el temor de que se aburran, y jueguen á los *trusts*, á las guerras, á los empréstitos y á los monopolios.



Hogaño, son los pobres los que juegan á los veraneos. Todos los domingos bajan á millares á la Estación del Norte con sus tarteras, sus botas de vino y sus morrales de explorador. No pocos van indumentados y pertrechados como si fueran á descubrir los Siete Picos ó la documentación municipal, que suele ser más dificultosa. Ya en los andenes, ríen, alborotan, se *busculan* (¿pasará este gráfico barbarismo?), toman por asalto los coches incómodos, cuya clase no corresponde jamás á la del billete, y marchan con la familia y los amigos á Cercedilla ó San Rafael.

En estas excursiones, hay siempre verdadera ale-

gría, que contrasta con la fúnebre seriedad de los viajeros de los *rápidos* que se cruzan en el camino. Hay que divertirse, ¡qué diantre!, aspirar á pleno pulmón el acre y tonificador aroma de los pinos y comer una vez á la semana tortilla de escabeche y ternera empanada. La más grata fraternidad reina entre los expedicionarios. Al llegar á El Plantío, todo el mundo ha contado su vida y milagros y cambiado un pitillo de cincuenta ó algún sorbo de peleón. La conversación gira sobre un tema definitivo. «¡Qué mal están las cosas!» Y suena un coro de carcajadas y se cambian apretones de manos ó de lo que se puede. Y llegan los paisajes sublimes. «¡Si tuvieran esto en el Extranjero!...»

Y es verdad: si tuvieran esto...; pero esto no son los altos niveles sobre el Océano, ni los bosques geórgicos y refrigerantes, ni los límpidos manantiales, ni las rumorosas cañadas. *Esto* es la confianza ingenua y decidida en el azar y en el porvenir; es la alegría y tenacidad de unos hombres que saben correr tras de la dicha y cazarla no pocas veces á tenazón.

MARZO EN LA ALDEA

Tomó Dios en sus manos un pedazo de tierra, y creó al hombre, á su imagen y semejanza. El hombre, en seguida, tomó otro pedazo de tierra, y, también á su imagen y semejanza, creó el ideal.

Y, entonces, comenzó la lucha épica, brava, que

no ha de acabar nunca, contra los elementos y contra la barbarie; el combate diario contra la dureza de los peñascos y la petrificación ruda de los cerebros; la epopeya sin fin en que la intelingencia siempre vence, pero siempre queda dolorida y sangrante; porque los divinos artifices son omnipotentes; pero los hombres, como las cosas, recuerdan demasiado su vil origen.

En la labor penosa é inacabable de domar la tierra, es en Marzo cuando no pocos de los humanos esfuerzos quedan deshechos y sus planes desbaratados. Merced al desvelo paciente del cultivador, el campo se ha cubierto de tallos jugosos y verdegueantes; en el empalme de las hojas comienzan á granar las nacientes espigas; en las ramas asoman los brotes, y aun algún prematuro florecimiento anuncia la remuneración pródiga y segura. Y es entonces cuando sobrevienen el granizo ó el vendaval y se frustran en un solo momento las esperanzas de muchos meses de trabajo y cansancio. En las vegas es la inundación, atronadora y formidable, la que esparce sin misericordia el espanto y la ruina; en los puertos es la furia incontrastable del oleaje la que desbarata las portentosas obras de la ingeniería, hace á las naves zozobrar y arranca de cuajo los sillares de los frentes de las escolleras; la Naturaleza protesta de su vencimiento, ruge y maltrata á su domador, para caer finalmente rendida á sus plantas, como una fiera jadeante.

Y por eso, Marzo es el mes de los gritos desgarradores de dolor y de los grandes alaridos de triunfo. Es la lucha. Bien venido sea.

Es preciso haber vivido en el campo para saber cuánto no es el desasosiego y cuánta la ansiedad de los campesinos al iniciarse la Primavera. Una nubecilla, un soplo de cierzo, son consultados con la misma inquietud con que pudiera serlo una sibila. El bienestar de todos pende de un brusco desnivel en las temperaturas, de una combinación imprevista de circunstancias climatológicas. Nada puede compararse al espanto ante el espectáculo de la pérdida de una labor constante y penosa. En las ciudades se presta á estos conflictos rurales escasa atención, y en verdad que se hace mal, porque del campo nos viene el alimento y el juicio; de él han de venir algún día los vientos que nos han de purificar ó nos han de barrer.

Háblase ahora no poco de las nuevas doctrinas de Oppelheimer; se vuelve la mirada á la tierra; el problema social no reside en la industria, sino en el campo; la clave de su solución no está en las máquinas ni en el salario, sino en la tierra y en el aprovechamiento de sus frutos. «La cuestión social—dice un escritor— se nos aparecía hasta hace poco vestida de blusa; ahora se nos muestra de calzón corto.» Del centrismo industrial se pasa al agrario; en Rusia no se realiza otra labor apenas que la de la colonización interior; en Alemania no se piensa tampoco seriamente mas que en el mismo tema; en Inglaterra ha versado sobre el problema agrario la última campaña de Lloyd George; en torno á la cuestión de los latifundios, acaban de celebrarse las elecciones de Rumania.

Sin embargo, hace ya muchos años que los hombres de buena fe llamaron la atención hacia los pro-

blemas de la tierra. Nadie les hizo caso; es preciso que el llamamiento venga de Alemania. Pero ahora, como siempre, en la tierra late el problema de la riqueza y acaso algún otro, como el de la regeneración ética, que todavía no se vislumbra.

Por eso, cuando leemos las noticias de inundaciones, tormentas y desastres, nos contentamos con exclamar: «¡Bah! Todo eso es natural en Marzo.» Pero Marzo es un gran recordatorio que nos avisa de la absoluta inanidad, de la falta de base, de la oquedad imbécil de toda una labor sociológica que ha visto siempre el obrero y no el campesino; la máquina y no la tierra labrada; la riqueza y no el bienestar; la lucha de clases y no la comunión de todos los hombres de buena fe, en el trabajo, la virtud y el afecto.



En las viejas ciudades, Marzo es todavía devoción y recogimiento; toma la vida cotidiana matices de sincera humildad y de poético misticismo; parece como que aquellas buenas gentes, que no cometieron graves pecados, desean vivamente lavarlos y reconciliarse contritas con las divinidades piadosas. En las que ahora se llaman grandes urbes, no se hace ya tan ostensible este movimiento simpático. Los meses son todos iguales; en los días no se nota la menor peculiaridad. Todo tiene siempre la misma indiferencia aparente; en las calles se observa idéntico hervor de colmena; es preciso refugiarse en los hogares para encontrar escondido—y no siempre—el viejo espíritu cristiano, que nos dice en la *Imitación* que el tiempo pasa y nosotros con él. Y no deja, en

verdad, de inquietarnos, en presencia de la creciente uniformidad monótona de las costumbres y los hábitos, la perspectiva de estas enormes colmenas, en que todo el mundo vestirá lo mismo, pensará igual, procederá con arreglo á las mismas cuadrículas y se moverá por exactos egoísmos circunstanciales. Entonces, no habrá Marzo ni Abril, ni domingo ni lunes, ni invierno ni otoño, como ya no va habiendo ni día ni noche: será todo una escena inacabable, monótona, en que la vejez misma no se conocerá sino por la cantidad excesiva de colorete, el blanco cera y los polvos de arroz.

Los enamorados de la Naturaleza seguiremos, no obstante, prefiriendo nuestro rústico Marzo, con sus floviznas y sus vendavales; sus desbordamientos y sus granizadas; sus soleadas mañanas confortables y sus tardes melancólicas frigidísimas. Amamos más las soledades magnas en los crepúsculos soñadores, cuando caen lentos de las espadañas los acompasados toques bronceíneos y pasan las bandadas de pájaros á refugiarse en las florestas y el grito de un ave agorera se alza solitario en el cañaveral. Sentimos la nostalgia de las cosas serenas, y queremos bañarnos en ingenuidad; recibir en pleno rostro el agua que cae de los cielos; aspirar á pleno pulmón el vaho vivificador de los surcos engendradores; ver pasar sobre nuestras cabezas la sombra del ave de rapiña, que va á perderse en el horizonte como un diminuto aeroplano; mirar cómo, á poco, se encienden en la cúpula gigantesca las luciérnagas de los mundos; fabricar la idealidad con un poco de barro é infundirle el soplo vivificador de lo Eterno.

Marzo nos parece entonces un entrañable amigo,

que nos acostumbra á la lucha en pleno viento y que nos enseña, á través de sus agitados panoramas, el trabajo, la fatiga, la angustia que cuesta á cientos de millares de hermanos el poder ofrecernos un pedazo de pan.

CAPITALISTAS AL RUEDO

¿No se quita usted? Lo quita el toro.

LAGARTIJO.

Se arrojó el muchacho al anillo, abrió una percalina, gloriosamente desgarrada en becerradas y capeas, y se acercó serena y pausadamente al bruto; acometió la res, y el «capitalista», sin enmendar un palmo el terreno, lanceó tres verónicas elegantes, ceñidas, «belmontinas». «¡Así empezó Pastor!», clamó una voz, y en todos los ámbitos del circo comenzó á sonar el aplauso. Pero entonces, si no mienten los asistentes á la fiesta del último domingo, ocurrió una cosa inaudita: el matador, tan bien dotado de indignación como de poderosas fuerzas hercúleas, asió al debutante por la cintura y, con la misma facilidad con que habría zarandeado á un pelele de trapo, lo levantó gallardamente y lo arrojó al callejón de cabeza. Un ruido sordo estremeció á los espectadores más cercanos. Maltrecho y dolorido, hubo de levantarse, al fin, el rapaz, y murmuró entre dientes: «¡Qué difícil es darse á conocer!»

Era la amarga queja que en Atenas articuló Alcibiades, y en el París del 78 D'Amicis. ¡Darse á co-

nocer! Hay que cortar al perro la cola, vivir en un tonel, dejarse las melenas ó andar por la calle en calzoncillos. Es preciso ceñirse el casco de bombero de Alfonso Karr ó el sombrero flexible y perfumado de ajenjo de Verlaine; insultar á las gentes ó contraer vicios repulsivos. Por último, se adquiere notoriedad. Uno es conocido por asno, otro por mentecato, éste por ebrio, aquél por invertido, por camorrista esotro, y por estafador el de más allá. Todos acaban por ser ilustres, cuando no caen al callejón de cabeza.

Y después de ser conocidos, nos entra á todos la tristeza de no merecerlo; y viendo á nuestros amigos desconocidos, pero más felices, más ricos y más respetados, en su sana normalidad, experimentamos la amargura de la contrición, y nos preguntamos: «¿Por qué me lancé aquella tarde á dar verónicas? ¿Por qué no hubo un matador de agallas que me metiera de un empujón entre barreras?»

Y tras el remordimiento viene la pública sanción, Alguien que no puede enseñarnos á vestir el frac, ni la toga, ni el jersey, ni el peto, nos llama ordinarios; quién, incapaz de sentir la alegría de las cosas serenas, nos moteja de tristes; no falta quien pide á voz en cuello para nosotros la desaparición y la muerte. Son los nuevos. ¡Líbrelos Dios de frustrar su carrera arrojándolos de la arena! Dejad que los niños se acerquen al toro; permitidlos que lleguen á la cornada ó al tercer aviso. Bastante pena esperan con la notoriedad. Celebridad tengan, y «El Caballero Audaz» los visite.



¿Hay que decir que no me he enfurecido ante los

cuadros de los pintores «íntegros»? Ellos traen una teoría, no sé si más ó menos sólida que la del pacifismo, la democracia, el progreso humano, la fraternidad universal y demás ensueños cubistas. Creen que la tercera dimensión no ha sido hasta ahora bien representada en el lienzo, ni menos la cuarta; estiman que el movimiento no ha sido comprendido plásticamente, á pesar del cinematógrafo; profesan la creencia de que hay que sugerir la idea de lo interno, lo psíquico y que todo espectáculo está dentro del espectador. Y, sobre todo, pretenden, con justo derecho, darse á conocer. Una vez conocidos, ya vendrá con sus limitaciones el maestro Apeles y con sus rebajas el divino Paco. No hay por qué alarmarse demasiado con los desplantes de los escritores anarquizantes: suelen acabar en las Academias y en las senadurías vitalicias, como suelen terminar por escribir versos románticos los más furibundos detractores de la preceptiva. La vulgaridad viene con los años, como la timidez. Tal que ahora roza con la pechera los costillares escuchará algún día la frase fatídica: «¡Arrímate, tumbón!»

Así hay que empezar por lo descabellado y lo extraordinario y (¿me permitiréis el extranjerismo?) lo «épatante». Recordemos á Casas y á Rusiñol en sus verdes y violados tiempos. Pensemos en el mismo Zuloaga y en sus imitadores sustituyendo á la España de pandereta la España de piporro. Y han llegado, con sobrada razón. El tiempo ha ponderado los mayores desequilibrios. Rubén, Machado, Chocano, Valle-Inclán han escandalizado á los timoratos y luego han llegado á las más altas cimas. La cuestión es llevar dentro alguien. Lo que hay es que no todos

somos alguien, y después de llamar la atención, no somos capaces de sostenerla. Pero la extravagancia es lícita en los primeros tiempos; viene á ser un llamamiento á las muchedumbres indiferentes, un «¡Fijaos, idiotas!», que acaba en el Capitolio ó en el merendero de Juan.

Condenados estamos cuantos ponemos nuestras lucubraciones en feria á ser llamados locos al comenzar y necios al fin de la jornada. El *Hernani*, que promovió en 1830 tempestades y pareció á los literatos de entonces una innovación revolucionaria, fué juzgado por Zola, medio siglo después, como una sandía vulgaridad, hija de la rutina. Acaso antaño fué Rossini el Dukás ó el Debussy de su tiempo. Cambiaron los gustos y cambiaron también los héroes. No es lo mismo arrojar al ruedo con una percalina en busca del cocido, que tener canas en la coleta y sobre ella el juicio de la posteridad. Los principiantes á quienes llamamos «esquirols literarios» porque escriben de balde, ó los jóvenes de mérito impacientes, pueden gritarnos con razón que somos un estorbo. En cambio, nosotros tenemos derecho á decirles: «Paciencia, señores, que ya nos moriremos. No sabemos cuándo. ¡Dichosos si sabemos hacerlo bien!»



Struggle for... pudding. Pelea por el pan, por el vestido, por el billete del espectáculo; no es otra cosa el afán de notoriedad. Nos indigna cuando macula los más puros motivos éticos y desnaturaliza los fines generosos y desinteresados del Arte y de la Ciencia; pero, sin él, ¿qué empresa sería acometida

ni menos realizada? Hemos de luchar por nosotros mismos para que resulte el bien general y la obra de cultura, porque así lo exigen nuestro egoísmo y nuestra vanagloria. Pero solamente de lo impersonal puede irradiar nuestra felicidad y nuestro renombre legítimo. ¡Ay de aquel que lo olvida! Será siempre el muchacho de la percalina, el aficionado que se arroja al ruedo con la esperanza de una contrata, el injuriador perpetuo de los grandes maestros, que unas veces les tenderán su mano compasiva y otras los entregarán piadosamente á los guardias para que los lleven al hospital.

Carabanchel.

LO PASADO, PASADO

Adivino, como todos los grandes poetas dramaturgos, nos procura Linares Rivas en *Flor de los pazos* una enseñanza harto melancólica. Lo pasado no vuelve... y no debe volver. Pretender renovarlo es dar al desengaño pretexto para que nos sorprenda y nos abrume. Vuelto el protagonista de Linares á la patria por que tanto lloró, la encuentra muy distinta de como se la representó su imaginación enferma de ausente. El río, *su río*, es menos ancho que lo que él recordaba; son sus linfas, menos transparentes, y sus riberas, menos frondosas; aquellos senderos que recorrió de pequeñuelo con la alegría en las pupilas y el himno del candor en los labios, son más áridos y arenosos; el caserío es menguado y misérrimo; la luz misma del Sol alumbrá de otro modo que cuando

piaban los pájaros una anacreóntica que hoy no aciertan á modular. La nostalgia de las nuevas ciudades en que ha vivido algunos años es más fuerte que los desvanecidos ensueños. Unicamente puede ya retenerle en el viejo terreno lo que nunca envejece y siempre se renueva: el amor.

Semejante desilusión es el castigo de las prolongadas ausencias. Un escritor muy perspicaz, Salaverría, hacía, en su libro sobre la Argentina, notar de qué modo los emigrantes, después de sentir durante muchos años la tristeza del alejamiento, experimentan, vueltos á su patria, el ansia del retorno. Lo pasado no es como nos lo representa la memoria: tiene *el azul de las cosas lejanas*. Las grandes masas del espacio, como las del tiempo, azulean. Por su parte, la imaginación agranda los lugares; todos nos hemos paseado con la imaginación á grandes trancos por habitaciones memorables que apenas miden cinco ó seis; hemos aspirado el perfume de flores que jamás lo tuvieron y reconfortado el espíritu con el sol de mañanas, que acaso fueron de neblina ó de lluvia. Por eso, las que juzgamos tiernas canciones de nuestra juventud hacen sonreír á los adolescentes. Si visitáis de nuevo los lugares en que se deslizó vuestra infancia, creedme, no llevéis en indiscreta compañía á vuestros hijos, ni mucho menos á vuestros nietos. Su mirada compasiva, su sonrisa escéptica y fría, será para vosotros una herida mortal.

Nos hacemos ilusiones muy halagüeñas, pero muy falsas, al hablar de los españoles de América y al recordar que hay, más allá del Atlántico, muchos millones de compatriotas que sueñan con volver á la patria que los vió nacer. No creáis tal: la mayor par-

te ya no es española: se ha creado intereses y afectos nuevos. No volverá; y si vuelve, será para repetir la perdurable cantinela de nuestra incuria y nuestro atraso, aturdirnos con palabras y modismos bárbaros, recordar todos los días á su patria adoptiva y lamentarse de su imposible adaptación. Para que, transcurridos algunos años de odisea, parezca hermosa una patria ó una mujer, es preciso que la patria sea la antigua Grecia, y la mujer, Penélope.

Quien esto escribe visitó, no hace mucho, una valetudinaria ciudad en donde transcurrieron los amanceres melancólicos de su espíritu. Treinta años de ausencia le hacían recordarla con las lágrimas en los ojos y el sobresalto en el corazón. Imposible olvidar sus plazas solitarias y friolentas, con sus revuelos circulares de papelillos y de hojarascas, sus murallas medio derruidas, sus legendarios ábsides, sus seculares templos románicos, sus callejones nobles y adustos, recorridos tantas veces á la luz de la Luna. Sobre el apolillado y recio portón de una basílica, una noche de romántica fiebre esculpió temblorosa, al fulgor de los astros, la mano de un niño, este lema de idealidad y de rebeldía: *Nihil divinum a me alienum intelligo*. Cerca de la ciudad recordaba como un sueño esta frase, que simbolizaba para él la poesía inefable de una infancia sedienta de amor y de gloria. Llegó á la ciudad. La encontró miserable y prosaica. Una vez de noche, recorrió varias callejuelas infectas; llegó hasta el rincón ensoñado y, en el apolillado portón, vió con estupor la inscripción magna y definitiva, y quedóse atónito. Tenía una horrible falta gramatical.



Fascinados por el azul de la lejanía, somos defraudados por el espacio y por el tiempo. No son únicamente mentira los viejos lugares, sino las edades pretéritas. Si fuese posible volver á la infancia y—como dice el vulgo—lo pasado, pasado; es decir, si pudiéramos retornar á ella con nuestra cultura y nuestra experiencia, nos parecería sencillamente abominable. ¡Oh, las tonterías deplorables, los espectáculos de mal gusto, los repulsivos prosaísmos! ¿Cómo pudieron cautivarnos aquellas perspectivas, ni inspirarnos afecto aquellas buenas gentes? Fué para Allighieri una gran fortuna no volver á encontrar á su Beatriz sino en el Paraíso y en sueños. Si á cada uno se nos preguntara qué escena quisiéramos ver reproducida de nuestra juventud al blanquear nuestros cabellos, y viviéramos nuevamente esta escena á la luz de nuestra experiencia, apenas comenzada, mandaríamos inmediatamente al invisible taumaturgo bajar el telón. Y miraríamos desde entonces con más afecto el inapreciable presente; en verdad, es hermoso ser joven. ¡Ah, quién pudiera volver á los años rosados, y lo *pasado sin pasar!* Por eso, Mefisto, al dar el brío de la mocedad al doctor, cuidó muy bien de quitarle previamente la sabiduría. De otra suerte, para él, todo el mundo hubiera sido Walpurgis.

¡Lo *pasado, pasado!* Pero lo pasado es, precisamente, el saber; es decir, la desilusión. Es pretender conservar el Paraíso, después de morder la manzana; desear ser á un tiempo sabio é inocente, como la niña de la dolora; querer encantarse con el juego de prestidigitación luego de haber mirado el doble fondo; ignorar que, como escribe Emerson, la fascinación reside en el símbolo. Lo pasado es pasado;

se ha desvanecido en lo eterno; se ha extinguido como la luz en el seno del viento. *Sit terra levis*. Descanse en paz.



¿Y no es bueno que lo que al tratarse de los individuos parece absurdo, se considere lógico y natural cuando se trata de los pueblos? Dígase individualmente lo que se crea oportuno; es muy raro encontrar un hombre que quiera, sabiendo lo que sabe, volver á ser niño. Sin embargo, todos los días se nos habla, como de un ideal al que hay que volver, de la España tradicional. El *¡qué tiempos aquellos!*, tan popularizado por Arderius, parece ser el tema obligado de la mayoría de los españoles. Volver á las épocas de la reconquista, del fuero de Logroño, ó siquiera á las de la ronda de pan y huevo, es el *desideratum* de nuestros doctores en rutina. España no puede ser grande, según ellos, porque se apartó de sus tradiciones venerandas y sus designios providenciales. Y, al escuchar este peregrino aforismo, todos suspiramos y decimos: «¡Oh, nuestra España, la vieja España! ¡Aquellos tiempos fueron los de grandeza; entonces *fui*mos lo que ahora quisiéramos ser!»

Pero si se hiciera posible colocarnos en la época considerada como más gloriosa, ¡qué desilusión y qué abatimiento! Quedaríamos asombrados al ver que los cráneos de nuestros antecesores eran mucho más pequeños que los nuestros, y sus cuerpos, en general, harto más débiles y desmedrados. Todo ello podíamos haberlo comprobado sin más que tomarlos el trabajo de medir en nuestros museos sus cascos y armaduras. Echaríamos inmediatamente de me-

nos el alumbrado, los medios de transporte, el regalo doméstico, la comodidad de la indumentaria, el aseo, el género de alimentación, la higiene y, sobre todo, la cultura. Los literatos que pretenden volver al lenguaje del Arcipreste lo encontrarían chavacano y vulgar y, antes que nada, insuficiente para expresar las modalidades y estados del espíritu. Las mujeres, desprovistas de las prendas que la limpieza ha hecho más necesarias, incluso el pañuelo de faltriquera, ineducadas, zafias, malolientes, se nos antojarían repulsivas. La falta de un ideal colectivo, humano y de seguridad personal nos haría codiciar inmediatamente el manifiesto del más descabellado partido político y aun la misma ley de Jurisdicciones.

Porque lo hermoso del pasado es tan sólo lo que sobrevive: las manifestaciones del Arte, las sublimidades heroicas y abnegadas, las prodigiosas creaciones de la Literatura, las enseñanzas de cualquier género, precisamente lo que está incorporado á la cultura nueva y, por su naturaleza esencial, es de todos los tiempos. Lo que muere es el concepto mezquino de la vida, la manifestación circunstancial de una comprensión parcial de las cosas. Y todo eso bien muerto está, y no habrá poder que lo resucite.

Sin embargo, seguimos mirando con empeño á la lejanía. Y es bien que miremos. Es engañosa, pero azulera. Necesitamos pensar en el pasado y en el porvenir, porque el presente—el decantado presente nietzchiano—no es mas que un punto entre dos infinitos. Es hermoso soñar con la historia pretérita, la juventud lejana ó la patria ausente, para entreverlas, no como son, sino como nosotros quisiéramos que fueran. Llevemos el foco de nuestra idealidad al pa-

sado como al futuro, á los cercanos valles y á las cumbres remotas. Proyectemos en la Historia grandezas; en la Tierra, recuerdos; en el cielo estrellado, dioses... Acaso es esta la única tarea que vale la pena de vivir.

EL MONUMENTO

Nuevamente se insiste en la idea de alzar una estatua á *Lagartijo*. Parecía olvidada tan peregrina iniciativa, cuyos defensores adujeron para su pro un bizarro argumento: «Tienen estatua muchos ladrones; ¿por qué no ha de tenerla quien á nadie en el Mundo hizo mal?» Semejante razón autorizaría para construir un monumento en honor de Angel Primero ó del perro *Paco*. Después de todo, no es probable que esta nueva ocurrencia desatase las iras de nuestros poetas futuristas en una flamante «cólera del bronce».

Yo también quisiera ver erguida la estatua broncea ó marmórea de aquel á quien los taurófilos fervientes apellidaron el *Califa*; pero con la condición de que se esculpiera en su pedestal, con letras de oro, la colosal, la magna, la insuperable crónica de Eugenio Noel. *Lagartijo* es tal vez el genio de la estirpe. En su rostro celtíbero hay la mandíbula de la energía, la nariz de la audacia, los labios de la voluntad, los ojos de la nobleza, la frente de la fuerza, el cuello de la servidumbre, el mentón de la resistencia, los pómulos de la sobriedad. En esa armonía de lí-

neas no hay luz. Su cabeza dolicocefala es la de un presidiario, de un héroe, de un descubridor, de un aventurero, de un político ó de un minero. Y como no puede ser esto, es un «flamenco». Al sabio le espanta, á la multitud la amedrenta, al hombre de ciencia le hace pensar, al pueblo lo subyuga. Es un valor falso, sin duda; pero es un valor.

«Así es—dice Noel—nuestro pueblo: quiere y no puede. Es un hijo del Sol y de la Pereza. Ignora el justo valor de la sangre, y la derrama. Para él, esa sangre se forma en el corazón con el único objeto de manchar la femoral... Documento eterno de una pasión que arrasó una raza, muestra el mal en todo su esplendor.

Somos así. Elevando esa efigie, nos veremos tales como nos hizo el flamenquismo... Es una efigie que nos hará bajar los ojos avergonzados, que hará el inventario de nuestras desdichas. ¿Quién es el artista que no ve en la torería la síntesis de una raza degenerada, convulsa, que halla hoy gigantes en los toros, como un tiempo los vió en los molinos de viento de Esquivias?»

Tiene razón Noel: conviene que se eleve la estatua á *Lagartijo*. Pero yo propongo que no sea en Córdoba, en donde aún no la tienen Séneca ni Maimónides, sino en Madrid y en uno de los cuatro ángulos de la plaza de Castelar.



Porque uno de los ángulos lo necesita el toro. ¿Acaso no es otro de los protagonistas de la fiesta? ¿No se ha demostrado que de su valor y pujanza depende el éxito de la lidia? Sí: es necesario otro pe-

destal para el toro, arrogante, bravío, como en la medalla de Clunia, como lo fueron las reses memorables en cuyo honor agitó sus pañuelos el gentío demandando el perdón, bien ganado ante los jinetes, ó bien agonizante, vencido, por la estocada fulminante del *Machaco*, babeante, despatarrado, cercano al total derrumbamiento de su pesada mole, pero sin que la mirada se nuble ni se incline abatido el testuz.

No es bien que miremos al torero sobre un pedestal sin que enfrente se levante el del toro. No pueden estar separados, como no pueden estarlo Aquiles y Ayax. Son los héroes que se disputan el vitor y el aplauso, con la inconsciente y arrojada bravura de una sangre encendida por el sol de la Penibética. Centelleantes las pupilas, aguzadas las astas, el cuello tembloroso de cólera, los remos ágiles y dispuestos á la embestida, sale de su encierro el cornúpeto, orgulloso, como si presintiera que en él consiste que la muchedumbre aclame ó vocifere, caiga en el paroxismo ó en el abatimiento. Nada hay en él del manso y pacífico rumiante que bebió en la linfa de los prados serenos y pareció escuchar en el crepúsculo perfumado, con la quietud hierática del buey de Lecomte, los rumores solemnes, y ensanchó sus fauces á los olores campesinos, como si aspirase humaredas de altar. Ahora es acometedor, impulsivo. Parece contaminado del delirio de la multitud, ebria de sol canicular y de alcohol, de vocerío ensordecedor y colores enteros y chillones. En esta actitud épica y arrogante debe cincelarle el buril.

Y hace falta otro pedestal para el caballo. Él da la nota emocionadora é intensa. Su inocencia ante el

sacrificio contrasta con la fuerza y la astucia del lidiador y de la res. Con los ojos vendados, dócil al espoleo y á la rienda, imagen de la vejez y de la ruina, que es el fin de todas las Itálicas de carne y de hueso, avanza hasta presentar el pecho indefenso á las buídas astas del bruto. Tal vez cree ser guiado en aquel momento por la mano delicada de la amazona ó, á lo sumo, por la más vigorosa, pero no más prudente, del tronquista. Nada sabe de su mal, ó está resignado, y cuando cae, deshecho el pulmón ó rajado el vientre, no lanza un relincho de dolor: cae resignado, golpeando la frente contra la valla en el postrer desfallecimiento, como pudo caer el gladiador al pie de la gradería de los senadores ó las vestales.

Pero un ángulo queda todavía con su pedestal en la plaza. ¿Quién ha de ocuparlo sino el espectador? Elemento fundamental de la obra artística, él es, con su frialdad impasible, su nariz olfateante de glóbulos rojos, y su sonrisa dura y siniestra, el que más sobrecoge de los cuatro. Por él, los reyes del anillo reinan ó vierten su sangre á raudales. Su personificación es el hombre pálido y desmedrado, extenuado tal vez por la privación, que oculta la desnudez interior y tal vez la miseria, alzando hasta la nuca el grasiento cuello de la americana. Á su lado, uno ó dos pequeños lagrimotean, pidiéndole pan. Él, erguido en su pedestal, no puede escucharlos. Tiene en su mano temblorosa el billete de grada y lo alza, con ademán de triunfo, como inmarcesible presea. Una vez en la vida será César, puesto que podrá arrojar su anillo ó su gesto de condenación implacable al estadio.

Y una vez colocadas sobre sus plintos las cuatro estatuas, ¿qué situar en medio de la plaza? Nada,

puesto que ella tiene su monumento. Es la diosa Cibeles, Rea de la naturaleza salvaje, diosa de la tierra áspera y abrupta, personificación de todos los campos sin cultivo, de todos los solitarios y estériles yermos, deidad frigia del abandono rústico, de las razas depauperadas y misérrimas; pero radiante, excelsa, plena de vanidad egolátrica, que desdeña los animales de labor y los instrumentos de cultivo, empuña su cetro de oro y de pedrería, olvida su propia pobreza, se reclina en su carroza de nácar y se hace conducir por leones.

COMIENZA EL AÑO

Quiero creer, como cuando era niño, que un año que pasa tiene guedejas rubias en Enero y barbas nevadas en Diciembre, como el viejo Noel. Pláceme, en estas noches largas y crudísimas de frío y desaliento, imaginar que por las medrosas y solitarias calles pasa el año caduco, dejando en los dinteles de las puertas, unas veces, dones inesperados, y otras, enseñanzas y ejemplos. En una de esas noches de abandono y de fiebre, he creído escuchar las trémulas pisadas del año que se va, y recibir en mis manos calenturientas un pliego. Contiene algunas frases sueltas, que son la experiencia de doce meses. Las he copiado, y allá van.



Se dice, desmintiendo á los dogmas, que los cielos están vacíos; pero mientras exista el infortunio, el

hombre llenará las inmensas soledades intersiderales con una palabra suprema.

La abstracción es como un espejo tapado, que reflejaría muy bien las cosas si estuviera en contacto con ellas: tal es el secreto del fracaso de la Ontología.

Eso de que el espíritu humano no pueda ser estudiado sino en series, revela la complejidad de las curvas que actúan en la mecánica ideal. En Psicología como en Moral, no hay ecuaciones de primer grado.

El mundo del «porqué» tiene más de tres dimensiones; de aquí nuestra incapacidad para comprenderlo. Los moralistas no suelen ver mas que una, como la hormiga que caminara sobre un alambre.

No se puede ser ingrato consigo mismo; por eso, olvidando con frecuencia los favores ajenos, tomamos tanto afecto á las personas á quienes prodigamos el bien.

Pilatos preguntó al Mártir de Galilea lo que era la verdad. Después de veinte siglos, la pregunta sigue sin contestación... para los Pretores.

Los protagonistas de las obras dramáticas suelen entrar en escena con inusitado aparato, y aun á son de atambores. En las comedias de la vida, entran calladamente, revueltos con el coro: nada suele anunciarnos la presencia de quien ha de cambiar nuestros destinos. Luego, arrojamos bendiciones ó maldiciones sobre la hora en que lo conocimos... y no recordamos cuál fué.

Perdonad á los críticos iracundos: cada uno tiene escondido su libro de versos.

A nadie se conquista más pronto que á una mujer

coqueta, como con nada se opera mejor que con una variable. Es cuestión de saber calcular.

¿Qué es el tiempo? Probablemente un concepto abstracto; el orden en que se realiza la sucesión de los fenómenos. Si nos observan con aparatos que permitan ver los detalles más minuciosos, los habitantes de esas estrellas, cuya luz tarda en llegar hasta nosotros dos mil ciento veintinueve años, estarán presenciando en este momento, como actual, la batalla de Cannas.

Cuando vayas á poner en ridículo á una mujer, sumérgete primero en la Estigia; pero no dejes fuera ni siquiera el talón.

Reconocemos sin dificultad que hay hombres superiores, con tal que estén de nosotros á prudente distancia. Así, agrada mirar desde lejos las grandes pirámides, cuando nos es fácil taparlas con la punta del dedo.

Si el amor es ciego, la pasión, por lo menos, es miope.

Hay una edad en que los viejos bienhechores nos parecen rivales, como hay otra en que los antiguos rivales se nos antojan bienhechores.

Es probable que con muchos Tarquinos pudiera formarse una muchedumbre ideal; pero es imposible que en una muchedumbre no haya millares de Tarquinos.

Los antropólogos se obstinan en presentarnos el medio como un vector, siendo así que es un campo en que hay muchos vectores y no pocos fenómenos de presencia.

Todas las herencias fisiológicas se pueden tomar por el hombre prudente á beneficio de inventario.

Cuéntase que un mujik dijo á Pedro I: «¡Cómo ¿Sois el emperador? Yo os creía mucho más grande.» A lo cual contestó el vencedor de Carlos de Suecia: «¡Cómo! ¿Es este el pueblo ruso? ¡Yo lo juzgué mucho más pequeño!»

La amistad suele ser una sociedad entre dos hombres, de los cuales uno pone el afecto, y el otro, la envidia.

La mayor parte de las veces que se llama á los hombres á la defensa del Derecho, pudiera preguntarse ¿De quién?

Es la Historia una narradora astuta que se calla lo más interesante por no herir á los que la pagan. ¡Oh, institutriz odiosa de la vida!

Acaso todo el progreso económico esté en invertir la ley de Malthus. Sin embargo, siempre será mejor que haya muchos hombres que no que abunden extraordinariamente las berzas. Lo peor es que la mayor parte de los seres humanos llevan dentro del cráneo una planta crucífera.

Amar á una sola mujer es propio de un gran corazón; prendarse de varias revela casi siempre un cerebro muy perspicaz; gustar de todas, como Tenoerio, es, sencillamente, poseer un estómago privilegiado.

El espacio se mide por los objetos que conocemos; sin ellos no tiene realidad. Los hombres lo gradúan por el esfuerzo que cuesta recorrerlo, y aun por el gasto de numerario que ello supone. A un amigo campesino que me invita á pasar con él las vacaciones, le he contestado: «Vuestra casa dista de la mía algo más que Milán: está á doscientas veinticinco pesetas.»

Arte que no conmueve puede ser sabio, varonil, perfectísimo. Como el caballo de Rolando, sólo tiene un ligero defecto: está muerto.

No será buen maestro quien no sepa medir la capacidad de la escuela en el color de las mejillas de los alumnos, y la de su sistema pedagógico en el brillo de las pupilas de sus oyentes.

En Francia, como en Alemania, se hace filosofía. Wundt, Eucken y Schmöller hacen la de la Humanidad, mientras Bergson dicta la de Montmartre.

Arrojar pensamientos al aire, deshojar flores de idealidad, podrá ser estéril; pero es muy hermoso y confortador. ¡Mientras haya pétalos!...

Graus.

SOLITARIOS

Hay en la capital leonesa calle de López Castriellón, de Dámaso Merino y paseo de Papalaguinda; lo que no hay—que yo sepa—es calle de Juan de Badajoz, de Doncel ni de Orozco. Sin embargo, estos tres artistas simbolizan en León todo el Renacimiento castellano (sí, admirado Maeztu: castellano). Especialmente, Juan de Badajoz fué todo el siglo xvi.

Tan punibles olvidos han de ser prontosubsanados, porque el León actual es una capital cultísima y trabajadora, en pleno resurgimiento intelectual, bien administrada y merecedora de los más entusiásticos elogios.

El mejor que se ha hecho de la catedral ha sido

decir que no tiene más piedra que la necesaria «para sostener los cristales». De San Marcos puede decirse que no tiene más huecos que los estrictamente precisos para justificar los muros. ¡Y San Marcos compite con la catedral en elegancia, finura y gallardía!

Tal es la soberana gracia, la suprema armonía del Renacimiento. Quejábase en su calabozo el gran don Francisco de Quevedo de que no medía de largo sino veinticuatro pies; de que era húmedo y lóbrego, tanto que más se asemejaba á recogimiento de salteadores fugitivos que á prisión de un caballero honrado. Bien pudo añadir: «Desde aquí no se ve la fachada.» Por esta expresión hubiérase podido medir lo insostenible de su tormento.

San Isidoro es el siglo oncenso y el arte bizantino, como la catedral la trece centuria y la inspiración gótica. San Marcos es el siglo xvi y el Renacimiento inmortal, el resurgimiento de la vida, aplastada por el misticismo, con sus proporciones helénicas, su culto de lo humano y su reverencia á la serenidad de las cosas que se renuevan.

Y es el Renacimiento leonés aún más opulento que el florentino. San Marcos jamás pudo ser una iglesia, ni menos un convento: es un alcázar prodigioso, mansión de reyes, de caudillos, de grandes señores, habituados, según la tradición, desmentida á veces, al ocio aristotélico ó al refinamiento sensual.

Gran pesar es para quien escribe no poder decir nada nuevo ante las maravillas artísticas. Se ha agotado el vocabulario de los elogios; se ha hecho el inventario minucioso de los portentos. ¿Qué no se ha escrito de la sillería coral de Doncel? ¿Qué no de los Cristos bizantinos, del estupendo San Francisco, de

las aras, los sepulcros, los capiteles descabezados y amontonados en los claustros, de los códices del archivo y, sobre todo, de los medallones de la fachada y su ornamentación suntuosa y gentil? Y, no obstante, jamás se ha dicho lo suficiente: siempre queda un rincón en estos alcázares de la idealidad que no ha sido suficientemente elogiado. En San Marcos tal es la sacristía, obra de Juan de Badajoz, quien, al concebir su trazo y ornamento, llegó á las cimas de la inspiración más excelsa.

A esta portentosa y divina estancia, dedican las descripciones semidogmáticas algunas líneas. Quince la consagró don José María Quadrado, y en ellas no hay la más leve alusión á los bustos que adornan las paredes. Y ellos son tan perfectos, tan admirables, que por sí solos inmortalizarán el arte sublime de Juan de Badajoz.

En compensación del censurable olvido, el señor Quadrado lamenta la ausencia de los jesuitas en el edificio. ¡De los jesuitas, que lo poblaron de retablos absurdos, templetes abominables, torpes copiones y altares barrocos! ¡De ellos, que instalaron un órgano grotesco al lado de la sillería y encalaron los sillares para imitar la piedra oculta debajo del yeso, y tapiaron preciosidades y cometieron todo género de delitos de lesa ignorancia! Para el Sr. Quadrado, vana palabra es el pomposo título de «Monumento nacional». Por inútil que sea, juzguen los artistas si es ó no preferible al de «Residencia».

El artista es siempre y en todo lugar un solitario; pero ahora no lo es tanto como en los siglos de estúpida ignorancia, de malaventurada recordación. Si hubieran pensado los artífices en los atentados

de que iban á ser blanco sus obras, hubiera caído de sus manos paralizadas el cincel. Si se hubiera advertido á Juan de Badajoz que, cerca de tres siglos después de modelar aquellas cabezas femeninas arrebatadoras y subyugantes, medio encubiertas unas por el velo oriental, pero mostrando en sus líneas y su expresión toda la seducción y la magia del cincel griego; vueltas otras con aire de desdén, como debió volver la suya Friné ante los jueces del Areópago; altivas y osadas las de los guerreros de barba florida y benevolentes las de los sacerdotes y de los sabios como quien tiene la convicción de llevar impreso en su frente el sello del genio; cálidas todas, turgentes blandas, como lo fué el pentélico mármol bajo la presión de los dedos de Miguel Angel; si se le hubiese profetizado, digo, que, transcurridas cerca de tres centurias, nadie, ni aun los hombres consagrados á escudriñar las bellezas más nimias, iba á hacer justicia á sus obras, ¿no hubiera desmayado en su labor intensa é impreso en la fisonomía de sus estatuas la expresión amarga de un descorazonamiento letal?

«¡Dichosa edad aquella!»—escribió el genio de los genios, refiriéndose á la que los antiguos llamaron de oro. Pero la edad de oro está en el futuro. Será aquella en que el coro excederá en mérito, valor y grandeza á los héroes, en inspiración á los artistas, en inteligencia á los sabios, en bondad y magnanimidad á los buenos; será la edad bienaventurada y feliz en que un artífice soberano no esculpirá para cien rebaños de esclavos groseros, ni un escritor hambriento y menospreciado legará el *Quijote* á los alcaldes de Argamasilla, á los barberos, á los curas de misa y olla y á los caballeros de verde gabán, sino

á los pueblos redimidos, como lo va siendo León, únicos y verdaderos grandes señores merecedores de habitar donde no pudieron residir, sin cometer profanación, los déspotas y los fariseos.

León.

ORO SIN CUÑO

Recio de contextura, aunque no tanto como de espíritu, es el profesor Díaz Canseco, digno sucesor del gran Barrio y Mier en la cátedra de Historia del Derecho en la primera Universidad española. Toda una vida consagrada al estudio, pero no sólo de los libros, sino de la vida misma de las instituciones y de los pueblos, en su evolución y desarrollo, da testimonio de que es hombre de iniciativas al modo latino, y de investigación al estilo alemán. Suele acompañarle á solazar sus horas de asueto el alcalde de León, D. Alfredo Barthe, abogado de gran cultura, enamorado de las cosas de pensamiento, devoto, como de la prosperidad leonesa, de las viejas glorias castellanas.

Es á estos estudiosos á quienes he rogado que me acompañen á visitar el Archivo municipal. La primera impresión no puede ser más favorable. Aquello «no parece revestir carácter oficial»: todo luce limpio, ordenado, catalogado escrupulosamente, registrado hasta en sus detalles más nimios dentro de anchurosas cajonerías; al menos docto es facilísimo hallar las papeletas de cuanto requiere ó busca, por años,

por asuntos, por orden alfabético. El Archivo hace honor á León. No necesita sino que la ayuda oficial sea patente en una cantidad mínima que haga posible la publicación de sus más ocultos tesoros, cooperando de tan fácil manera á la reconstrucción de la verdadera historia de España, que, pese á los registradores de fechas, apologistas de monarcas y soñadores de batallas, está por hacer.

Ante los libros de actas, las comunicaciones, los reales despachos, los pergaminos que ostentan sus maravillosos y sugestionadores sellos cerúleos, de extraordinario interés arqueológico, nos invade una vaga unción mística, un misterioso y devoto recogimiento. Allí está nuestra vida municipal, la entraña misma de nuestro Derecho, el vagido primero de nuestras libertades y, tal vez, el secreto, el ensalmo de toda nuestra regeneración. Se acerca uno á los caducos estantes y á los despellejados infolios como el oficiante al libro ritual. ¿Qué es lo que se quisiera escudriñar? Todo. Pero no hay tiempo, y se experimenta la tristeza de la fugacidad de las cosas, y la pobreza de nuestros medios personales de estudio, y nuestra penuria de datos sobrios y reveladores. Unas cuantas horas dan muy poco de sí. Hay que volar sobre nuestro pasado como sobre la flor la libélula; eso sí, agitando las alas con el espasmo intenso de lo sublime.

Allí nace León, con su estrecho y fortificado recinto, sus sólidas murallas y su puerta pretoria. Es la ciudad militar primitiva, asediada siempre, perdurablemente fuerte y heroica. Con ella nacen las mercedes y privilegios, ganados frente á las huestes semi-bárbaras de los musulmanes. Se la ve después, cuan-

do el enemigo ya está lejano, evolucionar, *desromanzarse*, crear el mercado en sus aledaños y protegerlo luego con la nueva muralla de Alfonso XI, más con carácter comercial que civil, y, por fin, se contempla al auténtico pueblo leonés haciéndose fuerte, semisoberano, é imponer su veto á los reyes mismos con la austera severidad de quien es dueño de sus destinos.

Dentro de la Iglesia Mayor, el 21 de Julio de 1418 ante el juez y los regidores de León, presentóse gentil Juan de Barros, escudero de á caballo de la realeza de Don Juan II, el cual exhibió carta del Soberano, en que se comunicaba que, habiendo ya muerto la reina Doña Catalina, su madre, no quedaba ninguno de sus tutores, y que, por tanto, los Grandes del Reino que con él estaban habían acordado que tomase el regimiento y administración de sus Estados. Después desto, reuniéronse el juez y los regidores, previo llamamiento por tañidores y añafíles, dentro de la Iglesia del Santo Sepulcro, y dijeron: Que obedecían la carta del Rey, «pero que bien sabían los dichos Grandes que la ordenanza de derecho y costumbre antigua era que cuando tales hechos ocurrieran y tales mandamientos se hubiesen de hacer, se hicieran saber primeramente á todas las ciudades y villas del Reino, para que ellas enviasen sus procuradores, y juntamente con los del Concejo, ordenasen lo que fuese útil y provechoso, y que, por no haberlo así hecho, agraviaban dichos señores á la ciudad de León, cabeza de su Reino y la segunda en prerrogativa.»

Nuevo testimonio nos procura esta tenacidad y entereza en el sostenimiento del propio derecho de que, contra lo que vulgarmente se cree, el Municipio

castellano no es el romano, ni tiene que ver con sus curias; antes bien, renació en Castilla todo el espíritu germánico é hizo germanizar y evolucionar en él todas sus instituciones populares.

Y aun las Asociaciones obreras hallan su precedente en estos fecundos siglos, tan mal estudiados. Una carta del Cabildo de los Obreros, expedida en 1397, nos lo dice con su peregrino lenguaje: «E nos reconocemos á Alvar Pérez como tal compañero natural de moneda. E rogamos á todos los cabildos de los obreros e monederos del señorío e de los maestros e á los guardas e á los alcaldes, que, cada que el dicho Alvar Pérez acaesciese, que lo recibades e hayades por compañero natural de moneda e la desdes cuenta de todos sus derechos bien e cumplidamente, así como los diéredes e todas tenudos de dar á los otros compañeros, e non le sea fecho embargo alguno por razón de yantar.»

¡Qué tristeza despedirse tan pronto de este noble y portentoso arsenal, de este glorioso archivo, en que late el genio vivificador de la Patria! ¡Qué melancolía ausentarse sin leer, sin escudriñar, sin rasgar la venda que cubre nuestros ojos! Se envidia á estos amables y pacientísimos eruditos que han pasado la mitad de su vida revolviendo datos y antecedentes, aspirando el vaho de los terruños ásperos y heroicos, gozando de la visión de una España dramática y austera que suena á tintineo de doblas untuosas y de *Excelentes* amarillos, á brusco cierre de arcones claveteados, en que hay signos heráldicos ancestrales, á choque de cazoletas repujadas y á gritos de emancipación...

EL BARRACÓN

Es necesario recorrer la zona minera. Hay magnificencias que deslumbran y odiosidades que golpean el cráneo con la maza del arrebató ciego. Hay destellos en las facetas de las cristalizaciones oscuras y en las miradas de los mineros. La naturaleza es abrupta. Montañas de verdor lujurioso han sido cortadas á pico y muestran sus entrañas areniscas cortadas á cercén. Aquí y allá, se destacan las vetas rojas por donde desangra la codicia el planeta. Por todas partes, bajo un cielo plumizo, se precipitan por el alambre inclinado los baldes; las vagonetas sustentan su carga parduzca y caminan rieles abajo, como impelidas por una mano invisible. Oscuras hendiduras son socavadas por grupos de hombres medio desnudos, armados de piquetas, puestos en el riesgo inminente de un horrible desplome. Trabajo de topo, labor de marsupial, faena incesante de roedor medroso y astuto es la de los siervos, cuyo esfuerzo suple á la máquina, cuyo sacrificio sustituye á la explosión de la dinamita. Trabajan como debieron trabajar los primeros parias que horadaron la tierra para registrar su alcancía. Horadan y quedan enterrados un día bajo los enormes y grávidos peñascos, sin epitafio, sin cruz de ramas, para que los que visiten su tumba ignorada admiren, no su tesón ni su sufrimiento, sino el capital que mantúvolos siervos y los sepultó mártires.

De trecho en trecho, apílase el mineral para ser

transportado. A lo lejos, una columna de humo se esparce densa sobre los campos, aplastada por la presión de una atmósfera tibia. No lejos, aparece la cómoda y confortable vivienda del contratista, con sus adosamientos de jardín y de establo y su zaguán espacioso burgués. Más allá, construido con piedras informes, tabloneros roídos, desvencijado, sucio, maloliente, está el barracón.

Allí, hacinados como animales en pira, descansan los obreros, si es descansar yacer amontonados en infame promiscuidad de sexos y de edades, en amalgama odiosa y repugnante contubernio, sin luz, sin aire, sin espacio y sin grato silencio. Es su albergue—entendédlo bien—*obligatorio*. Primera condición de su contrato suicida es habitar aquella pocilga y adquirir los alimentos inmundos, agusanados, que expende el cantinero ó el contratista á elevado precio. La previsión del *amo* ha ido esta vez bien lejos. Calculado el jornal y el coste mínimo del alojamiento y del condumio, no debe quedar á fin de semana ni un solo céntimo al explotado. Firma vales, y, con ellos, se le salda la cuenta. Si tiene familia, que la abandone; si hay hijos, que se busquen el pan. ¡Granuja! ¿Qué culpa tienen ni el capataz ni el contratista de que consuma y precise tanto? A lo mejor, se permite una libación como un invitado á los festines de Capua. Tanto, más tanto, cuanto. Su factura está liquidada. No puede cobrar.

Y no cobra nunca: es, sencillamente, un esclavo; pero un esclavo sin lecho y sin refrigerio en la ergástula, porque no vale un solo sextercio. Al potro se le engorda, porque llega la feria y se le vende; al buey se le cuida, porque puede tributarnos su piel y su

carne; pero el obrero, ¿de qué sirve? Los mismos antropófagos desdeñarían su dermis rugosa y sus huesos sin sinobia y sin tuétano; sus músculos atrofiados por el esfuerzo; sus carnes, que deben, sin duda, saber amargas, como el llanto, cual la ponzoña, como todo lo triste, solitario y grande, como el zumo de los frutos tempranos, como el sorbo de las aguas del mar.

Es un *libre* contrato. ¿No quiere el miserable trabajar? Que no trabaje. El Mundo es muy ancho: puede comenzar el éxodo sin guía y sin maná, sin tablas de la ley y aun sin divinidad que le acoja; caerá por las veredas hambriento; aullarle han los canes, y lapidarlo los mendigos. ¿Prefiere ser razonable y trabajar? Allí está la herramienta y la socavadura pronta al desplome; más allá, el barracón le brinda su recinto lóbrego, hediente á secreción, envenenado de aliento humano. Allí puede devorar el pan de maíz que se deshace en polvo terroso, el tocino agusanado y viscoso, la legumbre podrida. Y nada más; el chorro de la fuente es también un deleite cuando asoma en la lejanía y cuando, al aproximar á él sus fauces sedientas, no tiene el mísero que apartar con sus manos el sapo, para lametear de bruces en la verdosa charca.

Así vivirá y morirá; no esperéis en sus ojos el fulgor que describe, en los del esclavo, Terencio; no en sus ademanes el regocijo que muestran en Plauto los protagonistas de *Aulularia* ó *Casina*; es triste, triste, porque ha vislumbrado la libertad, porque se llama ciudadano, porque ha oído hablar de familia, de mujeres cuyos besos abrasan, de niños que saltan sonrientes en las rodillas, de lechos muelles y de

almohadones esponjados, y de banquetes en que brinda al sueño el triclinio, y fuentes que manan y ríen en tazas de alabastro, y selvas que murmuran los virgilianos espondeos.

Su horizonte, su alcázar, su vivienda, es el barracón. Pero, una vez cada ocho días, puede acudir á la iglesia lejana, que alza la mole de su torre sobre masas de sillería, á oír contar cómo hace muchos siglos quedaron redimidos los hombres. Y, una vez en la vida, puede llegar hasta la ciudad á ver cómo edifican lujosas viviendas, parques sombríos, rumorosos umbráculos, naves gallardas, fábricas poderosas, los que, después de explotar en la zona minera á los miserables, hablan en la ciudad del respeto á la ley de Dios y á la propiedad sacrosanta.

Zona de Galdamés.

ASTILLEROS HUMANOS

Una fragata bien recortada, de palos robustos, pero de corta eslora, un juguete de hierro pintado de blanco, que monta veintitantos cañones: eso os dirá cualquiera que es el barco-escuela de guardias marinas alemanas, anclado en el Abra desde hace dos días. La he visto desde las rocas de Santurce, y, merced á un prismático de buen alcance, he podido mirar á los alumnos moverse sobre cubierta, de un lado para otro, con la barba cuidadosamente rapada, y la doble botonadura de oro sobre el negro y llamante uniforme.

El cielo, diáfano en el zenit como un fanal rosado, iba, gradualmente, empañándose en el horizonte en densas neblinas; sobre este fondo blanquecino, se destacaba la arboladura de la *Stoch*, no como algo amenazador, sino más bien como un prodigio de elegancia, de ligereza y de gallardía, como un alarde, en fin, de la industria moderna.

Junto á la banda de estribor ha atracado una lancha; sin duda, iba tripulada por alguna autoridad española, porque de la *Stoch* se ha elevado un cúmulo de vapor blanquecino, y, en seguida, he escuchado los secos y rotundos estampidos de algo así como un cañón de juguete. Con la fantasía, he colocado entonces tras de la fragata alemana uno, dos, veinte acorazados imaginarios y, luego, muchos cruceros, blancos también, con las bocas de acero negras. Alrededor, me he fingido multitud de naves pequeñas, torpederos, destructores, submarinos... ¡qué sé yo! Y me he dicho en seguida: «Esto sería el poder naval.»

Después, he colocado sobre los topes de todos aquellos barcos fantásticos la bandera española. ¡Cuán fuertes podríamos ser! Un sacrificio más, y tendríamos de la verdadera escuadra invencible. Algo me acongojaba, sin embargo; era una tenaz preocupación: por la mañana había oído decir á un marino que un cañón de veintiséis no podía sufrir sin deterioro más de ochenta disparos; que un barco, á los veinte años de construído, era viejo, como los viciosos precoces. Ello suponía, no ya un sacrificio, sino ciento, mil, todos los sacrificios imaginables. De todas suertes, he experimentado complacencia; he guardado el antejo, pensando que había visto lo que sería nuestra escuadra el día en que todos los

ciudadanos sintiéramos revivir en nuestro corazón el fuego de Lepanto, y en nuestra frente, la decisión inquebrantable de Bazán y Churruca.

He caminado después ribera arriba; volvía la espalda al fulgor del crepúsculo, y miraba enfrente la noche. Sobre un fondo plumizo, los edificios aparecían iluminados por la proyección de la luz muriente como por reflejos de incendio. La luciérnaga del faro de Las Arenas se había encendido, y parpadeaba como un gusano de luz en las hierbas húmedas ó como el nácar de las conchas en la marisma. Caminé mucho tiempo así: una hora, dos, no sé cuánto. Sentía verdadera fatiga, y me senté en una piedra del camino. Había ya cerrado la noche; miré á la izquierda, y vi la mole majestuosa de las nuevas escuelas de Basurto.

Hallaba frente á mí un cuadro deprimente y desolador. Junto á la puerta de un cafetín, merendero ó taberna, que de todo tenía el tal tugurio, dormitaban, tendidas en tierra, varias cargadoras descalzas; caía su cabello desgredado sobre los hombros, lacio y mate; rasgábanse sus faldas descoloridas en harapos; un hedor insoportable se alzaba del grupo; hedor á barro, á humedad, á podredumbre y á algas corruptas. Más lejos, diez marineros ebrios canturreaban no se qué salmodia. Tres ó cuatro bigardos acompañaban el vociferar de los ebrios con imprecações, carcajadas, blasfemias y gritos. Ahuyentado por tan poco grato espectáculo, me aproximé á la ría, y oí distintamente el rumor de las aguas, agitadas por una hélice rápida y vigorosa.

Pasaba una lancha de vapor; la tripulaban varios marinos alemanes, que volvían á bordo; su cara era

risueña; su tez, limpia; su cabello, cuidadosamente recortado; sobre sus blusas inmaculadas se destacaban lucientes los encintados y las botonaduras. Iban contentos, pero silenciosos, como ordenaba la disciplina. En sus rostros se leía salud, fuerza, inteligencia, vigor. Sin querer, volví la cabeza maquinalmente hacia el grupo de nuestras desmedradas gentes de mar.

Seguían débiles, sucias, ebrias, adormiladas, roncacas, en su indescifrable y tosca canturria. Comprendí por primera vez que en Europa iba á pasar algo grande y definitivo.

Pero reaccioné. Levanté la cabeza, y miré, á través de las sombras, las nuevas escuelas de Basurto.

Nuestra Marina de guerra estaba allí.

Santurce, Septiembre 1903.

LA CARTUJA DE MIRAFLORES

¿Es verdad que los cartujos no hablan? He aquí la pregunta que se hacen todos los visitantes del famoso convento que sirvió un día de antesala á la mansión de Enrique III: tan magno es el esfuerzo que hay que realizar para dejar de exteriorizar voliciones é ideas. Un cartujo se nos antoja un ser extrahumano. Los discípulos de San Bruno parecieron ángeles á Rivadeneira, y monstruos á Renán; para renunciar al don inestimable de la palabra, hay que colocarse muy por debajo ó muy por encima de los demás mortales.

Arlanzón adelante, paso firme á través del Soto flo-

rido, hemos pensado esto mismo, y nos hemos estremecido, como ante un lugar de misterio y leyenda, frente al ingreso de la Cartuja. En vano hemos intentado deleitarnos con la contemplación de las líneas severas del vetusto edificio, de sus ajimezadas fenestras, de sus pináculos airosos de resaltados brotes, de su delicadísima crestería y sus bizarras y fantásticas gárgolas; no hemos pensado sino en la dura regla inflexible que condena al silencio á hombres de hueso y carne. Los arcos escarzanos del pórtico; el patio orlado de airosos pinabetes; el fastial que sostiene bajo el lambel al ángel guardián; el arco de ingreso, flanqueado de caladas agujas y fileteado de cardinas y juncos, apenas si han atraído nuestras miradas. En nuestra imaginación no tomaba cuerpo sino la figura, todavía no entrevista, del monje tácito, apenado por la renunciación, herido por la sensación del candente recuerdo, atormentado por la carne, debilitado por el ayuno y quién sabe si atenaceado por la rebeldía; pero mudo, aparentemente impasible, disimulando bajo su capucha la tempestad del cráneo, tapando con el escapulario la tormenta cordial. Anhelábamos verlo á toda costa, observar su rostro demacrado, leer en sus pupilas el destello de la pasión mal domada, buscar en el temblor de sus quijadas la cólera ó el frenesí, el amor ó la envidia, la pena ó la tortura. Y entramos.

El superior hablaba. Se desataba en cálida verbosidad su numen, y todos lo oíamos absortos. Nos mostraba la reja de San Francisco, triste y fúnebre, en las cercanías del coro de los legos; los prodigios de la sillería de mayores, con sus regias cimbras y cresterías treboladas; el sitial del prior, con su gigantesco é

imperial respaldar; el retablo famoso del ábside y, sobre todo, proliza y detalladamente, las tumbas. La Historia pasó por sus labios delante de las de Don Juan II y Doña Isabel de Portugal, bajo cuyas cabezas se ablanda la piedra en mullidas almohadas, y sobre cuyos cuerpos yacentes parecen resonar las estrofas adoloridas de Jorge Manrique, y las turbulencias del reinado de un rey doliente; la Arqueología halló en su voz varonil inspirados acentos ante el sepulcro del buen infante Don Alfonso, en donde campan los escudos de Castilla y León, sostenidos por dos tenantes; en donde, en su hornacina primorosa, ora el hermano de Doña Isabel, sobre lises y granos de aljófar, las manos juntas sobre las mangas acuchilladas, recto el torso bajo el tabardo; la gorra de piel abullonada, colgada á la espalda; el Arte y la Leyenda se desbordaron con su elocuencia ante el pasmoso y soberbio retablo, y, después de ponderar su magnificencia genial: «Aun nos falta—dijo—admirar la joya más soberana: es San Bruno. Ella es tal, que no parece sino un monje vivo: sería menester tocarlo para convencerse de que no es de carne.»

¿Cómo fué? Ello es que, una vez oídas estas palabras, una adolescente, una de las visitantes del monasterio, ingenua, bellísima, en todo el esplendor cándido de la nubilidad, se separó del grupo y comenzó á recorrer, sola y llena de curiosidad infantil, las naves. ¡Oh, sorpresa! Arrodillado en una capilla, había un monje, quieto, inmóvil, como si fuese tallado en piedra; las manos, juntas; la cabeza, inclinada, insensible á la realidad, como si se hubieran petrificado por el éxtasis y la contemplación sus músculos. ¡Y la cándida niña creyó que era San Bruno! ¿No

se le había dicho que la escultura era tan prodigiosa que, para distinguirla de una figura real, era absolutamente preciso tocarla? Comenzó á dar vueltas alrededor del fraile, sobrecogida y temerosa; luego, fué acercándose, le miró á los ojos, y el devoto siguió impasible y sin pestañear. Fué entonces cuando la pobre ingenua se atrevió á colocar sobre su frente calenturienta un dedo.

Y el fraile alzó los párpados atónito. La adolescente lanzó un grito. ¡San Bruno se movía! Debió sentir de pronto el contacto, acaso la amenaza siniestra de lo inexplicable, sobrenatural.

Y el fraile... ¿Qué experimentó al contacto de la mano afilada y ebúrnea de la casta doncella? Tal vez creyó en una aparición celestial; acaso en una sugestión culpable, diabólica. Se levantó, y, reposada, silenciosamente, se encaminó á los claustros.

Y así se verificó la conjunción de dos universos ideales: el del amor y el de la renunciación solitaria; el de la vida y el de la muerte; el de la virginidad y el de la virilidad, castrada por la penitencia: mundos separados por el misterio, por la taciturna y mística disciplina y, sobre todo, por el silencio.

El silencio, que será siempre incomprensión y choque entre las almas; porque el Verbo es el que acertó á condensar y vivificar los planetas, y á redimirlos hecho carne. Y así, es la palabra amor, inteligencia y fecundidad.

SOLEDADE

Han vuelto los días fríos, nubosos, en que un cierzo furioso azota, y ruge, y lagrimotea. Han vuelto las tardes grisáceas con sus cadenciosos silencios y su olor acre á tierra húmeda. Y ahora es cuando los jardines nos parecen más solitarios y melancólicos, con sus ramas medio peladas, en que aún modulan su postrer arpegio los últimos pardillos. Y ahora es cuando se muestran más grandiosas las playas desiertas, en donde vierte el mar sus alborotadas espumas, y en donde las gaviotas pasan rozando con su pecho robusto la superficie del mar, en que flotan las algas, dejando escapar de él, en notas agudas y estridentes, el grito gutural y lastimero del Otoño.

Y ahora busco yo el mar: me complace recibir en pleno rostro la aspersión y el beso de las húmedas ráfagas, y en mis oídos, el ruido cadencioso y monótono del agua batiendo la costa, que tiene algo entremezclado de sollozo y bramido. Porque, al llegar el tiempo en que todo recuerda y evoca, al aproximarse los crepúsculos cárdenos en que todo nos habla de lo que fué, en que cada murmullo parece una queja y cada nuevo rumor un psalmo, quiero estar solo.



Solo; ¿y en dónde? Sobre el mar destaca su parduzco triángulo isósceles una vela latina. En la costa, la barraca levanta su rojo albardín. Una bandada de

pinzones pasa por encima de mi cabeza con ensordecedor griterío, y acude á refugiarse en el faro. Y una columna de humo azulado, elevándose sobre la línea serena que parece unir el cielo y el mar, anuncia, al espesarse en vellones, que sobre la llanura líquida que se extiende á mis pies resbala el transatlántico, y, en cerrado en su seno rugiente de acero, se acerca el hombre.

Luego, se oyen risas y charloteos; una turba de escolares baja hasta la playa, y juega, y corretea, y alborota, y discute; habla de sus proyectos, ¡que serán tantos!, y de sus alegrías, de las clases, que abren sus carcomidas puertas, y de los huertos que les brindan sus sazonados frutos, de Nerón y de Carlomagno, de las Leyes de Toro y de Justiniano, de las leyes de Berthelot y del cálculo iufinitesimal. Todo eso, para ellos, es algo profundo, verdadero, un mundo colosal henchido en promesas; y las sombras se extienden, y las negras siluetas avanzan, y estalla en los aires el grito del ave nocturna, y la vela latina se pliega, mientras sobre el espejo movable en que flotan las algas, asoma amarillenta la Luna, como un planeta muerto cortado á cercén por el sable profético de Mahoma ó, mejor, como una inmensa, perdurable y pálida negación.



Me retiro hacia el bosque de álamos que se inclina en rampa, como una turba de gigantes sombríos pronta á lanzarse al mar á la conquista de continentes imaginarios. Todos extienden sus brazos retorcidos y abiertos hacia la costa, y sus troncos se inclinan hacia adelante, como si fueran á precipitarse sobre

los restos de un naufragio. Más adentro, se espesa la umbría, y, bajo los pies, cruje la hojarasca como una alfombra de titanes. El silbido del viento en las espadañas de un arroyuelo recuerda la flauta de Oberón. Después, las ramas se entrecruzan, la marcha es más penosa, y todo cierra el paso, invitando al descanso sobre un lecho mullido de hojas, briznas y pétalos.

Y ni aun allí estoy solo. Una pareja enamorada repite en voz baja y susurrante el cantar erótico de los siglos; en el diálogo hay, sin duda, frases que acarician y palabras que besan. Y en el tronco del árbol, resuena un chasquido, y otro en los labios, como si bajo la corteza del roble se besaran los átomos, y en la boca de los enamorados se reconcentrara la savia.



Todo me habla; todo me rezonga al oído cosas que quisiera olvidar. El mar, altanero, con su golpeo de espumas; el bosque, con su rumor de frondas; la playa, con su vuelo de pájaros. Hay que subir la empinada cuesta y llegar hasta la ciudad, que encendió ya el fulgente hormiguero de sus mil luces. Al acercarme á ella, los arcos voltaicos parecen, primero, débiles y semiocultas luciérnagas; luego, linternas azuladas, y, por fin, lunas redondas y majestuosas, multiplicadas por inexplicable espejismo. El rumor se convierte en ruido; el movimiento, en agitación. Las calles resplandecen al fulgor de las deslumbradoras vitrinas; circulan coches y tranvías en confusión abrumadora; las gentes me empujan, me sofocan y me apartan con brusquedad. Toda una población moderna desfila ante mis ojos, alegre, despre-

ocupada, jocunda. Cada cual habla de sus negocios del día siguiente, de sus proyectos á realizar, de planes que nadie sabe si habrán de frustrarse; ninguno, tal vez, de recuerdos y de imágenes que se esfuman en la lejanía de los años.

Una debilidad como de fatiga, de agotamiento, de prematura senectud, me invade en el seno de la colmena en huelga. Veo pasar por mis pupilas algo así como redes que me anuncian una lóbrega y desconsolada ceguera. ¡Ceguera de los ojos, después de tanto deslumbramiento prodigioso de espíritu! Nadie me ve; nadie me conoce; ni un solo hombre de los que me rodean sabe que sufro, que yo también he amado y vivido. Me apoyo vacilante en el muro, y contemplo á las gentes indiferentes con estupor. Todos pasan sin hacerme caso, hablan y sonríen. ¡Ahora sí que estoy solo!

SEPULCROS DE REYES

Un sabio médico y arqueólogo, D. Francisco Simón, registró no ha mucho la sepultura de Don Pedro I de Castilla; como Cuvier reconstituyó el animal antediluviano, Simón, con los huesos del amante de la Padilla, reconstituyó el sujeto físico y moral. Su juicio es aplastante, defininitivo: Don Pedro no fué ni el Cruel ni el Justiciero: fué el degenerado, el imbécil y el criminal nato. El folleto publicado con los resultados del examen espera en vano contestación.

Si pudiera hacerse lo mismo con los restos de to-

dos los soberanos españoles, sería preciso rehacer la Historia, escrita casi siempre por aduladores y palaciegos; comprenderíamos de una vez que la grandeza no está en el pasado, sino en el futuro. Entretanto, lo que la Historia pierde, lo ha ganado la Poesía. Visitar sepulcros de reyes es evocar magnificencias que quizá no existieron nunca, pero que tienen la aureola de la leyenda y la tradición.

Ningún monarca ha llevado la ambición tan lejos como Felipe II de Austria. Después de dominar el Mundo, pretendió asegurarse un trono en el Cielo, sacrificando á los herejes y rodeándose en las postrimerías de su vida de una falsa y aparatosa humildad. «El germanismo—escribió Picaveá—era el imperalismo, obsesión de autoridad suprema sobre soberanos y pontífices, exacerbación del cristianismo medioeval, cultivo morbosos de la Teología y la Escolástica; y los Carlos y los Felipes pusieron á su servicio la fuerza enorme de España. ¿No existen especies zoológicas que tienen el instinto de apoderarse de las conchas y nidos de otros animales á los que suplantán? Animales ladrones se llaman. Pues eso fueron y eso hicieron en España los alemanes; nos robaron nuestra nacionalidad, metiéronse dentro de ella, con ella se disfrazaron y desde ella derramaron á través de Europa las sangrientas tenazas de sus tesoros y ejércitos, no para prosperar los destinos hispánicos, sino para engrandecimiento del imperialismo teutónico...» «¡Español Felipe III! Su cuerpo era flamenco; su alma, alemana: lo denuncian su cerebro tardo, su gravedad taciturna, su obrar perseverante y frío, y su política germánica, cesarista y teológica. Clérigos y soldados, teocracia y militarismo suplan-

tan á Consejos, gremios, milicias, nobles, caballeros, universidades, merindades y demás rica variedad de nuestras clases castizas...» «España perdió la riqueza de su suelo porque fué despoblada por dos siglos de guerras; perdió sus industrias porque sus menestrales fueron consumidos en sus ejércitos; perdió sus municipios asesinados por el cesarismo germánico. En cambio, las turbas de soldados viejos, enfermos y tullidos la llenaron de aventureros, bandidos y parásitos.» «El cesarismo data de Carlos I: no es español, sino alemán; el fanatismo y la intolerancia no son españoles, sino alemanes...» «Todavía las guerras, los pronunciamientos y las guerras civiles denotan que vivimos en pleno germanismo.»

Felipe II, el germano-césar y ambicioso, se hizo un sepulcro á su medida. En medio de la sierra, en lugar solitario, medroso y lúgubre, alzó el colosal monasterio, de aspecto frío y conventual, pero de proporciones enormes; amontonó allí todo género de riquezas para rendir culto á la Divinidad, y él, señor de dos mundos, se reservó en el inmenso alcázar que, por su forma de parrilla, evoca el martirio, la más humilde de las celdas. Dentro de aquellas paredes encaladas y miserables, se siente el horror invencible al déspota que ensangrentó al Mundo y lo esclavizó para empobrecerlo y deshumanizarlo, para someterlo á su ambición desenfrenada, que no respetó ni aun la vida de su propio hijo, y hacerlo servir á sus egoísmos de ultratumba.

Y allí, bajo la desmesurada mole, construyó una desnuda y sombría bóveda, entre cuyos helados muros creyó esperar pacientemente su triunfo seguro en la Eternidad.

En vano sus sucesores han trocado la cripta en salón cortesano; ni las escaleras recubiertas de pórfido, ni las puertas de mármol con ornamentaciones bronceas, ni los profusos follajes y molduras que esmaltan la cripta, ni las urnas simétricas marmóreas con sus tarjetones pomposos, en monótona y rígida anaquelaría palaciega, hacen olvidar la primera sensación de espanto ante la satánica egolatría miserable del rey egoísta y frailuno. El sepulcro no es la cripta: es todo el monasterio, holocausto rendido á la ambición ultraterrena y al menosprecio de la belleza, de la libertad, de la fecundidad y de la inteligencia, en aras de lo horrible, lo despótico, lo estéril, lo pobre y lo absurdo, emblema de la ceguera del fanatismo que, después de trocarse en tirano, pretende erigirse en divinidad.

¡Cuán diferentes los sepulcros de Toledo y de Burgos! El sentimiento religioso palpita en ellos, pero concediendo á la forma externa, á la idea de la belleza plástica, á la exuberancia de las formas, toda su excelsa coparticipación en la idea de lo Absoluto. He aquí la Capilla Mayor: sobre marco rebajado y ornado de follajes, se abren los nichos á ambos lados, encima de los cuales se alzan entrelazadas curvas con aéreos arbotantes y agujas de prodigiosa filigrana. Allí duermen, velados por los escudos de Castilla, Alfonso VII y Sancho el Deseado. Enfrente está el lujoso retablo con su crestería labrada en alerce, con sus pilares y pulseras cuajadas de aéreos doseletes y de figuras entalladas por las manos de un soberano artífice.

Y ved en Granada el lecho mortuario de los Reyes Católicos: todo allí es severidad y magnificencia.

Todo el ornato de la capilla consiste en la cinta de letras doradas que corre á manera de friso bajo el arranque de los arcos; pero, á través de la finísima y repujada verja, la visión del sepulcro real suspende y maravilla. Es una urna cuadrilonga y apiramidada, sobre cuya tapa aparecen yacentes los monarcas. El Renacimiento presta ya su grandeza á las figuras y al cenotafio; duermen aquéllos blanda, serena, reposadamente sobre sus almohadillados cojines, y en sus semblantes graves y dulces, en su tranquilidad mística, en sus ropajes blandamente plegados, se adivina la inspiración de quien supo arrancar á la piedra las palpitaciones de la vida; brillantan y ornan el cenotafio primorosos detalles: escudos, castillos, leones, aljabas, yugos, haces de flechas. ¡Y aún Felipe el Hermoso y Doña Juana tienen al lado otro sepulcro que no desmerece del de los fundadores de nuestra unidad nacional!

Si devotos somos de más noble tradición artística, habremos de buscarla en Oviedo. Ejemplo, en su catedral, de arquitectura prócer, es, entre otros, el sepulcro de Ordoño II. En el centro del trasaltar, entre figuras heráldicas, místicas ó simbólicas, se destaca tendida la mórbida y colosal figura de Ordoño, con la diadema sobre las sienes y el globo en la mano; ejemplo de fidelidad: á sus pies, cabizbajo y rendido, espera la muerte un lebel. Detrás, una gigantesca ojiva despliega sus arcos paralelos, en cuyos intradoses, leones y castillos, rememoran que no fueron los contemporáneos de Ordoño, sino los fieles leoneses de postreras centurias, los que le rindieron tan férvido homenaje.

Pero la sensación más intensa nos espera en León,

bajo el coro lobulado y primitivo de San Isidoro. Allí, los Alfonsos y los Ramiros, los Sanchos y Fernandos, los Froilas y Ordoños, las Elviras y Urracas duermen en estancia severa, en armonía con su época, su tradición, su sencilla majestad y con sus lúgubres destinos. Las bóvedas bajas y sombrías; las robustas columnas de románicos capiteles; sus losas, en donde se borraron las inscripciones; la luz medrosa que llega tamizada y débil hasta el fondo de lo que, más que capilla, es cueva, todo produce una sensación por siempre inolvidable. Allí, quien esto escribe quedó en cierta ocasión encerrado y olvidado por culpa del guía. Las obras de restauración suspendidas hacían temer una reclusión suficientemente larga para perecer de hambre entre las sombras ancestrales y evocadoras. Confiesa que no sintió pavor, y aun le pareció su última morada muy superior á sus merecimientos. Cuando salió de allí, estaba ya familiarizado con el sueño de que no se despierta, y con el viaje ignorado y grato de que nunca se vuelve.

Es también en Asturias y en Santa María en donde otros reyes yacen en mayor humildad y cruel abandono. ¿Son de veras aquellos los restos de los Ramiros, los Garcías y los Veremundos? Una restauración imprudente los ha revuelto y, acaso, mezclado en sus osarios. El suelo de la estancia es de durísima mezcla; los techos son de teja vana. Sobre macizos y roídos pilares, lanza sus alardes, como una grave ofensa á Alfonso el Casto, el más deplorable churriguerismo. Pero todo enseña que las glorias humanas se marchitan, y que no es bastante reinar: es preciso sobrevivir.

Opulenta en tiempos de majestad y poderío, abandonada hoy á la soledad y al cuidado más ó menos solícito de unos frailes, hállase una iglesia que guarda en su nave mayor otros reales sepulcros. Su solo nombre evoca siglos de agitación y lucha en que riñeron sus ambiciones egoístas los soberanos de los antiguos reinos: es Poblet. Quien visite sus ruinas, comenzará por encaminarse á Tarragona y sentir allí la admiración, el sobrecogimiento que inspiran las ciclópeas murallas, incomprensibles, únicas, en donde no parece sino que manos de titanes han colocado, uno sobre otro, los gigantescos bloques de piedra, y no hombres, cuyos medios debieron ser po-brisimos, hace cerca de tres mil años. Aquellas piedras cenicientas, que han visto correr veintinueve siglos, parecen también un mausoleo levantado á la memoria del soberano anónimo, que siempre muere y siempre revive, el Pueblo, que unas veces cargado de cadenas y aniquilado otras por la fatiga y la servidumbre, labra á martillo los hipogeos, levanta las pirámides, alza los muros tarraconenses, funda dinastías, libra batallas, padece martirio y persecución y acaba por escribir su inmortal decálogo sobre los escombros de todas las genealogías absorbentes y de todos los imperios despóticos.

Bajando por los floridos campos hasta el valle de la *Conca de Barberá*, se llega al lugar en que la leyenda hizo de un ermitaño un ser intangible, cada vez que el rey moro Almira Almominiz pretendió encerrarlo en sus negras mazmorras. Allí se alzan las fuertes murallas que rodean al monasterio; allí, en el claustro rival del de Oviedo en primor y melancolía, crecen los jaramagos y las plantas silves-

tres, y allí, dentro de la iglesia, cuyo ingreso ornan columnas de bruñido jaspe, suspenden el ánimo los sepulcros. En las capillas laterales, duermen los fundadores de los linajes catalanes, los Puigvert, los Urgel, los Moncada, los Guimerá, los Queixal, Miralcamp, Argensola, Mur, que son como el cortejo fúnebre de los monarcas aragoneses.

Á uno y otro lado del crucero, entre el presbiterio y el coro, sobre un enlosado de mármoles blancos y negros, se alza el panteón sobre un basamento firme de alabastro. Erguidas estatuas separan uno de otro los mausoleos, coronados por elegante y finísima crestería. Los nombres evocan hispanas epopeyas, y los labios las murmuran trémulos. Alfonso II de Aragón, Jaime I el Conquistador, Pedro IV el del *punyalet*, quien, al romper uno de los privilegios de la unión, hirióse en la mano, y exclamó: «—Justo es que privilegio, á costa de sangre de tantos varones adquirido, con la sangre de un rey se extinga y cancele»; Alfonso I y su hijo Don Juan, Don Martín el *Humano*, Don Jaime I el *Honesto*, afrontador de la varonil entereza de Fivaller, caudillo y espejo de *concelleres*; Don Juan el *Cazador*; y luego, los infantes, los próceres de las nobles casas de Segorbe y Cardona, y, no lejos el infortunado Príncipe de Viana y el infante Don Pedro, hermano del conquistador de Nápoles. La sombra de Jaime I parece alzarse sobre todas para prestarles la aureola de su poder y de su gloria, trocada por los siglos en polvo.

Jaime II y Pedro III reposan juntos en Santas Creus. Nada más bello que estos sepulcros, en que el arte poético llegó á su expresión más sublime. Nada más aéreo que sus finísimas columnas, cortadas en haz,

sosteniendo los elegantes templete de mármol de imponderable crestería y de rasgadas ojivas de tracería inspirada y sutil. Dentro, como en caladas capillitas de sándalo, están los sepulcros, que, con ser bellos, quedan olvidados ante el embeleso que producen los prodigiosos templete que los guardan.

No sin emoción honda y sincera elevan los poetas y los jurisconsultos, en Murcia, sus miradas á la urna que contiene en la catedral las entrañas del único Rey Sabio, del autor inmortal de las *Cantigas* y del Código, en que colaboró el maestro Jacobo de las leyes, cuyo cenotafio se halla muy próximo. Pero á la emoción sucede el desencanto. Lo hornacina es recargada en cominerías, y, para más lamentable desdicha, ha sido restaurada y cubierta sacrílegamente de albayalde. Dentro del arco de medio punto, dos abotargados maceros custodian la urna, muy semejante á una sopera: el fondo parece, más propio que de un sepulcro, de un gabinete á la Pompadour.

Don Juan II y Doña Isabel de Portugal descansan sobre urna opulenta en la Cartuja de Miraflores. Pero yo prefiero para los monarcas que antes fueron soldados y que supieron identificarse con las instituciones y las costumbres populares, el refugio austero y simplicísimo de San Juan de la Peña. Es de ver el humilde monasterio al pie de los cabezos heroicos, pobrísimo, pero recio y castizo, como cumple á la tradición del noble solar aragonés. Entre las rocas socavadas se abre el profundo valle; la vegetación lujuriosa se extiende en los bordes de los precipicios. En mitad de la hondura, como si allí lo hubiera desplomado una mano gigantesca, casi en las entrañas de la tierra, está el templo, recubierto por la hojaras-

ca su techumbre de maderamen, hendidos sus muros por los agravios de los siglos y las tormentas. Y, dentro, bajo primorosas molduras pétreas, semicirculares, casi á ras de tierra, se muestran las dos filas de anchurosos nichos románicos. Allí falta á veces toda inscripción, y la sustituye una fecha, un signo, una deprecación, una huella borrosa; y allí están los monarcas aragoneses, altivos en la guerra, humildes en la paz, caudillos y legisladores, próceres y artesanos, guerreros y labriegos; su grandeza no necesita de más pompa: la pregonan los campos asolados y los valles regados con su sangre; la cantan con sus ruidos y ruidos extraños los arroyos de aguas espumajeadas y las tumbas bravías.

Y todavía hay otro rey que duerme solo, aislado, separado de los hombres, encerrado en una cueva socavada en la peña y cerrada por una reja, como la guarida de un león. Es Pelayo. Oculto entre las breñas y las inaccesibles cúspides, parece esperar el grito del clarín para empuñar de nuevo el mandoble ó esgrimir la lanza y salir de nuevo á la cordillera invencible, para comenzar otra vez la reconquista de la España ideal.

Otros muchos reyes se perdieron en lo desconocido. Acaso es uno de ellos el que descansa en el claustro de la Colegiata de Soria, envuelto en paños aterciopelados, rodeado de blasones é insignias indudables del poder real. ¿Quién es? No se sabe. Así pasan sobre la tierra el poder, la majestad y la gloria. Aún más infortunados fueron los que hundieron su pequeñez en las ensangrentadas aguas del Guadalete ó en las riscosidades de las montañas catalanas.

Así duermen los monarcas el sueño eterno. Unos, rodeados de pompas y honores; otros, deshechos en la vorágine de la renovación, que convierte la carroña en abono, y los huesos en tierra cenicienta. ¡Felices los que dieron su vida en holocausto á una idea generosa y fecunda! Ellos solos reinaron de veras y dieron con el mausoleo que no puede ser objeto de profanación; ellos encontraron á su cuerpo inerte lugar apropiado:

que no hay tumba mejor para un guerrero
que el polvo de los campos de batalla.

1912.

JARDINES SOLITARIOS

En toda ciudad vieja ó sus cercanías, hay un misterioso jardín, cerrado siempre á piedra y lodo, un verjel de gusto borbónico que recuerda á Versalles por sus recortados abetos, y á Aranjuez por sus gigantescos y copudos álamos. En él se levanta un palacio por cuyos ventanales jamás entra la luz, cuyas persianas nunca se descorren. Por las junturas de sus puertas, de enmohecidos goznes, pretenden escudriñar en vano algo como un ensalmo las miradas de los curiosos. El transeunte contempla las verjas, sobre cuyas doradas lanzas rebosa un exuberante bosque ó los altos y desmoronados tapias; se pasea con la imaginación por las húmedas y solitarias umbrías, fija su mirada en las polvorientas impostas y las balaustradas cubiertas de enigmas, y exclama: «¡Qué dichoso debe de ser el dueño de este

pensill!», como hubiera dicho Alejandro: «¡Quién pudiera dominarte, oh, Tirol!»

¿No ha llegado la maga, ó es que ha pasado ya sin tocar con su vara de nácar y cedro la vegetación lujuriosa y los esculpidos sillares? ¿No ha venido aún, ó es que no ha pisado con sus blancas sandalias los enarenados paseos en cuyos bordes florecen los jazmines y las clemátides, y en cuyas cercanías entreabre su rayado cáliz el dondiego? Ese musgo en que brillan esmeriladas y cristalinas las primeras escarchas, y que hacen reverdecer de nuevo las lloviznas de Otoño, ¿espera servir de alfombra á un idilio, ó llora una alegría trágica? Ese palacio de majestades de alcázar y severidades de monasterio, ¿ha sido edificado para el amor ó para el sacrificio? ¿Es la esperanza ó el recuerdo lo que se alberga dentro de sus muros? Nadie lo sabe; es posible que nadie llegue á saberlo.

El misterio parece un acicate. Allí, adentro, hay, sin duda, anchurosas escalinatas de mármol con pasamanos de ágata, resquebrajadas, amarillentas y frías, como las que abandonan hastiados los reyes y buscan contritos los monjes; hay bustos que sonríen con su mueca de piedra ó miran con sus ojos rasgados sin pupilas á los artesonados, en donde las arañas tejen obstinadas sus redes; y góticas farolas que nunca han de encenderse, y relojes de esfera de jaspe que han parado su aguja de oro, como señalando á la Eternidad.

Arriba, traspuesta la arcada, cerca del patio de jónicas columnas, hay, sin duda, salones desiertos, que muestran en los techos frescos de Jordán ó de Van der Verden; lámparas gigantescas y complicadas de

crystal de roca, tapices flamencos en que huyen las ninfas de los sátiros ó danzan las pastoras al son del caramillo ó la flauta melodiosa del fauno. Sobre las puertas blancas, de áureas molduras, se pliegan los cortinajes, bordados á mano por infantinas y azafatas, ó las sederías amarillentas de imperiales bordones. Más lejos, están las galerías, bañadas por la plácida y difusa luz cenital, con su doble fila marmórea de grupos clásicos, bustos rotundos ó torsos olímpicos; ó bien las barnizadas vitrinas que encierran abanicos de nácar, pintados por Watteau, cajitas de concha, medallones, camafeos, pendientes de rubíes en forma de escarcelas colgantes y dagas de Milán y arcabuces y partesanas de Florencia y de Flandes. Allí parecen las armaduras de los aventureros de Ostende, los petos incrustados en oro de Saladino ó los cascos y capacetes de Bouillon; y, allá, en lo más recóndito, la medrosa capilla, con su espaciosa y única nave, su tabernáculo velado por lienzos, su tríptico de Ribera ó del Tiépolo y su cripta, en que, acaso, descansa un cuerpo de mármol sobre otro de polvo. Sobre la figura yacente, que cruza sus dedos afilados encima de los bien plegados ropajes, cae un rayo de luz, descompuesto en cambiantes al pasar por la ojival fenestra y filtrarse por los vidrios policromos, donde azota la lluvia en las noches solemnes, con monotonía ritual de rumor de sauces ó el viento que finge quejumbres de cítaras lejanas de cuerdas dohientes.

En el jardín, en el ancho y vacío tazón de la fuente seca, junto al basamento cercado de plantas silvestres, en que parece haber interrumpido súbitamente su grotesca danza el silvano, ha venido á pa-

rar en suspiros fantásticos la primera hoja consumida por el cierzo otoñal, desde lo alto del eucalipto. Todo se ha estremecido al soplo primero de las nevadas cumbres; las adelfas se han columpiado en momentáneo espasmo y han vertido su polen; los plátanos han agitado sus ramas; las sóforas han doblado sus copas. Ha sido un segundo de vida en aquel edén muerto. Después, todo ha vuelto á su quietud solemne. El silvano ha seguido inmóvil, como si esperase un mandato supremo; el manantial ha permanecido mudo; el estanque ha seguido ocultando su lisura bajo la capa de algas, hojarasca y verdín; el ambiente ha continuado impregnado en vahos de tierra húmeda y acre; los nardos han inmovilizado sus pétalos de cera, y los geranios, sus flores bermejas, sin que un solo insecto haya venido á posarse en ellos para agitar sus transparentes élitros sobre el metálico coselete.

La melancolía nos impone su yugo; una tristeza dulce y resignada, como en la oda á Quinto Delio, nos domina. Todos tenemos dentro un alcázar, con escaleras conventuales que esperan la pisada de la heroína, con imperiales cámaras desiertas que atienden á que venga una mano piadosa á encender sus hogares extintos y sus apagadas lámparas de bronce. Todos conservamos en el alma un jardín, en que las estatuas duermen empolvadas y en que los manantiales permanecen secos. Una ráfaga de viento perfumado lo estremece á veces, agitando sus ramas y haciendo sonar en ellas dulcísimos acordes. Después, todo queda en silencio, inmóvil, como la aguja de oro que señala la Eternidad.

La maga no ha venido ó no ha agitado su vara de

nácar y cedro; no ha aparecido, ó no se ha dignado calzar sus blancas sandalias. Vano será el esfuerzo de los curiosos para asomarse á esos jardines, para visitar esos encantados palacios, para escudriñar esas íntimas reconditeces del alma humana. En ellas, ya sólo puede entrar el viento del Otoño con sus frialdades y sus vahos de tierra húmeda. Respeto á lo que ha sido, y paz perdurable y augusta á lo que nunca habrá de ser.

MEZQUITAS Y SINAGOGAS

Ni los romancescos y portentosos puentes de Alcántara y de San Martín, ni el orgulloso y prócer castillo denominado de San Servando, ni las famosas puertas militares del Sol y de Visagra, ni las torres de la Reina y la Cava, ni la iglesia incomparable de San Juan de los Reyes, ni las de Santo Tomé y Santa Cruz, ni aun la Catedral misma con sus inapreciables tesoros y sus deslumbradores prodigios, ni los palacios, ni las posadas, ni las callejas medrosas y legendarias, ni los fantásticos recovecos, ni los portones claveteados, ni los repujados hierros y tallados arcones, ni todas las maravillas, en fin, que encierra la capital toledana, producen la sensación extraña que dos pequeños edificios, menos artísticos, más pobres y olvidados que rememoran tiempos en que las más opuestas creencias pudieron convivir en España, sin que la soberbia de los reyes ni la intolerancia de los prelados perturbase á los fieles de las

diferentes confesiones al elevar sus humildes plegarias á la Divinidad.

Son estos templos el Tránsito y el Cristo de la Luz. Después de haber recorrido la ciudad-museo y ver hasta dónde puede llegar la inspiración de los arquitectos y de los artífices, el Tránsito pasma con su adusta simplicidad. Cuatro paredes, sin arcos, sin bóvedas, sin columnas, sosteniendo un viejo maderamen, forman la sinagoga. Solamente en la parte superior de la estancia una ancha faja de estuco labrado y una serie de arquillos primorosos prestan suntuosidad al desmantelado salón cuadrilongo.

Allí, cuando España entera vertía su sangre por defender la Fe y la palabra de Cristo, cuando la religiosidad era más viva y más fuerte y vigoroso el sentimiento de nacionalidad, los hombres sin suelo y sin patria, los enemigos del Evangelio, los sucesores de quienes vendieron y crucificaron al Redentor, vivían en paz, oraban libre y pacíficamente, celebraban sus ritos y entonaban sus psalmos, sin que nadie, soberano ó caudillo, sacerdote ó prócer, juez ni verdugo, osara perturbar el solemne recogimiento de sus ceremonias y la austera majestad de su culto.

Y, á otro lado de la ciudad, medio escondido á los ojos de los indiferentes, pero abierto libremente á los árabes, estaba el templo musulmán, que ahora se llama el *Cristo de la Luz*. Un estrecho recinto, sostenido en el centro por cuatro columnas que parecen hundidas en tierra y cerrado en lo alto por otras tantas claraboyas, forma el santuario. Los arcos de herradura, de estilo árabe primitivo, sin ornamentaciones ni hojarascas; la cúpula central con sus ajimeces cercanos y sus labores y resaltos, dan al recinto una

belleza cuya sensación no se disipa en mucho tiempo. Toledo, que ha llegado á ser nada, lo pudo ser todo, como España, si el instinto de humanidad y de fraternidad entre todos los hombres hubiera vencido al fanatismo y al odio sembrado por los monopolizadores de la creencia.

Nada ha producido en mí sensación tan intensa de desagrado como aquellos frescos, tal vez no auténticos, bizantinos, que recuerdan el primer atropello salvaje cometido por las turbas del rey Alfonso; nada tan repulsivo como la huella que se supone marcada en el templo por la herradura del caballo del Cid. En aquel momento, con aquella profanación inaudita, comenzó para España la escisión, que había de ser incesante, de los espíritus, la era de las contiendas religiosas, el afán sectario que había de expulsar, con daño de la riqueza y de la industria, de nuestro territorio á los judíos y á los moriscos, y que no había de terminar sino con la pérdida de dos imperios y nuestro aislamiento del planeta, como pueblo incapaz de sentir el respeto á cosas y personas, á costumbres é ideas, destinado á caer, desde las más altas cumbres de la idealidad, á los más hediondos abismos del prosaísmo.

¡Y aún los visitantes del *Cristo de la Luz* se inclinan respetuosos ante la huella del casco de *Babieca* y se descubren ante las odiosas pinturas murales que denotan en el Arte un vergonzoso y triste retroceso, como todo lo bizantino español! Causa pena, rubor, tristeza invencible, ver cómo todavía, en pleno siglo xx, sólo existe el odio á los cultos ajenos; no hay para qué decir cómo se acentúa este enigma y se trueca en agresión brutal, frente á la libertad de conciencia.

Toledo entero es un gran museo; á cada paso, el entendimiento se eleva y el sentimiento se extasía. El Arte, en él, ha llegado adonde acaso no llegó ni en Nuremberg, ni en Brujas, ni en las viejas ciudades que son pasmo de sus visitantes. Pero el *Tránsito* y el *Cristo de la Luz* son una severa y amarga lección: son el ejemplo vivo de nuestra ignorancia, la plasticidad de las causas de nuestra fatal decadencia. Y por eso, su recuerdo dura más en nuestro sensorio que el de todos los prodigios insuperables que pudimos admirar en Toledo. Se goza de la identificación con todo lo grande, allí donde la sensibilidad se deleita; pero sólo se percibe el soplo de lo verdadero inmortal allí donde se aprende.

Toledo.

DOMINGO DE OCTUBRE

Ha salido el Sol. Las calles de los barrios extremos han ido quedándose solitarias. Mis vecinitas han salido las últimas, con sus rizadas faldas de muñeca y sus sombrerillos encintados. Después, el Sol ha ido subiendo, subiendo por la fachada frontera, dejando en la calle una luz vaga y melancólica. La claridad radiante sigue reflejándose arriba, junto al alero. Hace frío. ¿Por qué no me he marchado yo, como todos los veraneantes? Busquemos el sol. ¡Ea! Venga la capa y el gabán. La ciudad me abandona. La buscaré por paseos y por avenidas, por teatros, cafés y ventorros, aun á trueque de que alguien

interrumpa mi meditación solitaria, para decirme, entre burlón y compasivo: «—¿Adónde vas con todas esas penas?»

Voy... no sé adónde. El instinto me hace huir de la playa abandonada y húmeda, y me lleva al parque. Allí hay niños; los niños y los árboles tienen la majestad y la gracia de la renovación. Sin embargo, los árboles han perdido sus hojas, y parece como que retuercen sus sarmentosos brazos, pidiendo que no se aleje el Sol, que declina. Húmedo está el suelo, y lleno de hojarasca. Pasan algunos niños, pero no juegan: van serios, hablando unos con otros. Una mimosilla de blondas melenas avanza distraída, sin hacer caso alguno de la pelota que oscila en su red. ¿Es que también los niños tienen pesadumbres?

No: no es eso. Por allí saltan, gritan y corretean varios hijos de menestrales. Es, sin duda, que la infancia de los ricos es mucho más rígida, más sierva, más triste que la de los pobres. El hijo del albañil ó del pescador puede andar á su antojo por charcas y lodazales, saltar vallas, arrojarse al suelo, gritar desahoradamente y llorar, si le place, á voz en cuello. El hijo del rico, no. Es esclavo de la ropa, que le oprime y molesta con sus complicaciones y adornos; es siervo de una etiqueta ceremoniosa que no comprende, pero que le es impuesta como un yugo. No puede descomponerse, destrozarse, *ponerse en ridículo*. Y allá va erguido, tieso, con la mirada absorta, fija en aquellos otros arrapiezos, que se arrojan puñados de barro y se llaman á gritos con toda la salvaje alegría de su independencia infantil.

La niña de la pelota se ha sentado en un banco, y, desde allí, mientras el aya le gruñe una sarta de pa-

labras sajonas, ella, con sus amoratadas piernecitas al aire, oprimido el cuello por una piel de marta y los ojos azules muy abiertos, mira cómo se acerca una muchacha mofletuda, que, por un agujero de la toquilla roja, adelanta un brazo nervioso á cuyo extremo hay un grueso zoquete de pan. No hay duda: es á ella á quien se dirige.

—¿Juegas?

—Lo siento mucho...; pero no quiere la *Miss*.



Salgo del jardín; por una de las avenidas, pasan lujosos trenes, arrastrados por troncos de alazanes gallardos, que sacuden sus cascos á martillo. En todos ellos, hay mujeres hermosas, jóvenes, elegantes, dignas de admiración, cuando no de reverencia y devoción fanática. Todas van reclinadas en sus perfumados almohadones, cubiertas las carnes de pedrería, y las ropas, de encajes. Y van serias, muy serias. Las sacerdotisas no ríen, y ellas lo son de la belleza, de la opulencia, del *buen tono*. Parecen algunas prisioneras tras los cristales biselados de las portezuelas, ornadas de blasones. Imaginándolas reunidas, la fantasía se figura algo como una recepción palaciega ó una ceremonia claustral, algo muy solemne y muy frío. Una carcajada haría, de seguro, volver la cabeza con estupefacción á todas aquellas vírgenes adustas.

Por la acera, pasan charloteando, riendo á boca llena, grupos de obreras y de sirvientes. Posible es que mañana mismo, por cualquier tontería, sean despedidas de la fábrica, del taller, de la casa en que

sirven. No importa. Rien con el alma y la vida, y algunas se aprietan la cintura para reir con más desnudo. A su lado, caminan unos cuantos mancebos con chaquetón, los cuales dicen nadie sabe qué majaderías; sin duda, son de á folio, porque despiertan una hilaridad más que homérica.

Desde luego, el grupo es contemplado con envidia desde más de un carruaje. Es probable que alguna joven aristócrata, presumiendo cuál sea el género de los chascarros, haya también sentido ascender á sus labios la risa franca; pero se habrá contenido, recobrando inmediatamente su digna seriedad. Hay que ir decorosamente en carruaje; saber andar en coche es lo primero, y «todo otro andar es andar á gatas».



En los teatros, los espectadores de las lunetas entraron correctos, serios, casi cejijuntos, mientras asaltaban con inusitada alegría los duros y malolientes asientos de las graderías los concurrentes á las funciones de tarde. En los cafés, se discutía, se hablaba, siempre con gravedad ó enojo, mientras los granujillas asomaban á los cristales sus caras llenas de churretones y desfiguradas por muecas risibles. Al volver á mi habitación, oí en el camino disputar en voz alta á varios caballeros, en tanto que un porteador de muebles, agobiado por el peso de un enorme ropero, canturreaba con voz aguardentosa un tango popular.

Llegué á mi habitación; todo me parecía sombrío. El día de fiesta para todos había sido para mí de aburrimiento y displicencia.

En la escalera he encontrado á Tomasillo, un hijo del albañil que habita en el piso sexto; el rapaz venía también de pasar la tarde lo mejor posible.

—¿Te has divertido mucho?—he preguntado al chico.

—Sí, señor: mucho.

—Pues, hijo, yo, maldito—he replicado con cierta envidia.

—¡Claro!—ha interrumpido el muchacho—. Nosotros, los pobres, nos alegramos con cualquier cosa; pero ustedes, los *señoritos*, ¿cómo han de divertirse, si no les deja la *educación*?

LOS IMAGINEROS

Cuéntase del insigne escultor Alonso Cano que, al morir, habiéndole presentado el sacerdote que le agonizaba un crucifijo de mala talla para que lo besase, Cano lo desvió volviendo la cara, y le dijo: «—Deme, padre, una cruz sola, que yo, en ella, con la Fe, venero á Jesucristo, y lo reverencio como es en sí y como lo contemplo en mi idea.» ¡Cuántas veces, en catedrales, iglesias y conventos, no hemos recordado la frase memorable y hemos vuelto la cara por no contemplar las imágenes, verdaderas profanaciones religiosas y artísticas! ¡Qué de Cristos retorcidos y absurdos! ¡Qué de Vírgenes desproporcionadas y ridículas! ¡Cuánto Apóstol, Evangelista, mártir ó prelado grotesco, hartó más semejante á un icono chino que á un glorificador de la creencia! Y, todavía, me-

nos mal cuando la obra del escultor aparece como es; pero, en millares de hornacinas, el Hijo de Dios ciñe groseras enaguillas de encaje ó de simple bordado; la Virgen Madre ostenta vestiduras y mantos anacrónicos, recargados de falsa pedrería y de chafado y sucio oropel; no hablemos del Divino Niño, adornado como un muñeco, almidonado, perfumado, cubierto de felpas y cordonerías, recamados y lentejuelas. Los cirios rizados, las flores de papel y de trapo, los cacharros de cristal y de loza, y, modernamente, las guirnaldas con bombillas eléctricas, á cuyos lados se destacan los cromos deplorables de los Sagrados Corazones ó las almibaradas figuras de pasta, repintadas y barnizadas por los fabricantes alemanes judíos de Hamburgo, acaban por descoronar al artista y producirle la más invencible repulsión y el más triste de los abatimientos.

En general, en nuestro país, el clero ha cometido en las iglesias todo género de profanaciones: á los más bellos edificios ha adosado capillas y viviendas que ocultan las más primorosas fachadas con sus moles odiosas de cascote. En el interior, ha encalado columnas y bóvedas de piedra labrada; ha embadurnado púlpitos, retablos y órganos de talla; ha vendido joyas, y las ha reemplazado por *pastiches* ó imitaciones grotescas; ha llenado los altares de vasijas, trapajos, chucherías y ex-votos lamentables. Apenas si hay una sola preciosidad que no esté eclipsada por algún mamarracho vulgar que pone á los amantes de la belleza los cabellos de punta.

Es en las imágenes, sobre todo, en donde la impresión es más honda. Las más veneradas carecen, por lo común, de mérito artístico, y sus indumenta-

rias asustan por lo impropias: tales, las del Pilar y Monserrat. En los nuevos templos jesuíticos, las figuras más relamidas, fabricadas por los consabidos hamburgueses, recuerdan las figurillas de pasta con que adornan sus bandejas los confiteros. En casi todas las iglesias, hay una veneradísima imagen que sólo tiene cabeza. Joven doncella ha habido que, encargada de vestir á Nuestra Señora, quedó horrorizada al ver que su cuerpo era un tronco sin descortezar de álamo ó de chopo. El cuento del baturro que no respetaba al santo patrono porque *lo conocí ciruelo* es, en nuestros templos, á todas horas, de palpitante actualidad.

Y hemos tenidos imagineros: Jerónimo y Gregorio Hernández, Francisco Salzillo (Zalzillo dice la partida de nacimiento), Alonso Cano y Juan Martínez Montañés, son de ello buen ejemplo; no hablemos de Berruguete, quien, más que la madera, trabajó el mármol, ni de los extranjeros que trabajaron en España, como Juan de Juni y otros no menos gloriosos. Los citados artífices llegaron en alguna de sus obras á la perfección. Pero ¡qué de dificultades para admirar sus obras, y qué lugares han sido escogidos para su exposición y conservación!

Salzillo fué escultor realista; pero ¡qué expresión ideal en el rostro de su *Dolorosa*! Pues bien: entre los años tres y nueve, ha sido despintada la cara para sacar una mascarilla. ¡Qué grandiosidad la de la *Cena*! Pero la *Cena* está encerrada en una habitación reducidísima, de donde no puede ser sacada sin grave peligro de los porteadores; para verla, es preciso subir andamiajes y caminar junto á la pared por resquebrajados tablones, ó esperar las procesiones de

Semana Santa, en que la mesa aparece cubierta de manjares, frutas y legumbres. ¡Cuán admirable *La oración en el huerto!* Pero los olivos han sido sustituidos por una palmera, y Jesús, vestido de gala. En Santo Domingo, en San Pedro, en San Nicolás, en San Miguel, en los conventos, en las capillas, en Murcia, en Cartagena, en Orihuela, en Alcantarilla, están esparcidas las preciosísimas esculturas, pero siempre arrinconadas, empolvadas, encerradas en sitios en que la admiración es imposible.

Hasta hace poco tiempo, daba vergüenza ver las imágenes admirables de Gregorio Hernández en el Museo de Valladolid. Había allí basura para abonar un predio. Ahora, menos mal. Pero ¿qué efecto han de producir las imágenes religiosas fuera de sus lugares apropiados, que son los altares? En formación ó amontonamiento, entre otras de Coello y Juní, están algunos pasos de Semana Santa y la Virgen con Jesús en los brazos, y otras muchas maravillas. No sabemos, sin embargo, asegurar que están peor que las esparcidas por las iglesias de Valladolid y por las Huelgas, Sahagún, San Cebrián de Campos, Ríoseco, Medina, Nava del Rey, Aniago, Tudela, Avila, Salamanca y Zamora.

¿Pues qué diremos de las de Montañés en Santiponce y en algunos conventos de Sevilla? Pero, ahora, se ha conseguido siquiera que las poblaciones se interesen en la conservación de estas joyas, de que, hace años, ni siquiera se daba cuenta en diccionarios, ni aun en obras de erudición arqueológica. Ved lo que dicen de Gregorio Hernández D. José María Quadrado, y de Montañés, D. Pedro de Madrazo; quien busque allí noticias, datos, descripciones si-

quiera, acabará por acudir (¡oh, vergüenza!) al *Baedeker*.

Nada comparable á la sugestión que produce el Nazareno de Montañés: ella ha sido reflejada por Salvador Rueda en una poesía inspiradísima. Otras esculturas llenas de errores anacrónicos, sobre todo de indumentaria, no pueden producir efecto análogo, como el portentoso San Francisco, de Alonso Cano, no puede hacer el mismo efecto que sus tallas de Granada y Jetafe. El Nazareno es una obra tan inspirada, tan sublime, que Montañés mismo se deleitaba buscándolo por las calles al paso de las cofradías. Cuando, por la noche, desfila por la del Silencio la divina escultura, «abatida la frente, la cruz á la espalda, clavada en el suelo la mirada vítrea, tejida de lirios la túnica, colgado del cuerpo el cingulo de oro, el cabello mezclado de espinas y la sangre brotando en las sienes», parece congelarse en el pecho la sangre. El Arte no puede llegar á más, y su presentación nocturna, al reflejo amarillento de los cirios y el humo perfumado de los incensarios, en el silencio augusto que subrayan los pasos de los penitentes ó el lejano lamento de las *saetas*, da al espectáculo una entonación mística, sobrecogedora, por la cual bien vale la pena de visitar la ciudad del Guadalquivir.

¡Cuánta belleza esparcida, mal tratada, olvidada acaso! Un inventario de nuestras joyas artísticas que evite la incuria y acaso el fraude, se hace cada vez más preciso. Solamente así podremos saber hasta qué punto es rico y sorprendente el tesoro que supieron legar á su patria los imagineros españoles.

EL CASTILLO DE MESONES

Pasado el filo de la media noche, montamos á caballo, y, alumbados por el fulgor de la Luna menguante, salimos de Morata. Cruzamos el Jalón, rojizo como si aún llevara en sus ondas la sangre de los deudos de los Urgel y los Trastamaras y, dejando atrás los huertos floridos, emprendimos la ruta por el pedregoso camino que, en dirección Noroeste, cruza la provincia, para internarse por el Moncayo y llegar á Tarazona y pasar por esta vieja ciudad á Navarra.

La vegetación desapareció por completo á los dos kilómetros, pero tan completa, tan absurdamente, que todos experimentamos una sensación de angustia y de horror. Ni un árbol, ni una mata, ni una yerba, ni una sola brizna asomaba su tallo en las rocas calcáreas, blancas, peladas que se extendían hasta donde la mirada podía alcanzar. El fulgor del astro nocturno nos sugirió la idea de encontrarnos en un paisaje salenita, sin plantas, sin agua, sin huella de seres humanos: todo ofrecía la visión de un mundo en que hubiera ocurrido un cataclismo apocalíptico, y la angustia aumentó en nosotros, porque nada acongoja tanto, por instinto de especie, como la presciencia de que la Tierra ha de morir y ha de rodar algún día en el espacio sideral, pálida y descarnada como un cuerpo muerto. Pensábamos entonces que habían sido las guerras fratricidas de los aragoneses las que habían esterilizado la tierra, endurecido las

colinas y poblado la comarca de espectros de granito, y esto nos conturbaba aún más en aquella fúnebre soledad, en que cada roca se asemejaba á un cenotafio. Sentíamos frío, y en la frente, un desvanecimiento como de pesadilla. Parecía, en el desierto de piedra, que la vida se había extinguido por siempre y que no volvería á renacer.

Así cruzamos Chodes, Arándiga y Nigüella. Una vega misérrima, unos cuantos edificios de adobes, cerrados y silenciosos, nos recordaban que allí había restos de humanidad. Luego, seguíamos por entre las rocas desnudas, amarillentas, hoscas, en su eterna calvicie, como las de un lugar de condenación, un círculo dantesco en el cual la pena mayor fuera esta dura y terrible palabra: *esterilidad*.

Doloridas las sienes, sedientas las fauces, fatigados los ojos de la luz lúgubre del satélite muerto, contemplábamos las estribaciones sobrecogidos. El suelo parecía oscilar en ondulaciones y anchos conos de forma de colmena: avanzaban en tropel las masas de rocas, y se separaban luego para mostrar el negro abismo cortado á cercén. Pero, siempre, todo pelado, cárdeno, muerto, como un planeta trocado en conglomerado de lava por el furor volcánico. En esta situación de ánimo, llegamos ya cerca del alba á Mesones.

La vega, pequeña, pero fértil, nos hizo lanzar un suspiro de alivio. Allí, en el fondo de un barranco, florecían los huertos y el cultivo intensivo; su zona era muy reducida, pero ella alejaba de nuestro sensorio la impresión de la definitiva desaparición de la vida y la inteligencia. En lo alto de una colina, dominando el caserío semitroglodita, vimos el castillo, y,

de nuevo, la tristeza se hizo de nosotros dueña y señora. La fortaleza no era sino un montón informe de piedras, arrancadas por la saña destructora de los aldeanos. Desde la cumbre al valle, todo era un pedregal merced á ese furor devastador del pueblo po-brísimo, resignado á vivir en el páramo, sin más perspectivas que las del exterminio, el agotamiento y la muerte.

Todavía, algunos muros conservaban sus fuertes almenas y sus bien engendrados torreones. El castillo debió ser, sin duda, aunque no aparece mencionado en las crónicas más usuales, uno de los más bellos y poderosos de su época; de cuál fuera ésta nos procuró indicio en su plaza de armas, sobre una puerta coronada de apuntada ojiva, el escudo del Condestable. Una medio luna invertida, es decir, con las puntas del segmento hacia abajo, nos recordó la época turbulenta. ¿Acaso comenzaron la destrucción las huestes de los vengadores de Fernández de Heredia? «No lejos de la Almunia, escribe un historiador un día de 1411, se consumó una catástrofe sangrienta. Hervían los bandos y las ambiciones durante el fatal interregno, y el arzobispo de Zaragoza, Don García Fernández de Heredia, salía de la villa acompañado de algunos clérigos y seglares, acudiendo á la cita de su enemigo Don Antonio de Luna, campeón del Conde de Urgel. Amistosa comenzó la conferencia; pero los interlocutores fueron alejándose, y pronto se vió al de Luna descargar el acero sobre el prelado; persiguenle los de Urgel, y le derriban de la mula, y acaban á estocadas. Doscientas lanzas salen de una emboscada, y acaban con feroz matanza la jornada de sangre.»

Desde luego, el alcázar no perteneció á los Condes de Urgel, que traían en campo de plata sobre su luna jaqueles de oro y negro, pero sí á sus descendientes, y, más que probablemente, á Don Alvaro, por la posición del menguante. Todavía es posible recorrer algunas estancias que debieron ser amplias y suntuosas, bajar á las poternas, hallar los restos del rastrillo, pasear sobre las murallas flanqueadas de cilíndricos torreones; dentro de poco, todo habrá desaparecido: garras de titanes, si no hierros de ignorantes labriegos, habrán hecho desaparecer la reliquia.

¿Por qué? Porque la leyenda cuenta que en el castillo hay un inapreciable tesoro. Lo había, es verdad: era el edificio mismo, artístico, soberano, evocador; pero el pueblo lo sigue buscando en los hendidos y revueltos cimientos. Así han desaparecido en España la mitad de nuestras joyas arquitectónicas.

Y así ha desaparecido la vegetación. El viejo salvajismo arrasó Aragón con su ímpetu bravío. No de otro modo, muchos siglos después, en nombre de una civilización sin entrañas, arrasa la floreciente Europa, sin conmiseración ni piedad, la barbarie nueva.

Morata de Jalón.

CIUDAD NUEVA: QUINCE DÍAS

Allá, bien iniciada el alba, despertamos entumecidos, friolentos, aturdidos por el traqueteo y la ruda oscilación del convoy; durante la noche, hemos per-

manecido en un sopor que no ha conseguido convertirse en sueño reposado y tranquilo. Horas y horas nos hemos abismado en inconsciente, pero sobresaltada y penosa, modorra. Ni uno solo de los golpeteos producidos en los ejes por la unión de los rieles ha dejado de repercutir en nuestros desfallecidos músculos; ni la menor oscilación ha dejado de ser percibida en la penumbra del departamento por nuestros ojos medio entornados. De cuando en cuando, después de largos tránsitos de monótono y retumbante ajetreo, nos ha sobresaltado un silencio brusco: ha sonado una voz semejante á una lamentación, que pregonaba un nombre para nosotros desconocido, y el tren ha vuelto á ponerse en marcha, «con un trajín de fiera encadenada», como escribió, con gráfica expresión, el inolvidable poeta de las *Doloras*.

Pero los encadenados, los prisioneros somos nosotros. Nos preguntamos por qué motivos nos hemos recluso voluntariamente en la movable celda, y no lo sabemos. La costumbre acaso; tal vez el deseo «de ver y saber cosas nuevas», condenado con tanta severidad por fray Luis de Granada, y que es el más fuerte acicate de toda nuestra vida de neurasténicos activos, sin duda el afán de reposo nos ha lanzado á la excursión impremeditada. Para tranquilizarnos en el corte brusco hecho en nuestra vida de burgueses insignificantes, necesitamos decirnos que no vamos al Japón, ni al Canadá, ni siquiera á Iprés, sino á Ciudad Nueva. Sin embargo, miramos con estupefacción, al amanecer, los campos floridos; contemplamos con asombro los garbanzales, los bosques de castaños, los pedregosos arroyuelos á cuyos bordes pastan rumiantes y pacíficas vacas. No nos reconoce-

mos: nos consideramos héroes denodados al emprender tan breve odisea. Luego, regresaremos orgullosos de nosotros mismos, relatando aventuras tartarinescas, describiendo paisajes situados á veinte pesetas de Madrid. En nuestro universo pequeñito, esta ha sido una hazaña portentosa. Y, lo confesamos francamente, la mayoría de los veraneantes piensa lo mismo, pero se lo calla. No siente, como el inolvidable De Maistre, el vértigo de las insignificantes alturas—de dos ó tres metros—y el deslumbramiento de las reducidas distancias: es incapaz de realizar el viaje «alrededor de su cuarto», navegando, galopando, en automóvil, en tren rápido, en globo dirigible; no sabe sentarse en un sillón y emprender desde allí una excursión á los pálidos valles de la Luna. Y se ríe de nuestras peregrinaciones á Ciudad Nueva y Villa Solemne, situadas á 500 kilómetros de la calle de la Magdalena; es decir, casi al otro extremo de nuestro planeta numerario, en donde nos esperan las aventuras maravillosas del pacífico viandante, al cual no sucede nada absolutamente, ó, lo que es lo mismo, le acontece todo lo que es digno de añoranza y recordación.



Y henos en Ciudad Nueva. Ciudad Nueva, unas veces, es melancólica, grande, ceñuda, con la altivez de una vieja reina desposeída; otras, es luminosa, alegre, fresca, sensual. Siempre es para nosotros atractiva y llena de embeleso, porque es el misterio. Por de contado, tiene tendido á sus pies el mar, como un león azul de leyenda, empapado en la línea lejana del horizonte en arrobadoras neblinas. En la ciudad de

encanto, todo nos deleita: su clima, confortador y tónico; su aroma penetrante de algas y mariscos, ó, mejor, de puro y vivificante ozono, que ha de curarnos ó aliviarnos de nuestro agotamiento; sus peñas abruptas, sobre las cuales levantan las olas su espuma en ramilletes y surtidores nítidos; sus paseos amplios, su caserío original y típico, y, sobre todo, sus habitantes, atentos, corteses, hospitalarios, irremplazables, que hacen más, porque nos curan de nuestro lóbrego y tenaz pesimismo. ¡Y hemos venido por quince días! Nos entristece la perspectiva de la despedida prematura, el regreso á la vida de yunque y de aplastante monotonía. ¡Quince días! Es plazo muy corto. Y, sin embargo, ese es el misterio de nuestro deleite. Prolongadlo á dos años, y el ensalmo se habrá deshecho: sobrevendrá el hastío, y el recuerdo que ha de poetizar el resto de nuestra existencia se habrá desvanecido en los prosaísmos de la realidad.

¡Ciudad Nueva!; es decir, ciudad que no tiene en nuestra alma recuerdos angustiosos, ni desengaños, ni remordimientos, ni heridas que sangran, ni desconfianzas que irritan; población en que somos niños porque no tenemos pasado, y buenos porque en ella no habremos de luchar, y confiados porque la esperanza, como la ilusión, nos sonríe. Ciudad-bálsamo, que cicatriza las rasgaduras de nuestra piel interna, que no conoceremos jamás á fondo, y, así, sólo tiene para nosotros perspectivas magnas y marcos de ensueño, y brisas confortadoras, y cálices rosados é ilusiones, que, como nunca han de convertirse en hechos tangibles, tampoco se habrán de marchitar.

Y por eso, cuando volvamos á encerrarnos en la

celda movable, y cuando nos hallemos otra vez ante nuestra mesa de trabajo, diremos con unción, recordando la breve estancia: «¡Oh, hermosa; oh, pulcra; oh, inolvidable Ciudad Nueva!» Porque no hemos llegado á poseerla, como las frutas de ajeno cercado, como las hembras del harén, como los pájaros del bosque, como el arco irisado de los cielos, como todas las cosas soñadas y entrevistas apenas, que pasan fugaces por nuestro horizonte melancólico con ruido de aleteos y cuchicheos de adolescentes, y embriaguez de perfumes, y rumor de oleajes, y deslumbramiento de magnificencias, trazando en la lóbreguez de la vida tenebrosa y marchita un reguero de luz y una rosada estela de esperanza.

FIN



INDICE

	<u>Páginas.</u>
A caza de ensueños.	171
Agonía del león.	106
Aguilas y leopardos.	32
A la luz de la Luna.	47
Alborada de la Merced.	168
Aldeas	175
Aniversario	117
Archivos.	202
Asilo de la Caridad.	62
Astilleros humanos.	209
Asturias. 122, 163 y	224
Avila.	79
Bajo el roble.	26
Barcelona.	87
Barracón.	206
Barretinas.	83
Berruguete.	51
Bilbao	22
Bosques y trigales.	43
Burgos. 110 y	122
Canéforas.	151
Capitalistas al ruedo.	180
Caput Castellae.	110
Carabanchel.	180
Cartuja de Miraflores. 212 y	227
Carritos.	87
Casa del cura.	53
Castilla.	43
Cataluña. 83 y	163
Ciudad nueva.	248
Comienza el año.	195
Coruña.	144
Costa. 103 y	115
Covadonga. 163 y	228
Cruz de Borrás.	99
Cuenca.	29

	Páginas.
Cuore	66
Del atrio á la ribera.	39
Desbandada.	13
De vuelta.	91
Domingo de Octubre.	236
Escorial	220
Evocadores.	127
Frente al mar	71
Galdamés.	206
Galerías.	149
Galicia. 144 y	163
Gijón	122
Granada. 9 y	222
Graus. 103 y	115
Guernica.	27
Humilitas.	131
Imagineros.	240
Jardines solitarios.	229
León. 135, 198 y	223
Linterna.	135
Lo pasado, pasado.	184
Mar 17 y	71
Marzo en la aldea.	175
Marruecos.	142
Mesones (Castillo de).	245
Mezquitas y sinagogas.	233
Miraflores. 212 y	227
Misa para un solo fiel.	79
Montserrat.	163
Monumento nacional.	35
Monumento (El).	191
Morata de Jalón.	245
Morón de Almazán.	32
Muerte ríe (La).	122
Murcia. 168, 227 y	242
Nador.	142
Oro sin cuño.	202
Oviedo.	223
Palacio de Valverde.	55
Palencia.	127
Palomas.	139
Pescadores.	17
Pilar	163

Poblet	225
Portugalete.	209
Puerta cerrada.	103
Rapazuelos.	155
Raza sana	159
Restauradores.	9
Ría abajo.	22
Rúbrica	124
San Juan de la Peña.	227
Santa María.	224
Santa Creus.	226
Santiago.	163
Santuarios.	163
Segovia.	124
Sepulcros de reyes.	219
Seronadas las olas.	17
Sevilla.	243
Soledad.	216
Solitarios.	198
Soria pura. 75 y	228
Tarragona.	83
Testamento y codicilo.	115
Tierra madre.	144
Tierra neutral.	142
Toledo. 35, 222 y	233
Toros	180
Un bosque menos.	29
Valladolid. 39 y	243
Viajes. 5 y	171
Villa ensueño.	5
Vizcaya.	206
Zaragoza.	163

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

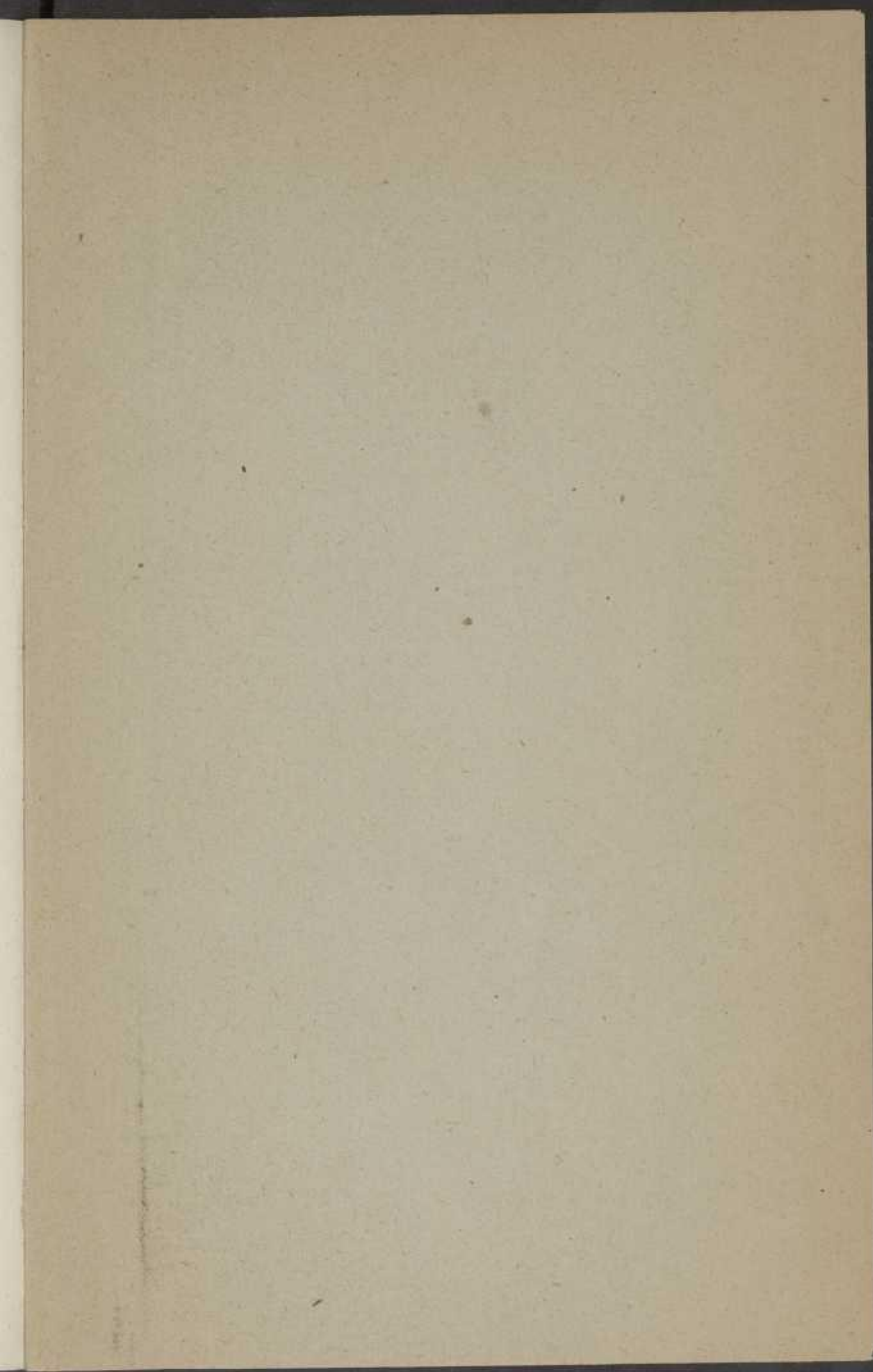
PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

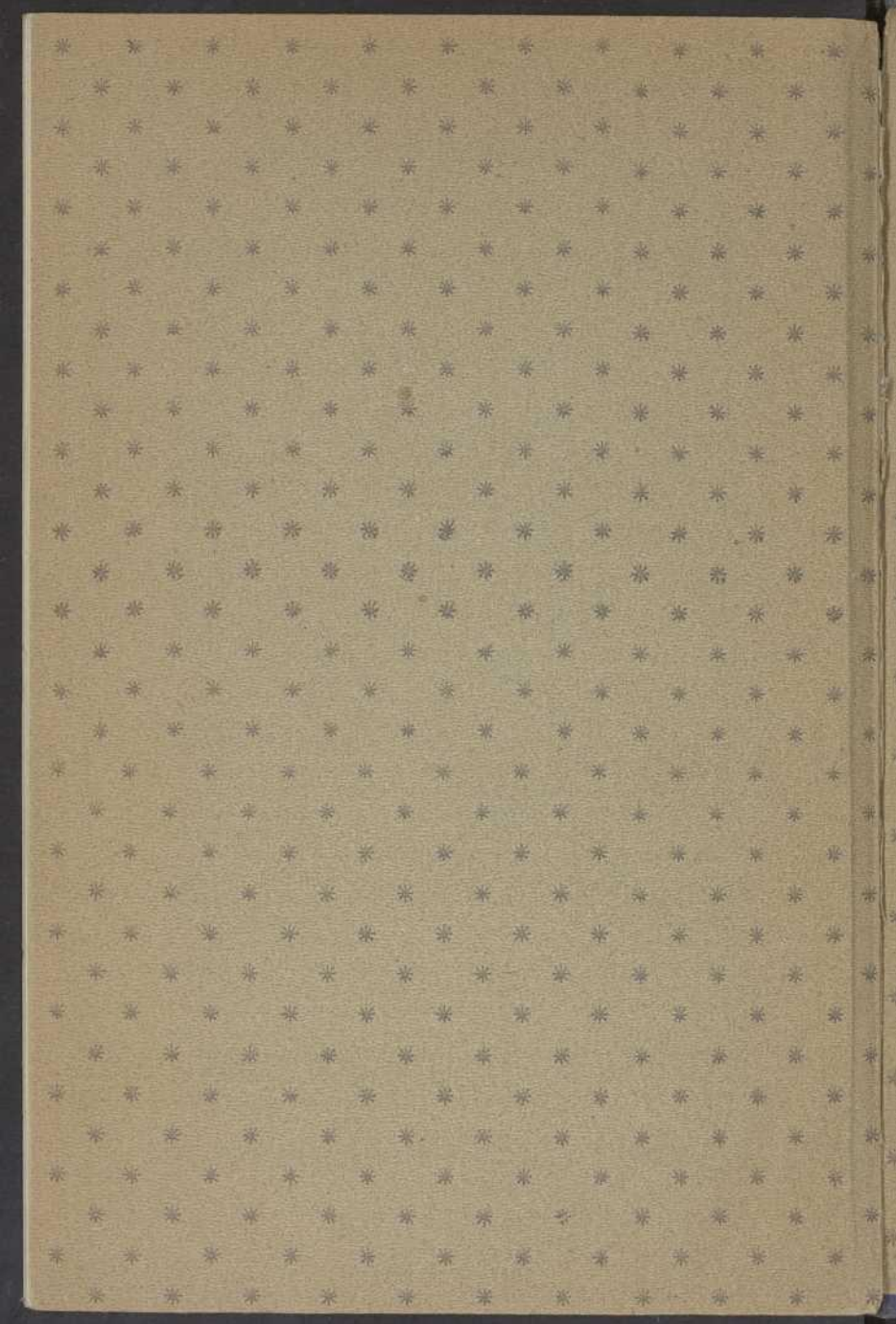
ANTONIO ZOZAYA

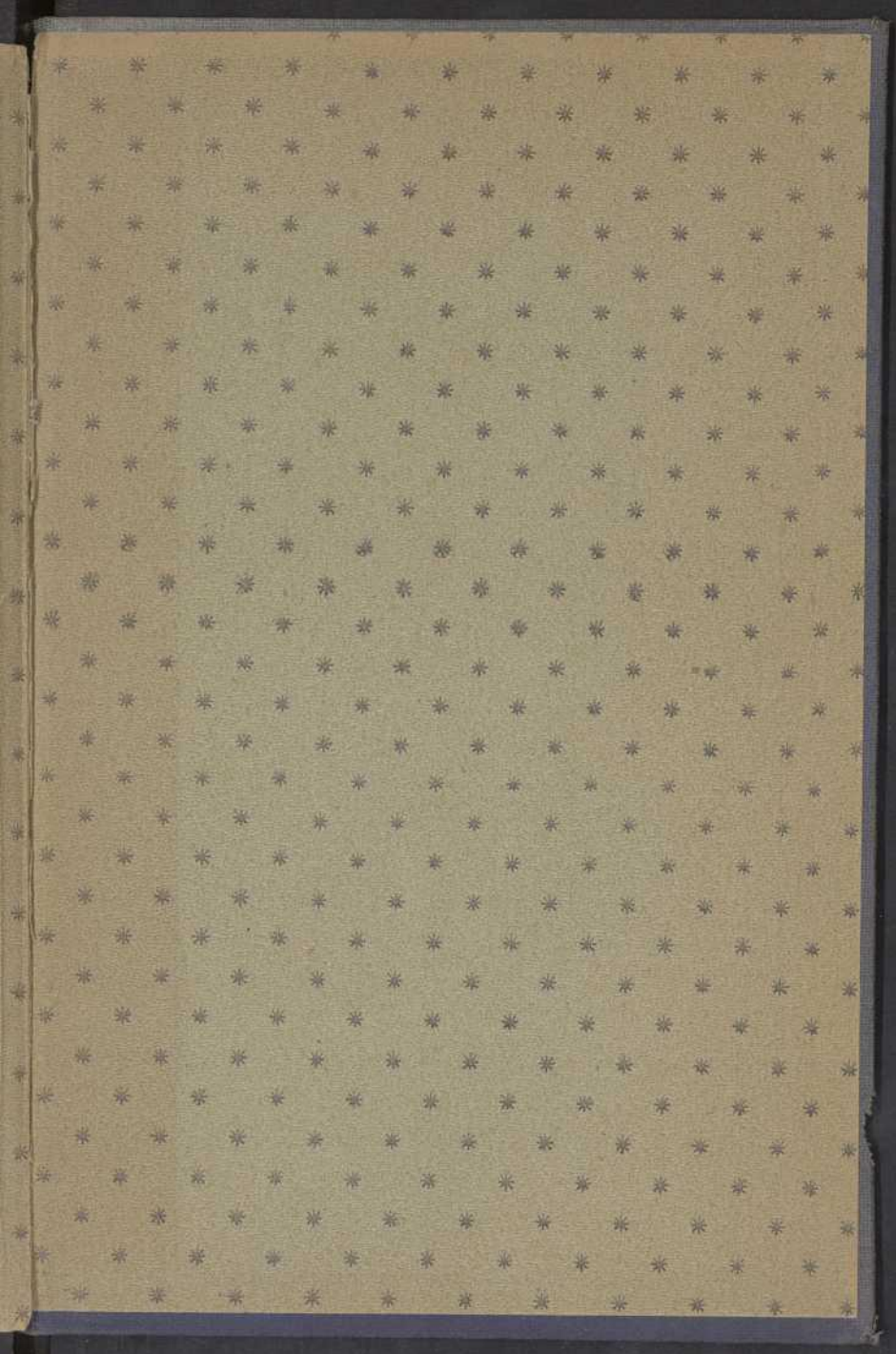
75 céntimos volumen.

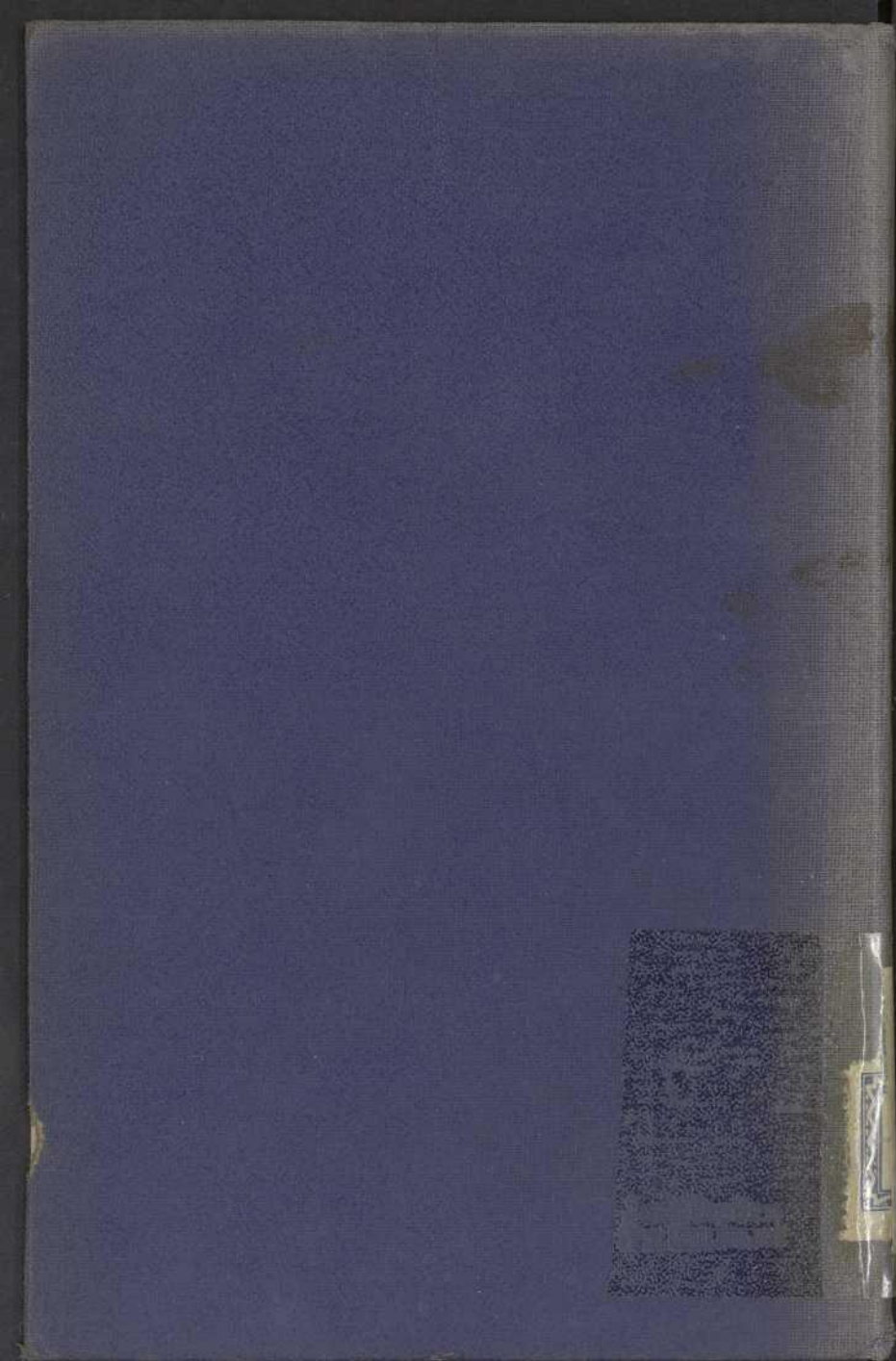
1 **Platón**, Diálogos socráticos. — 2 **Descartes**, Discurso del Método. — 3 **Kant**, Metafísica de las costumbres. — 4 **Schelling**, El principio divino. — 5 **Leibnitz**, La Monadología (opúsculos). — 6, 7 y 8 **Spinoza**, Tratado teológico-político. — 9 **Sanz del Río**, El idealismo absoluto. — 10 **Rousseau**, El contrato social. — 11 **Lamennais**, Obras escogidas. — 12 y 13 **Santo Tomás**, Teodiceas. — 14 **Epicteto**, Máximas. — 15 **Richter**, Teorías estéticas. — 16 **Pascal**, Pensamientos. — 17 **Fenelón**, El ente infinito. — 18 y 19 **Platón**, Diálogos polémicos. — 20 **Cicerón**, De la República. — 21 **Marco Aurelio**, Los doce libros. — 22 **Descartes**, Meditaciones metafísicas. — 23 y 24 **Aristóteles**, Política. — 25 **Kempis**, Imitación de Cristo. — 26 **Giner**, Estudios sobre educación. — 27 **Luis Vives**, Introducción a la Sabiduría. — 28 y 29 **Kant**, Crítica de la razón práctica. — 30, 31 y 32 **Comte**, Catecismo positivista. — 33 **Maquiavelo**, El príncipe. — 34 **Condillac**, Lógica. — 35 **Diderot**, Obras filosóficas. — 36, 37 y 38 **Fichte**, Doctrina de la Ciencia. — 39 **Hartmann**, Religión del porvenir. — 40 **San Jerónimo**, Epístolas. — 41 **G. Serano**, Crítica y filosofía. — 42, 43 y 44 **Malebranche**, Conversaciones sobre Metafísica. — 45 **Spencer**, Clasificación de las ciencias. — 46 **Haeckel**, Psicología celular. — 47 y 48 **Schopenhauer**, Parerga y Paralipomena. — 49 y 50 **Delboeuf**, La materia bruta y la materia viva. — 51 y 52 **B. Constant**, Política. — 53 **Stuart Mill**, El utilitarismo. — 54 **San Agustín**, Meditaciones. — 55 **Azcárate**, La República Norteamericana. — 56 **Lubbock**, La dicha de vivir. — 57 **Possada**, El parlamentarismo. — 58 **Séneca**, Tres libros filosóficos. — 59, 60 y 61 **Bacon**, Novum Organum. — 62, 63, 64 y 65 **Hegel**, Lógica. — 66 **Voltaire**, Cándido, ó el optimismo. — 67 **A. Zozaya**, La contradicción política. — 68 **D'Alembert**, Destrucción de los jesuitas. — 69 **A. Zozaya**, La crisis religiosa. — 70 y 71 **Krause**, Ideal de la Humanidad. — 72 **Hipócrates**, Aforismos y pronósticos. — 73 **Confucio**, Los grandes libros. — 74 **Chamfort**, Caracteres y anécdotas. — 75 **Volney**, Las ruinas de Palmira.

Administración: Magdalena, 9, segundo.









A. Zozaya

SOLARES
DE
HIDALGUÍA

20431